

From Me  
to You

**ROCHAS**  
PARIS



*From Me to You* es un homenaje a lo que permanece. Un libro de fotografías excepcionales a treinta y cinco mujeres que hablan aquí de sus familias. Del legado sentimental que heredaron y del que quieren dejar en herencia a sus hijos. Y, sobre todo, de la importancia de las mujeres en la transmisión de todo ese conjunto de leyendas, costumbres y principios que tejen la historia de las familias.

Es la historia de lo sólido frente a lo líquido. De las tradiciones que se heredan como un abrigo sin botones. De los secretos de familia. De sus leyendas, sus paisajes y los cajones llenos de historias. Es la historia de lo importante, de lo que perdura, de lo que une a las familias con un hilo que atraviesa el tiempo.

Y de los perfumes que tiran de ese hilo, como *Eau de Rochas*, presente en tantas generaciones de mujeres y promotor de este libro. La afinidad del icónico perfume con este proyecto es incuestionable. Fue la primera agua de colonia creada expresamente para las mujeres bajo la batuta de Hélène Rochas y durante años ha pasado de madres a hijas marcando una época. Por eso la marca ha decidido sumarse y apoyar la producción de este *table book*, convirtiéndolo en un proyecto con fines solidarios.

Los beneficios de *From Me to You* ir an íntegramente destinados a la Fundación ANAR, dedicada a la promoción y defensa de los derechos de los niños y adolescentes en situación de riesgo y desamparo.

*Equipo ROCHAS*



JOIE DE VIVRE Hélène Rochas 06	DISCIPLINA Sonsoles Díez de Rivera 68	AMOR Sole Alonso 132
AUTORIDAD CON CARIÑO Belén Moreu y Clara Muñoz Rojas 08	RESILIENCIA Marina Alabau 72	RECUERDOS Belén Vázquez 136
RAÍCES Isolina García Castro y las hermanas Fernández Castro 14	CORAJE Marta Rollado 78	LUCIDEZ Sally Hambleton 142
EMPATÍA Piluca Hueso 20	TESÓN Belén Martí Junco 82	CREATIVIDAD Beatriz Gaspar 146
RESPECTO Alejandra Bustamante 24	INNOVACIÓN Margarita Ruyra de Andrade y Valentina Suárez Zuloaga 88	IMAGINACIÓN Inés Martín Alcalde 152
ADMIRACIÓN Alex Rivière 30	ENTUSIASMO Marieta Yanguas 92	FORTALEZA Elisabeth Horcher 156
ALEGRÍA Bárbara Pan de Soraluze 34	CURIOSIDAD Nasrin Abdi y Massi Massumeh 98	INTUICIÓN Sofía Paramio 162
SEGURIDAD Alejandra de Rojas 40	SENSIBILIDAD HACIA LO BELLO Ana Carrasco 102	HUMOR Carmen Coello de Portugal y Beatriz Moreno de la Cova 168
SUPERACIÓN Nini Arroyo 44	DISCRECIÓN Rosario Domecq 108	COMPROMISO Blanca Domecq, Blanca Entrecanales y Marta de la Rica 172
UNIÓN Mamer Peralta y sus hijas, Rocío, Lola y Mercedes Peralta 50	GENEROSIDAD Mónica Sánchez Navarro 114	ESFUERZO Irene y Sofía Benjumea 178
EQUILIBRIO Casilda Sánchez Varela 56	MAGIA Susana Cruz 120	LUZ Esi Seilern 184
GRATITUD Ishtar Espejo 62	AUTENTICIDAD Cristina y Lulu Figueroa 126	HONESTIDAD Patricia Bolás Olcina 190

# JOIE DE VIVRE

## HÉLÈNE ROCHAS

*Marcel Rochas, el modisto más famoso de la época, viajaba una mañana en el metro de París y en el andén de enfrente vio a una joven que le impresionó. Hélène, que era entonces bailarina, solo tenía diecinueve años. Se casaron enseguida. Él la convirtió en su musa, inspirándose en ella para la creación de la legendaria fragancia Eau de Rochas. Tuvieron dos hijos y vivieron en absoluta simbiosis afectiva y empresarial –ella era su mano derecha en la Maison– hasta que Marcel murió, doce años después. Entonces, Hélène se hizo cargo de la marca, convirtiéndola en un imperio. Su talento como mujer de negocios, su elegancia de huesos frágiles, su alegría de vivir, una sensibilidad artística avivada por amigos como Yves Saint Laurent, François Sagan o Warhol y, sobre todo, una madre adelantada a su tiempo que enseñó a sus hijos los valores del respeto, la libertad y la generosidad, hicieron de ella uno de los grandes iconos de la Francia de la segunda mitad de siglo.*



# AUTORIDAD CON CARÍÑO

BELÉN MOREU Y CLARA MUÑOZ ROJAS

*Belén Moreu y Clara Muñoz Rojas, socias del solicitadísimo estudio de paisajismo Rent a Garden, no se han peleado nunca en los diez años que llevan trabajando juntas. Dicen que es porque se conocen muy bien y porque se alternan cediendo: cuando una lo tiene clarísimo y la otra no, gana la que lo tiene clarísimo. Se pusieron de acuerdo para dejar los eventos y centrarse solo en los jardines, para hacer de la imaginación artesanía, para tener a sus tres hijos –de las mismas edades–. Y hasta para irse de vacaciones juntas con toda su descendencia. Quizá por eso, en ese universo entero que contienen sus jardines, todo esté en armonía.*





Entre la cara sur del Retiro y la estación de Atocha hay una calle que no parece Madrid sino Londres. Ladrillo antiguo, dos alturas y una elegancia sobria. Al número cuatro se entra por un callejón de enredaderas tupidas que desemboca en un patio de luz blanca. Me abre la puerta Belén Moreu, que tienes los ojos en paz, el pelo corto y recuerda un poco a Campanilla. Mientras subimos, me cuenta que acaban de mudarse, y que aquí, en la primera planta –suelo de loza, luz de artista y una cocina al fondo– tiene su estudio su marido Pablo, que es arquitecto y colabora con ellas. En la planta de arriba, dando a una terraza llena de plantas, está el despacho que comparte con Clara Muñoz Rojas, su socia desde hace diez años y que, más que socia, parece su compañera de pupitre. Si Belén es la alumna tranquila, dulce y reflexiva, Clara es la que hace la broma en alto coreada por muchas risas y no para de moverse en la silla. La afinidad entre ellas es evidente. Como de matrimonio largo. Cuando una de las dos habla, la otra asiente con cara de saber cómo terminará la frase. O se ríe. O completa la anécdota.

Se conocían de siempre: mucha gente en común. Sin embargo, la amistad, la de verdad, llegó con el trabajo. Y tan lejos llegó que este verano se han ido de vacaciones juntas con los tres niños de cada una que, además, tienen exactamente las mismas edades: diez, ocho y cinco años. “La gente me decía ‘¿con Belén?’, pero si estás todo el día con ella?”, cuenta Clara con esa gesticulación tan sevillana que consigue hacerte ver lo que dice.

El plan, un campamento en Inglaterra a trabajar en una huerta. Naturaleza, como a ellas les gusta. Y concentración. “Durante el curso, te pasas la mayor parte del tiempo distraída. Vas con ellos en el coche y mientras ellos te cuentan, tú estás pensando en la reunión de mañana, en lo que tienes que comprar en el supermercado...”, dice Belén. “Y eso es horrible, porque así empieza la desconexión.” “Sí, es verdad que hemos estado muy centradas en ellos”, termina de contar Clara, que coincide con su amiga en lo importante que es estar cuando se está. “Yo busco muchos momentos de esos a lo largo del curso. Cuando Mario, mi marido, se va de viaje, los niños se turnan para dormir conmigo. Esas noches hablamos mucho. Yo creo que a los hijos es importante tratarlos de uno en uno, prestarles atención individual asiduamente.” Belén asiente. “Pablo y yo hacemos un viaje con cada uno por su cumpleaños. Creo que eso es esencial.” Como esencial considera también marcar límites desde muy pronto: “Creo que los límites dan seguridad. Además,

la vida está llena de ellos y hay que aprender cuanto antes a respetarlos”. Clara opina que esto es esencial, además, desde un punto de vista práctico: “Si tienes muchos hijos, no te queda más remedio. Mi madre, por ejemplo, era muy organizada; muy *pum, pum, pum* con todo. Pero claro, tenía cuatro niños. Y yo he de reconocer que soy igual. Hay cosas que no tolero ni cuando son muy pequeños. El mal humor, por ejemplo. Ahora ya no gritan, pero cuando gritaban *de chicos*, les metía en un cuarto y les decía, cuando se te pase, sales. O que mientan. A mí en mi casa nunca me riñeron por las notas, no me ponían hora cuando salía, pero si me pillaban mintiendo me echaban una bronca que no veas”.

La mentira es un tema que también preocupa mucho a Belén: “He intentado no mentir nunca a mis hijos. Es la única manera de que ellos confíen en mí plenamente. Y de que luego ellos hagan lo mismo en la vida. El otro día, escuché una conversación de mi hija Lucía con dos amigas suyas. Lucía le decía a una de ellas sobre la otra, que acababa de contarles algo: ‘Si ella lo dice, es verdad, porque ella no miente nunca’. Me gustó mucho que con solo diez años tuviera interiorizada esa noción de que no mentir hace que nadie dude de ti”.

Las dos creen, también, que la disciplina es la única manera de que aflore el talento –“porque que todos tenemos alguno”–; que hay que potenciar la seguridad en los niños del mismo modo que “tu marido, por ejemplo, saca lo mejor de ti” –Clara *dixit*–; y que la maternidad te hace mejor persona. Más completa. Más humana. “Recuerdo la sensación de tener un bebé en brazos como algo casi místico. Celestial”, dice Belén. Y termina así: “Ser madre crea una capacidad de amor infinito. Y eso es maravilloso porque el amor es, al final, lo único capaz de transformarlo todo. A mí, el amor incondicional de mi madre me ha dado una enorme seguridad en la vida. Es como tener una armadura que te hace creer que puedes con todo”.

En esta enumeración de semejanzas que subyacen, ya digo, bajo un formato muy distinto, también coinciden en que no existe ningún trabajo, ningún proyecto o ningún cliente –y eso que ellas son de echarles horas y más horas hasta que la suerte se ponga de su lado– que resulte tan gratificante como para restarle dedicación a sus hijos. Como para no salir corriendo al terminar esta entrevista porque hoy es el primer día de colegio y es muy importante que, ese día, tu madre te esté esperando en la puerta.

La disciplina es la única forma de que aflore el talento y todos tenemos alguno. Solo hay que descubrirlo y potenciarlo. Con seguridad, sobre todo







# RAÍCES

ISOLINA GARCÍA CASTRO Y  
LAS HERMANAS FERNÁNDEZ CASTRO

*La tienda de decoración de Isolina en Pontevedra ocupa varias plantas de un edificio del casco antiguo de la ciudad. Eléctrica Moderna se llama y allí es una institución. El trabajo –duro– ha sido lo que sus hijas han aprendido de ella. Patricia, creadora de Indietro, una de las tiendas de decoración con más identidad –y clientela– de la capital; Bea, directora de la veterana agencia de comunicación Fashionistas, y Sara, reconocidísima estilista de moda, son mujeres infatigables que no conciben que nadie haga lo que pueden hacer ellas. Todas tienen un gusto exquisito, todas se reúnen constantemente alrededor de una mesa para poner en común su identidad y todas, gallegas hasta la emoción, coinciden en que el trabajo, la tierra, el ser buena gente y la familia, sobre todo la familia, son lo que construye su identidad común.*



Da gusto hablar con ellas. Son elocuentes, irónicas, se ríen con ganas y ponen el corazón encima de la mesa sin ninguna clase de remilgos. “Es que somos muy intensas, para lo bueno y para lo malo”, dice Bea, directora de la agencia Fashionistas y la segunda de los cuatro hijos de Isolina García, decoradora de interiores y cuya tienda de decoración en Pontevedra, Eléctrica Moderna, es una institución en la ciudad.

Esa intensidad o apasionamiento del que hablan tiene muchas derivadas que atraviesan constantemente nuestra conversación: las tres son muy disfrutonas, muy luchadoras, muy gallegas y, también, muy *a su manera*. “Bea es sencillamente perfecta”, dice Sara, la pequeña, que se lleva diez años con Bea y once con Patri, la mayor. “Es generosa, serena, siempre está en su sitio... Todo lo hace bien. Yo creo que es una especie de término medio entre Patricia y yo. Yo soy las más *hippy* de la familia. La que de niña le decía a mi madre cuando venía con esos vestidos ideales que compraba en Madrid y con los que vestía a mis hermanas: ‘no, yo eso no me lo pongo’. Y puede que también sea la más creativa. Creo que es porque al llevarme tanto tiempo con ellas, he pasado mucho tiempo sola. Por otro lado, al ser la pequeña, me mimaron y me protegieron más que al resto. Y Patricia, la primera de nosotras, es la más madre. Ser la mayor es la letra escarlata de las familias”, reflexiona Sara al otro lado del teléfono mientras llama a su perro para que no se retrase en el paseo matutino. “Tienes que dar ejemplo, cuidar a tus hermanos... Yo lo veo en mi hija mayor y pienso ‘pobre...’”

Patricia cree que, efectivamente, ser la mayor te condiciona de alguna manera. “Te conviertes en más protectora. Yo siempre estoy pendiente de todos. Aunque sea de lejos. Nosotras hablamos y nos vemos constantemente, pero es que, además, yo trabajo con mi cuñado David, el marido de Sara, y si esa semana, por lo que sea, la he visto menos, me aseguro a través de él de que está bien, de que las niñas están bien...”

Isolina, su madre, también fue hermana mayor. De siete hermanos, nada menos. Se casó con dieciocho años y lo que se esperaba de ella era que cuidase de la familia. De la nueva y de la antigua. “Mi madre venía de una familia modesta y trabajadora. Mi abuelo tenía barcos de pesca y ella se pasó su infancia cargando cajas. Imagínate si tiene mérito lo que ha conseguido. Al casarse, como tenía mucha iniciativa y se aburría en casa, empezó a ir al edificio de su suegro, mi abuelo paterno, que fue el primero en tener una empresa de electricidad en Pontevedra, y a llenarlo de cosas de decoración. A los pocos años, ya tenía ‘el tenderete’ montado.”

Son una saga de mujeres fuertes y luchadoras –rodeadas de hombres maravillosos: abuelos, padre, hermano y marido, que

han hecho que todo sea más fácil–, cuyo denominador común es, sin duda, la capacidad de trabajo. “Es algo muy de la mujer gallega”, matiza Sara, a quien su marido le insiste un día sí y otro también en que tiene que descansar: “No duermes, te levantas a las cinco, sacas al perro, haces bizcochos, llevas a los niños al colegio, vuelves a casa, cargas siete cajas...”, me dice. Cuando llego a casa, me meto en la cama y caigo desmayada. No soy capaz ni de ver una serie.”

Patricia ejemplifica con una anécdota ese espíritu femenino de su familia de “querer hacerlo todo”: “El día antes de la boda de Sara, fuimos todas nosotras a organizarlo todo. Y eso que se casaba un 26 de diciembre. Podríamos habérselo encargado a alguien, pero no, eso no nos entraba en la cabeza”.

Bea cuenta que cuando llega a Pontevedra, lo primero que hace es ir a la tienda. Si ve que hay gente, se quita el abrigo y se pone a ayudar. Viejas costumbres. Y es que cuando ellas eran pequeñas, pasaban horas y horas allí, echando una mano. “Las navidades, por ejemplo, nos las pasábamos empaquetando. Eso, por ejemplo, Sara y Carlos –su hermano pequeño, diez años menor que Sara– no lo han hecho nunca”, dice cuando le señalo que su hermana Sara no considera a su madre una mujer estricta. “Eran muchos años de diferencia y, además, mis padres estaban trabajando a saco cuando nacieron los pequeños. Los valores fueron los mismos, pero el grado de exigencia fue otro.”

Respecto a ese “no parar” que las define y unifica casi tanto como el apellido, las tres coinciden en que “lo suyo” no es nada comparado con lo de su madre. “Tiene una energía que no es de este planeta”, dice Bea. “Mira, hemos estado esta semana mi hermana Patri y yo en con ella en Londres y no se cansaba nunca. Acabábamos de trabajar a las ocho de la tarde desde las siete de la mañana; mi hermana y yo como locas por irnos al hotel y ella no, quería ir a cenar, a ver cosas...”

Lo mucho que trabajó su madre cuando eran niñas, lo mucho que sigue trabajando ahora “incluso los domingos”, no se interpuso nunca en la entrega a sus hijas: “Es de una generosidad, de una entrega, de un antepoñernos siempre a ella... Cuando éramos pequeñas, había un plan que nos encantaba hacer a las cuatro, y era ir a una tienda maravillosa que había en Vigo. De vez en cuando, ella nos decía: ‘venga, vámonos de compras’ y cuando llegábamos, nos compraba todo a nosotras y ella no se compraba nada”, recuerda Sara. Bea también se acuerda de aquello y de cómo llegaban a casa llenas de bolsas que tenían que esconder debajo de las camas para que no las viera su padre.

Cuando hablan de lo que les transmitieron a ellas, como de lo que ellas les transmiten a sus hijos, se ven repitiendo frases de su



“Que valoren sus raíces, que sean  
trabajadores y, sobre todo, buenos.  
Es lo que queremos para nuestros hijos”



madre a todas horas: “Mira a los ojos, ayuda a los demás...”, cuenta Bea, que tiene un solo hijo de once años. “Bueno, y luego le digo el famoso ‘porque no’ que nos decían a nosotras. Pero ‘¿por qué no podemos?’, preguntábamos, y ella: ‘porque no y punto’. Es un niño muy bueno, que responde muy bien a todo. Es superfeliz, superdivertido y, sobre todo, muy noble. Tiene solo once años y, cuando llego a casa por las noches, me pregunta: ‘mamá, ¿cómo ha ido el día?, cuéntame las cosas buenas y malas’. Me parece una joya que a esa edad le interesen mis preocupaciones.” Sara tiene dos niñas, Jimena (diez años) y Manuela (siete). “Jimena sigue los pasos de su abuela. Es maravillosa, sensible y le gustan las cosas bien hechas desde que era muy pequeña. Manuela es un torbellino. Es muy divertida y tiene muchísima personalidad.” Dice que se ha volcado en ellas muchísimo; “yo creo que me he pasado”, concluye riéndose.

Patricia, que tiene dos hijos en plena adolescencia, de diecinueve y catorce años, ha tratado de mantener vigentes ciertos principios de la educación de antes. El que les cueste conseguir las cosas que quieren, que se tengan que esforzar... “Pero es difícil. Si tú no les das lo que te piden se lo dan sus tíos, sus abuelos...”

Al “sed buenas personas” que señalan sus hermanas como la síntesis de lo que quieren transmitir a sus hijos –“¿para qué más?”, dice Patricia–, ella añade dos cosas: que cuiden el medio ambiente y que no piensen que la vida es solo trabajo: “Hay que disfrutar de los amigos, de la familia, de la soledad... Dar un paseo puede ser más gratificante que muchas otras cosas”.

Como buenas gallegas, sus afectos transcurren alrededor de una mesa. A menudo, en la cocina. “La última Nochebuena la pasamos ahí, casi no llegamos a sentarnos a la mesa del comedor como la gente normal”, recuerda Sara riéndose.

En casa de su abuela, que vivía en el piso de abajo y que era quien tenía las llaves de arriba porque ellas nunca tuvieron, las risas, las confidencias, las peleas, el “¿pues sabes que fulanito...?” y, en suma, la vida se arremolinaban en torno a la mesa. En casa de su madre, que –en eso coinciden las tres– cocina de escándalo, también se agolpa la intimidad. Patricia dice que hablan de todo, de lo bueno y de lo malo, que no hay temas vedados entre ellos y que poder desahogarte hasta ese grado es muy liberador.

“La sobremesa puede durar toda la tarde”, cuenta Bea. “Ponemos el altavoz, bailamos... Mi marido, la primera vez que fue, se levantó ya de noche y dijo, bueno, pues voy a ir preparando la cena...”

Fue en la mesa de su cocina donde Sara le contó a Bea que estaba embarazada de Jimena, su primera hija. “Mis hermanas

son las primeras a las que les cuento las cosas, a quienes llamo si tengo un problema, una duda, lo que sea...” Que están unidísimas es algo que queda claro desde el primer renglón de la charla. “Me muero sin hermanas”, corrobora Bea. “Estamos superunidas. Si alguna tiene un problema, yo estoy toda la noche sin dormir... Yo creo que esa unión es algo que nos han inculcado tanto mi madre como mi padre. Este verano estuve dos días sin hablar a Patricia y el pobre lo pasó fatal. Y yo: ‘papá, que no pasa nada, que la voy a hablar mañana’.”

Patricia dice que no es que sean hermanas, es que son amigas. “Piensa que Bea y yo solo nos llevamos un año... Con los pequeños tengo una relación más de madre. Y muchas veces, de hecho, intercedo por ellos antes nuestra madre.”

El mismo amor que a su familia se lo tienen a su tierra. Bea dice que todos los años se vuelve de Pontevedra llorando; “ay, somos tan lloronas, qué horror”. Y que a ella le encanta su tierra, que nunca podría renegar de ser de donde es y venir de donde viene porque eso es lo que la define. “Recuerdo los veranos de nuestra infancia, en Covelo, como lo más. Mis padres se iban a trabajar por las mañanas y nosotras nos quedábamos en la miniplaya. Veíamos pasar al pescadero con su furgonetilla; y cuando venían mis padres a comer, subíamos todos detrás del coche hasta casa. Recuerdo aquello como el paraíso.”

Sara dice que Galicia es inspiradora. Por el mar, por la bruma, por la lluvia, por esas barcas de madera llenas de redes de colores... “No sabes la cantidad de gallegos que hay en Madrid en el mundo de la moda. Y yo creo que es porque allí hay mucha tradición de arreglarse para salir a la calle: para tomar el aperitivo, para ir a dar una vuelta, incluso para ir a la compra. Cuando yo era niña, mi plan del fin de semana era llamar a mis amigas y decirles: ‘niñas, veníos a mi casa, nos vestimos y salimos’. Teníamos ocho años, así que salir era ir a la puerta de mi casa.”

Patricia es la que más relación tiene con su ciudad natal. Su marido y su hijo pequeño viven allí, así que ella vuela a Pontevedra todos los fines de semana. “Me encanta la vida allí. No hay que planificar nada. Sales a la calle, te tomas algo, te encuentras con uno, con otro... Todo se improvisa y eso es una maravilla.”

Dicen que es normal que se emocionen tanto con aquello, que siempre quieran volver. “Al final, son muchos años lejos”, dice Bea, que se vino a estudiar interna con dieciséis años. Pero concluye que ha merecido la pena. También lo concluye su madre que, en otro acto de generosidad, probablemente el más importante que hizo, las obligó a volar. Hoy, cuando las ve cómo se mueven en el mundo, les dice: “Ha merecido la pena. Todo el esfuerzo que hemos hecho ha merecido la pena”.



# EMPATÍA

PILUCA HUESO

*De su infancia recuerda los desayunos con tostadas en la casa de Fuenterrabía de su abuela. Y las hortensias. Y Francia. Recuerda también la tienda de antigüedades de su madre, y acompañarla a las ferias, y cómo todo eso fue fraguando lo que es hoy Rue Vintage 74, un espacio de antigüedades, artesanía y diseño que ha tenido tanto éxito porque, no es que guste, es que conmueve. Pero si hay algo que recuerde Piluca Hueso de su casa, es el espíritu. “Eran gente trabajadora, sencilla y buena. Que valoraban lo esencial. Y, sobre todo, eran tremendamente generosos y compasivos...” Es en eso en lo que ahora educa a sus tres hijos; Álvaro, Piluca y Alberto. En que se pongan siempre en la piel de los demás, sobre todo de los que más sufren.*



Contar Rue Vintage 74, hacer su inventario, es mucho más que un ejercicio de enumeraciones estilísticas. Contar Rue Vintage 74 es, esencialmente, meterse en el corazón de su dueña. Lo que nos conmueve nos define y a Piluca Hueso cada objeto que hay aquí, en esta tienda “no-tienda” le ha llegado a través de la emoción. Empecemos por la luz. Hay, en este barrio pegado a Prosperidad y atravesado por Corazón de María, una claridad blanca, casi saturada, que todo lo vuelve bonito. Y delicado. “Elegí este sitio por la luz. De hecho, cuando me preguntan por el éxito del negocio, siempre digo que en gran medida se debe a la luz de Doña Carlota, que es mágica. Y que nos ayuda a contar nuestra historia.” En este espacio, que abrieron en 2016 después de seis años de venta *online* por razones de logística –“necesitábamos un lugar en el que almacenar y poder hacer producciones de fotos”–, el sol entra a través de un gran patio en el que se acumulan veladores franceses de hierro, tinajas de barro y unas maravillosas vajillas de época. También francesas. Empieza, con esa debilidad por lo francés, el viaje al centro de Piluca. “Siempre he estado vinculadísima a Francia. Estudié en un colegio francés, estuve interna en Poitiers, hice mi Erasmus en Bruselas y mi primer trabajo fue en L’Oréal. Además, pasaba los veranos muy cerca, o en Fuenterrabía o en Hendaya. No sé, en otra vida debí ser francesa...” De ellos –que le gustan, pero no tanto como España, vaya eso por delante–, admira la desenvoltura en el buen gusto. “Les sale natural. Vas a un mercadillo y ves a familias que han ido a comprar flores, un pastel y una silla vieja para poner en el cuarto del niño. O te invitan a comer y te sacan un queso, un mantel y un vino, y todo es maravilloso. Y te hablo de la gente más sencilla...”

Pero volvamos al patio, porque allí, además de lo anterior, está el verdadero punto de arranque de toda esta historia: Pili, la madre de Piluca, que supervisa la mercancía en silenciosa eficacia. Psicóloga de formación, decidió dar un giro a su vida cuando su hija tenía trece años para crear junto a su hermana la veterana tienda de antigüedades Vintage Macassar. “De niña me encantaba acompañarla a las ferias, a sus viajes al sur de Francia... Luego, fui creciendo y hubo un momento en el que empecé a pensar: ‘¡Qué pena que esto solo lo vea el que pasa por aquí, por este tramo de calle del barrio de Salamanca!’. Ahí había una ‘pelí’ preciosa que contar y no se enteraba nadie. Fue entonces cuando empecé a rumiar lo de internet, que ofrecía la posibilidad de llegar a mucha más gente con pocos recursos. Era el año 2007 y todavía no habían explotado las redes sociales, ni la venta *online*, ni los *bloggers*, ni nada de eso... Creo que ni Zara Home vendía aún *online*. Digamos, que yo he crecido en paralelo a todo eso. Fue muy guay. Y tuve la inmensa suerte de arrancar un proyecto de la mano de unas maestras.”

Su madre no es solo inspiración a nivel profesional. Lo es en todo lo demás: “Su sencillez, su sacrificio en silencio, su inmensa

generosidad... Es una persona que ha nacido para ayudar a los demás, pero con la boca pequeña, sin darse ninguna pompa. El hecho de que ella, teniendo su trabajo, con el que estaba encantada, decidiera emprender esto conmigo es solo una prueba más de esa generosidad de la que hablo. Mi abuela Maruja también era así. Para mí representaba lo que yo entiendo por una mujer perfecta. Capaz de gestionarlo todo: a sus siete hijos, a su marido, que era un hombre difícil..., y siempre, con una sonrisa en la cara. Todo lo difícil lo convertía en fácil. Yo crecí en ese ambiente de alegría, de bondad, de sencillez. En un entorno compasivo en el que se ponía en valor la caridad, el ayudar, el ponerte en la piel del que sufre, del débil...”.

También esto tiene eco en la tienda. La colección África –cestas, platos y jarrones de fibra natural en colores vivísimos– ocupa buena parte del muestrario. “El año pasado hice un viaje allí que me marcó muchísimo. Ángela, una íntima amiga de mi madre y que ha tenido una gran influencia en mí, estaba como cooperante en un proyecto en Ruanda trabajando con la siguiente generación de víctimas del genocidio. A través de ella fuimos a varias cooperativas de mujeres artesanas y me enamoré de lo que hacían. Sus productos, al trabajar ellas en un entorno digno y con un salario mínimo, eran más caros que el resto; lo que supone, a su vez, que yo tenga que venderlo más caro en la tienda. Pero ese es el modelo social en el que creo. ¿Pagar dos euros por doce horas de trabajo para poder vender aquí a quince? Fenomenal, que lo hagan otros...”

El mueble castellano, el francés del XIX; el sofá *mid century* de pelo de oveja, los murales exóticos, los cojines tejidos a mano en el norte de India, el lino exquisito de las servilletas, las lámparas de Albania inspiradas en la técnica del sombrero tradicional albanés... Todo tan distinto. Todo tan ella. Cada objeto hilvanado, con un hilo invisible, la sensibilidad de su dueña; porque es ella, y su mirada, la que da coherencia, identidad y armonía a esta orquesta de violines distintos. Ella, y su curiosidad, y su querer crecer, y aprender, y nutrirse, y descubrir, y viajar... “Viajo mucho, es cierto, pero no todo lo que me gustaría. Los niños están ya en una edad en la que hay que empezar a lidiar con una psicología más complicada y necesitan, más que nunca, que esté físicamente. Lo guay es que tengo un curro que es maravilloso de flexible y me permite estar por las tardes con ellos, llevarlos a sus extraescolares... Al final, mi gran víctima es mi marido, porque de nueve de la noche a una de la madrugada estoy conectada respondiendo mails, buscando cosas que me sirvan de inspiración... Él es mi gran pilar. Siempre he tenido su apoyo.”

De la maternidad dice que es un aprendizaje continuo, que te obliga a lidiar, por ejemplo, con otros tiempos, con otras personalidades... “Mi hijo Álvaro, el mayor, es un alma libre y tiene un mundo interior riquísimo en el que muchas veces se queda ensimismado.

Hay veces que eso me ataca porque yo soy de 'todo para ya'; pero, por otro lado, te enseña a ser tolerante. Tengo una amiga muy graciosa que dice que en alguno de tus hijos Dios te manda a tu antítesis. Ella es superdeportista, muy despreocupada, y le ha tocado una auténtica princesa. 'Esto de los brillos y las frozen no sé cómo gestionarlo', dice. A mí me pasa, por ejemplo, con mi hija, Pilu. Es todo lo que yo no soy. Ella es la razón y yo soy la pasión."

Dice que no es una madre "de parque", que prefiere jugar con ellos a cosas que disfruten todos, como montar tiendas en casa, o tirarse por el suelo "a jugar a lo más básico" en la casa familiar de Toledo -a la que iban ella y sus tres hermanos todos los fines de semana de su infancia-, o llevárselos de viaje, o hacer planes con cada uno, por separado, para evitar esa inercia, cuando los hijos son muy seguidos, de educar en el batallón: "Con la niña es más fácil, porque hacemos plan de chicas. Pero al mayor, por

ejemplo, que le encantan los callos, me lo llevo solo al bar Alonso, detrás de casa, a comerlos. O cocinamos juntos, que le encanta".

Si algo destaca de la maternidad en cuanto a aprendizaje humano, es la generosidad a la que te obliga. "Si tú, por narices, tienes que estar una semana durmiendo tres horas, vas a dormir esa semana tres horas. Y, además, al día siguiente, tienes que sonreírles y tratar de dar lo mejor de ti misma. O con el tema profesional, por ejemplo, que a mí me importa muchísimo. Te obligas a intentar desconectar, a tratar de que no se te vaya la cabeza a la reunión del día siguiente, el cliente tal o la llamada cual porque ellos necesitan que estés mentalmente presente. Aunque reconozco que en eso dejo mucho que desear. Al final, la vida es la que es y me falta mucha paz interior para estar con ellos. Y eso me da rabia no solo por ellos, también por mí, porque de todas las cosas que me rodean, mis hijos son, sin duda, lo que más me hace conectar con lo esencial."

*"La maternidad te obliga a ser generoso. Si tienes que estar una semana durmiendo tres horas, duermes tres horas. Y, además, sonríes"*



# RESPECTO

ALEJANDRA BUSTAMANTE

*“Papá, por favor, no nos lleves a otro museo”, le decía de niña a su padre, el genial interiorista, Luis Bustamante. Pero él insistió. Primero, con eso. Después, cuando Alejandra empezó a trabajar, con que dejara la producción televisiva y se fuera con él a su estudio; “esto también es producción”, le decía ante la reticencia de su hija, que estaba todavía en esa edad en la que se quiere volar solo. Ahora, logrado ya todo lo anterior –Alejandra es su mano derecha en el estudio y tiene el mismo gusto sereno, atemporal y en blanco y negro que él–, solo insiste con una cosa: que tenga menos juguetes repartidos por el salón de su casa. “Pero, claro, con tres niños es imposible”, dice ella contenta, “qué más me gustaría a mí que tener las casas de mis clientes”. Es a los dueños de los juguetes, Íñigo, Lucas y Carlota, a quienes dedica esta carta en la que insiste, sobre todo, en la importancia de la familia, del respeto y de las pequeñas cosas.*





Queridos Íñigo, Lucas y Carlota:

Desde que nacisteis mi objetivo ha sido siempre intentar que seáis felices o, al menos, enseñaros las herramientas para que lo logréis algún día. Por eso trato de daros el mejor ejemplo para que en el futuro os convirtáis en personas respetuosas, generosas, tolerantes y pacientes. Personas que comparten y hacen cosas por los demás. Creo firmemente que la mejor manera de ser feliz es intentar hacer felices a los demás.

Me gustaría transmitir una serie de valores que creo que son muy importantes y que deberíais tener en cuenta siempre. La familia es un pilar fundamental, con ella aprendes a querer y respetar a los demás; yo espero poder enseñaros, aunque sea una pequeña parte, lo que la mía me enseñó. Como sabéis, yo no he tenido una familia “tradicional”. Mis padres se separaron cuando yo tenía ocho años. Los dos volvieron a casarse, tuvieron más hijos... Pero nada de eso fue obstáculo para que siguiéramos estando unidos. El respeto que se tenían vuestros abuelos; la generosidad que demostraron aceptando, los dos, la nueva vida del otro e integrándola en la propia, en la nuestra; es un acto de amor del que estoy muy orgullosa y es lo que nos ha permitido tener una familia grande y maravillosa con muchos abuelos, tíos y primos. Aunque haya cosas de todo esto que no entendáis todavía y a veces me preguntéis que por qué tenéis tantos abuelos, ya lo haréis con el tiempo. Y os daréis cuenta de que esto fue posible gracias a que en casa nunca faltó el amor, el cariño y el entendimiento. Todo es posible mientras haya respeto.

Tuve la gran suerte, desde niña, de tener a personas especiales a mi lado de las que aprendí mucho y en las que me apoyé cuando lo necesité. Todas ellas, a su manera, me enseñaron lo que de verdad es importante; aquello por lo que merece la pena luchar y sacrificarse. Mi abuela Cari fue una de esas personas. Desde pequeña estuve muy unida a ella, pasábamos mucho tiempo juntas y teníamos una relación muy especial. Me encantaba ir de paseo con ella por el barrio en el que vivía, todo el mundo la conocía y la adoraba. Era simpática, arrolladora, guapísima, con una fuerza impresionante. Cuando yo era pequeña, cada vez que se presentaba una situación de peligro ante la que yo dudaba, me acordaba de ella y pensaba: “No, como me vea mi abuela...”. Por eso, siempre pienso que fue y es mi ángel de la guarda.

Aunque los tres tuvisteis la gran oportunidad de conocerla, me hubiera gustado que lo hicierais más, y quiero que sepáis que os quería mucho y que siempre será parte de nosotros.

Los amigos son también algo muy importante. Ojalá tengáis muchos, pero siempre habrá un grupo reducido que debéis cuidar especialmente. Cuidadlos, ayudadlos, apoyaos en ellos cuando lo necesitéis y sed leales sin dejar de ser auténticos. Un buen amigo es para toda la vida. Y otra cosa: sean amigos vuestros o no, sed respetuosos y tolerantes con todo el mundo. Ya os habréis dado cuenta de que hay niños distintos a vosotros, que hacen cosas que no entendéis, con familias, a lo mejor, diferentes a la nuestra... No todos somos iguales ni hemos tenido las mismas circunstancias, y por eso es muy importante que tratéis de poneros siempre en su piel, sobre todo en la de aquellos que son más débiles, están más solos o sufren más.

Apoyaos entre vosotros, respetaos mucho e intentad estar siempre unidos. Los hermanos son un regalo que hay que cuidar mucho. Ellos estarán siempre ahí, pase lo que pase, y, algún día, cuando seáis ya muy mayores, serán los únicos con los que podréis compartir los recuerdos de vuestra infancia. De toda vuestra vida.

Os animo a que viváis con alegría y positivismo, y a que disfrutéis de las cosas más pequeñas. Como hacemos nosotros ahora cuando, por ejemplo, vemos una peli todos juntos o cuando me contáis vuestras cosas al meteros por las noches en la cama; y jugamos, y nos reímos, y papá entra haciéndose el enfadado y dice que ya es hora de dormir y que nos va a castigar a todos, incluida a mí. Es en esas cosas, aparentemente sin importancia, donde está la felicidad. Disfrutad de ellas. De la naturaleza, del silencio, de no hacer nada, de la tranquilidad. Es difícil en este mundo que os ha tocado vivir de la vorágine de lo instantáneo, pero, creedme, con tranquilidad y paciencia, todo es mejor.

Por último, ya antes de despedirme, deciros que siempre que dudéis, sigáis vuestro instinto; la mayoría de las veces acertaréis.

Os quiere muchísimo,

Mamá

*Es en las cosas aparentemente sin importancia donde está la felicidad. Disfrutad de ellas: de la naturaleza, del silencio, de no hacer nada...*







# ADMIRACIÓN

ALEX RIVIÈRE

*Despegó en la red casi por casualidad. Llevaba la comunicación digital de una importante marca de moda, un día le pidieron que protagonizara una sesión de fotos que gustó mucho y bla, bla, bla... Hoy es una de las mayores prescriptoras de estilo 2.0 –influencer, aunque no le entusiasme el término–. De su madre, historiadora del arte, ha heredado una elegancia suave y contenida que persigue, sobre todo, “la justa medida”. Es ella quien le aconseja si va mejor este bolso o aquel, si subir esta o esa foto y, en general, sobre todo. “Cuando estoy fuera, sueño con llegar a casa, encerrarme con ella en la habitación y contárselo todo.”*



Su Instagram responde, implacable, al mandato virtual de belleza y felicidad. Atardeceres en Capri, un novio con pajarita que la coge en brazos para besarla como en las películas antiguas, bolsos de coleccionista, *looks* de diva clásica que te dan ganas de hacer con el armario propio una hoguera en el jardín, y una piel de muñeca que tiene mucho que agradecer a los consejos tempranos de su madre. Un firmamento estético que se resume –así lo evidencian los cientos de comentarios a sus fotos– en elegancia. Sin más. Y, sobre todo, sin menos. En ese afán generalizado por los paralelismos, su estilo, sobrio y sin estridencias, fue comparado inicialmente con el de Olivia Palermo; aunque, como ella misma reconoce, ahora se siente más cerca del minimalismo clásico de Victoria Beckham, su gran referente de estilo. “La manera de vestir no es solo algo ornamental. Es también una declaración de intenciones. Con la ropa decimos mucho.” Lo que ella viene a decir con sus sastres impecables, los blancos y los negros o las camisas de corte perfecto, es que le gusta estar en los sitios en la justa medida. “No quiero llamar la atención, ni tampoco pasar desapercibida. Busco el equilibrio.”

De lo escrito hasta aquí, nada es nuevo. Puede verlo cualquiera en su cuenta. Sin embargo, en el mundo virtual de esta catalana de veintisiete años, al que se asoman cada día 386.000 seguidores –suben cada segundo–, hay cosas que no se ven. Que ni siquiera se imaginan. ¿Quién diría que Alex, que parece tan frágil como todo lo perfecto, es una loca de las motos y tiene en casa un circuito de *motocross*? ¿O que, pese a los viajes, el aire cosmopolita y una pareja que vive en Londres –que además es su ciudad favorita–, no se plantea irse de España porque no quiere separarse de su familia? “Para mí, mi familia es lo más importante que existe. Somos como de la mafia.” Su perfil no cuenta nada, tampoco, del helado de macadamia –“el mejor invento del mundo”–, ni de que detesta el color rosa casi tanto como las envidias, los correveidiles y el no poderse fiar de “este mundillo” al que llegó sin saber que quien te quiere muy rápido, te suele querer muy corto: “No soporto los juegos de hablar mal por detrás, me da mucho asco. Y hay mucho de eso en este ambiente. Ahora ya me da igual, pero si volviera atrás y pudiera darle un consejo a la niña que fui, le diría que tenga presente que no todo el mundo se rige por los mismos valores y los mismos conceptos que tú”.

Los olores. Tampoco están es su perfil. Ninguno. Ni siquiera aquellos, primordiales, que desatan su nostalgia. El perfume que usaba su madre siendo ella niña y se quedaba flotando en la oscuridad de la habitación tras el beso de buenas noches. O el de la lluvia y la tierra mojada de Llaveneras, su lugar de referencia, una masía del siglo XVIII en la que la familia se reúne a menudo. Este verano, por San Jaime –así se llamaba su padre–, celebraron allí el primer santo en su ausencia. “Éramos unos ochenta, los más allegados. Nos pareció una forma bonita de rendirle homenaje y de que, aunque no estuviera, estuviera.” Habla de él echándole de menos.

“Era un hombre maravilloso. Elegantísimo –le encantaba, además, ver a las mujeres superarregladas–, fuerte, honrado, trabajador y muy cariñoso. Lo dio todo por su familia; y eso que mi madre y él estaban separados. Nuestro sentido de familia se lo debemos en gran medida a él y nunca dejaré de agradecerse porque, hoy, que va todo tan rápido y nada dura demasiado, la unión familiar es imprescindible. Con mis dos hermanos mayores ceno todas las semanas y sigo viviendo con mi madre.” De ella, a la que define como una mujer “fuerte, sensible, paciente, con una enorme creatividad y un gusto exquisito”, heredó la pasión por la moda. “Es de las mujeres más elegantes que conozco; por eso, se lo consulto todo. Además, como tenemos la misma talla, podemos cambiarnos la ropa.” También fue clave su abuela materna, que de joven tuvo una tienda en la que organizaba desfiles. “Recuerdo que, desde muy pequeña, con cuatro años o así, ya le hacía unos *shows* increíbles. Me metía en su vestidor, me probaba la ropa y elegía los *looks* para el desfile.” Todo este *background* –al margen del instinto, claro– explica que Alex se produzca a sí misma de manera irrefutable: buenos fondos de armario, clásicos básicos, “pero con un punto de moda”, y ese toque de imaginación –con el que solo aciertan los muy versados en la materia– y que, en su caso, suele estar en los zapatos: “Son la primera prenda que elijo a la hora de vestirme y, con ellos, me gusta marcar la diferencia”.

Hay en Instagram un estadio intermedio entre lo que se ve y lo que no: lo que no se ve, pero se intuye. Se intuye, por ejemplo, que a Alex le gusta el arte. No hace falta que enseñe las pinturas flamencas de su abuelo que cuelgan en la masía, ni que explique que su madre estudió Historia del Arte y que, de pequeña, la llevaba una vez al mes a ver exposiciones. Se nota, en sus fotos, que tiene la mirada “educada”, que sabe de color, de armonía y de composición. “Me encanta el arte, es verdad. Soy una loca de Rothko, Tàpies, Chillida, Pollock. Pero no solo me gusta la pintura. Me encanta el interiorismo, la música, el cine... Aprecio muchísimo la belleza. Me gusta estar rodeada de belleza en cualquiera de sus formas.”

Del cansancio, que tampoco se ve porque las ojeras están descatalogadas en muchas regiones del ciberespacio, también puede hacerse idea cualquiera que conozca un poco cómo funciona el *mundillo*. Pocas horas de sueño, veinte días al mes fuera de casa, muchas horas sola y muy pocas con los suyos... Y es que además de las redes y el trabajo invisible tras cada foto, Alex es directora creativa de su propia empresa. Junto a su socia, ha diseñado ya tres colecciones cápsula este último año. “La falta de tiempo es lo que peor llevo de todo esto. Sueño con llegar a mi casa, pasar tiempo con mis amigos, con mis hermanos y con mi madre. Cuando llego de viaje, nos encerramos en su cuarto y se lo cuento todo. Los sitios en los que he estado, la gente más interesante que he conocido... A veces, simplemente nos reímos, como el otro día al recordar cómo pronuncia mi novio algunas palabras en español.”





*“En un mundo en el que va todo tan rápido y nada dura demasiado, la unión familiar es imprescindible”*



# ALEGRÍA

## BÁRBARA PAN DE SORALUCE

*Apellidarse Pan resulta de lo más conveniente si una se dedica a pintar platos. A tal efecto, también ayuda haber estudiado Bellas Artes, tener un sentido innato para lo bello y que, como ella misma reconoce, “te guste gustar”. Pero todo esto no basta para explicar por qué Bárbara Pan de Soraluca y sus vajillas pintadas a mano han reventado el mercado. En esta enumeración falta una cosa, la más importante, la que hace artista al artista: Bárbara es única. Y su universo, hipnótico, singular y felizmente salvaje.*



Bárbara Pan de Soraluze no se parece a su barrio, que es residencial, apacible y bien podado. Si ella fuera barrio sería otra cosa. A lo mejor Plaka, en Atenas. Y los griegos, tirando platos de júbilo contra las paredes; el *bouzouki* y sus gemidos; las calles empedradas, las tabernas, el bullicio, las familias interminables; los *souvenirs* de medianoche, la luna, el Partenón y, en síntesis, ese baile anárquico, plateado y fugaz que es la alegría. Sí, no tendría más remedio que ser un barrio así, vivo y apasionado. Tan contagiosamente vivo como ella. Observen, si no, su risa en las fotos. Y cómo mira a su hijo. Y cómo mira a la cámara, con esa seducción sin artificios de cuando seducir es generosidad y no vanidad. “No sabes lo que me gusta gustar. Me encanta gustar”, dice, enfatizando el verbo cuando hablamos del éxito de sus vajillas, de cómo empezó, de las clases de pintura, de esa profesora, Carmen Muñoz, que le ayudó a encontrar su identidad creativa: “Me abrió una puerta hacia mí misma, me enseñó a verme. Además, me decía cosas que me animaban mucho y, claro, la autoestima hace que las cosas te vayan saliendo mejor. Un día, mi hija Bubi, que es muy exigente, me dijo: ‘Enseña esto, que es una preciosidad’. Fue ella quien me abrió la cuenta de Instagram @losplatosdepan. Enseguida empezaron a hacerme pedidos, cada vez más, y ahora tenemos cerca de setenta mil seguidores. No puedo estar más agradecida... ¡Imagínate lo que supone que te pase esto a los cincuenta años!”

Decía Eduard Punset en su *Viaje al optimismo*, que el trabajo comienza a ser de verdad gratificante a partir de esa edad en la que los hijos ya han crecido –y se les ha dedicado el tiempo que requieren–, se ha formado uno lo suficiente y se ha disfrutado del ocio hasta agotarlo. Bárbara ejemplifica como nadie ese modelo. Estudió Bellas Artes en Dublín, donde su padre desempeñó su último puesto como embajador, pero al volver a Madrid “conocí a Juan y enseguida me casé; así que trabajé cinco minutos”. En esa división de papeles tan habitual de una época, ella se centró en el sustento emocional de la casa y él, en el material. Juan Arena –Ingeniería en ICAI, Empresariales en ICADE, diplomado en Estudios Tributarios y graduado en Psicología Infantil Evolutiva– tuvo una carrera clamorosa en Bankinter, que culminó con la presidencia de la entidad. “Juan ha sido un hombre exitosísimo del que no puedo estar más orgullosa. Y del mismo modo que yo le apoyé durante todos esos años, me apoya ahora él a mí. Es mi momento, me siento como Rosa de Benito.”

Cuando su marido dejó Bankinter en 2007, pasaron un año en Harvard donde él dio clases de Finanzas en un posgrado –“una época preciosa”–. Al volver, se mudaron a esta casa. “Venir a vivir aquí supuso un cambio de ciclo. Los niños ya mayores, el bienes-

tar del jardín, estar bien con quien compartes tu vida... Fue entonces cuando empecé a pintar.”

El barrio no, pero la casa sí se parece a ella: es diáfana, original y feliz. La pared del salón la ocupa un mural en bloques de color del navarro Fernando Pagola. Hay una mesa de centro roja, una butaca amarilla y cuatro cabezas escultóricas con melenas alzadas como corales marinos. Pero, sobre todo, hay un jardín. Un edén de mimosas, jazmines, nandinas y abelias, ideado para transformarse con las estaciones. También para que, entre la naturaleza, vaya transcurriendo lo humano. Un rincón para las confidencias; otro, para grandes comidas –Bárbara es la octava de nueve hermanos–, aquel de allá, para el silencio y un libro. Una casa, en fin, de vocación sentimental.

Sus hijos entran y salen a lo largo de toda la mañana. Primero Juan, que se acaba de casar con “la nuera de mis sueños” y va directo a la nevera. “Juanito, ven aquí a saludar”, reclama ella; y, luego, a mí: “Va a salir a dar un paseo con su padre. Le encanta”. Más tarde llega Casilda, que viene de la revisión de un examen que ha suspendido. “Esa profesora es una imbécil”, se indigna Bárbara ante la explicación de su hija pequeña. Y cuando la niña ya no nos oye: “Yo estoy aquí para hacerles la vida fácil a mis hijos, para apoyarles, sobre todo en los momentos difíciles. No soporto el ‘ya te lo decía yo’. ¿De qué sirve que te digan eso cuando lo estás pasando mal? No, yo siempre estoy de su lado. Y eso que cuando me enfado les digo barbaridades. Soy muy italiana para eso. Pero sí, en general soy una madre muy blanda; en eso me pongo suspenso. He tenido la suerte de poder hacer ese papel porque Juan hacía el otro, el de fuerte, el de ejercer la autoridad –siempre con medida, cediendo el paso–”. Se queda unos segundos en silencio, en una especie de limbo amoroso y concluye, casi suspirando: “La verdad es que todo el mérito es de él, yo no tengo ningún mérito, no sé qué hago en este libro”. No puedo evitar la pregunta: ¿Cuál es la clave? ¿Cómo se consigue este estado de admiración casi adolescente después de toda una vida juntos? “Lo más importante de todo es, sin ninguna duda, elegir bien.”

Lo compruebo cuando unos minutos más tarde es finalmente él, Juan padre –que acaba de terminar sus clases particulares de matemáticas–, quien hace su entrada en el salón. Poso jesuítico, mirada inteligente –también nostálgica, compasiva y solitaria– y el hablar cauteloso de los grandes humanistas. Resplandece de añoranza cuando me enseña el vídeo con la canción de despedida que le hicieron sus alumnos de Harvard el día que se marchaba. El vídeo termina y se va a pasear con su hijo. “Juan ha sido mi gran apoyo en la vida”, cuenta Bárbara, “y mi Pigmalión, porque nos llevamos dieciocho años. Es un hombre inteligentísimo,

racional y un gran psicólogo, además. Y mira a quién eligió”, exclama como admirándose aún, “a un alma libre”.

Pero Bárbara no es solo libre –tan libre como esa melena que hace años solo peina con los dedos–. Es generosa, lúcida, ocurrente y de una naturalidad, íntima, que arroja al instante. Una mujer que quiere con facilidad y tesón, que integra –cuando entro en su casa, está sentada repasando el cuestionario de esta entrevista, que ha preparado la noche de antes con la empleada del hogar que trabaja en su casa. “Isa, ¿cuál habíamos dicho que eran los tres mejores inventos de la historia? La penicilina, el móvil y ¿cuál era el tercero?”–. Una mujer ajena a cualquier imperativo social de corte idiota –“como vea una foto más de quinoa o agua-

cate en Instagram, me pego un tiro. A mí me gusta el chocolate, los *croissants*, las Chips Ahoy y el pan con mantequilla, ¡ay, el pan con mantequilla!”– y que demuestra, en cada curva de su conversación, que el humor es la forma más primitiva de la inteligencia. Escuchen, si no:

- De todas las cosas que es imposible saber, ¿cuál elegirías saber tú?” –le pregunto.
- Cómo va a ser mi funeral.
- ¿Y cómo querrías que fuera?
- Con mucha gente, y un ataúd muy de pino, y muchas flores. Pero, sobre todo, que llorasen muchísimo, sin parar, con sollozos e hipidos.





*“Yo estoy aquí para hacerles la vida fácil a mis hijos,  
para apoyarles, sobre todo en los momentos difíciles”*



# SEGURIDAD

ALEJANDRA DE ROJAS

*De su madre, la siempre recordada Charo Palacios –musa de Elio Berhanyer– ha heredado esa clase de belleza, llena de matices, que impresiona más cuanto más se observa. También es suyo el don de gentes, el sentido de la responsabilidad y una sofisticación tranquila, con consigna de sencillez, que seduce sin apabullar. Ha heredado, sobre todo, una relación con la moda de cuando la moda tiene trasfondo y habla de historia, de arte, de una sensibilidad ilustrada. A su padre, el conde de Montarco, le debe otra clase de ropaje: el intelectual. Su amor por los libros, por la escritura –incluso por la soledad– se fraguó en aquellas tardes de su infancia, con él en la biblioteca, imitándole leer antes de saber hacerlo. Alejandra de Rojas –icono de estilo, dueña de la franquicia Maje, colaboradora de la revista Telva y diseñadora ocasional– está a punto de ser madre. Quién sabe qué heredará su hijo de ella. Quizá la disciplina, la generosidad, la sencillez... A ella, que le habla aquí por primera vez, solo le preocupa crear para él un hogar al que siempre quiera volver.*





Pepito:

De entre todas las cosas que yo podría aconsejarte en la vida, creo que la más difícil de todas ellas sería decirte cómo debes vivirla. No recuerdo que tus abuelos lo hiciesen conmigo porque, aunque eran hábiles con el uso de la palabra, no lo eran tanto a la hora de establecer una conversación familiar. Por el contrario, sí que recuerdo las buenas costumbres. Tu abuelo Eduardo solía dedicar las tardes a la lectura y, cuando yo apenas contaba con cuatro años, me acercaba a la enorme biblioteca que presidía el salón y de puntillas alcanzaba el primer libro que veía. Me sentaba a su lado en silencio y, aunque no entendiese lo que leía, le imitaba en todo. Pasaba la página al mismo tiempo que él lo hacía, me recostaba en la silla imitando su postura y carraspeaba la garganta a su vez. De esas tardes de quietud aprendí a amar los libros y a estar a solas conmigo misma. Con tu abuela Charo pasaba la mayoría del tiempo. Ella me llevaba a todos lados en su mini plateado mientras escuchaba fados de su Portugal natal y sintonizaba la emisora Radiolé. Todos los sábados nos acercábamos a la casita de campo que tenía al lado de Madrid y allí pasábamos el día entre amigos, comiendo alitas de pollo con las manos y haciendo cabañas en el monte. Mi madre era generosa y sencilla. Tenía un don para la gente y jamás la escuché hablar mal de los demás. Era terriblemente alegre. De ella aprendí que el sufrimiento es una elección y que la vida es más fácil si se le pone un poco de buen humor. Me enseñó el arte de la sencillez y me repetía constante-

mente lo buena que yo era. Aquellas palabras me dieron mucha seguridad en mí misma y hoy en día aplico a diario la máxima que ella tenía: “El no ya lo tienes. Lucha por el sí”.

De pequeña nunca estaba sola. Mi tata Marisa decía que los niños deben comer siempre acompañados, así que, a la hora del almuerzo, cuando mis padres se ausentaban porque tenían que atender algún compromiso, ella se sentaba a mi lado mientras yo comía. Su sola presencia me daba tranquilidad. Ella me inculcó el sentido de la responsabilidad y me enseñó la grandeza que esconde la paciencia. Cualidades que más tarde aprendí a valorar.

Con todo esto quiero decirte que lo único que le importa a un hijo es la presencia y el amor de sus padres. Ahí reside la clave de una infancia feliz. Yo quiero para ti lo que tus abuelos lograron conmigo. Un hogar donde te sientas seguro y donde siempre encuentres unos brazos dispuestos a ampararte. Donde halles consuelo cuando lo necesites y fuerza cuando la requieras. Donde nunca nadie te juzgue y donde te repitan lo buena persona que eres. Donde la imperfección sea bonita y donde se converse y se escuche por igual. Un hogar al que siempre quieras regresar. Cuando mires atrás, quiero que dibujes tu infancia con una enorme sonrisa. Es mi deber, como madre, sembrar en esos años el fruto de lo que luego vendrá y dotarte de las armas necesarias para que puedas vivir esta vida en total libertad.

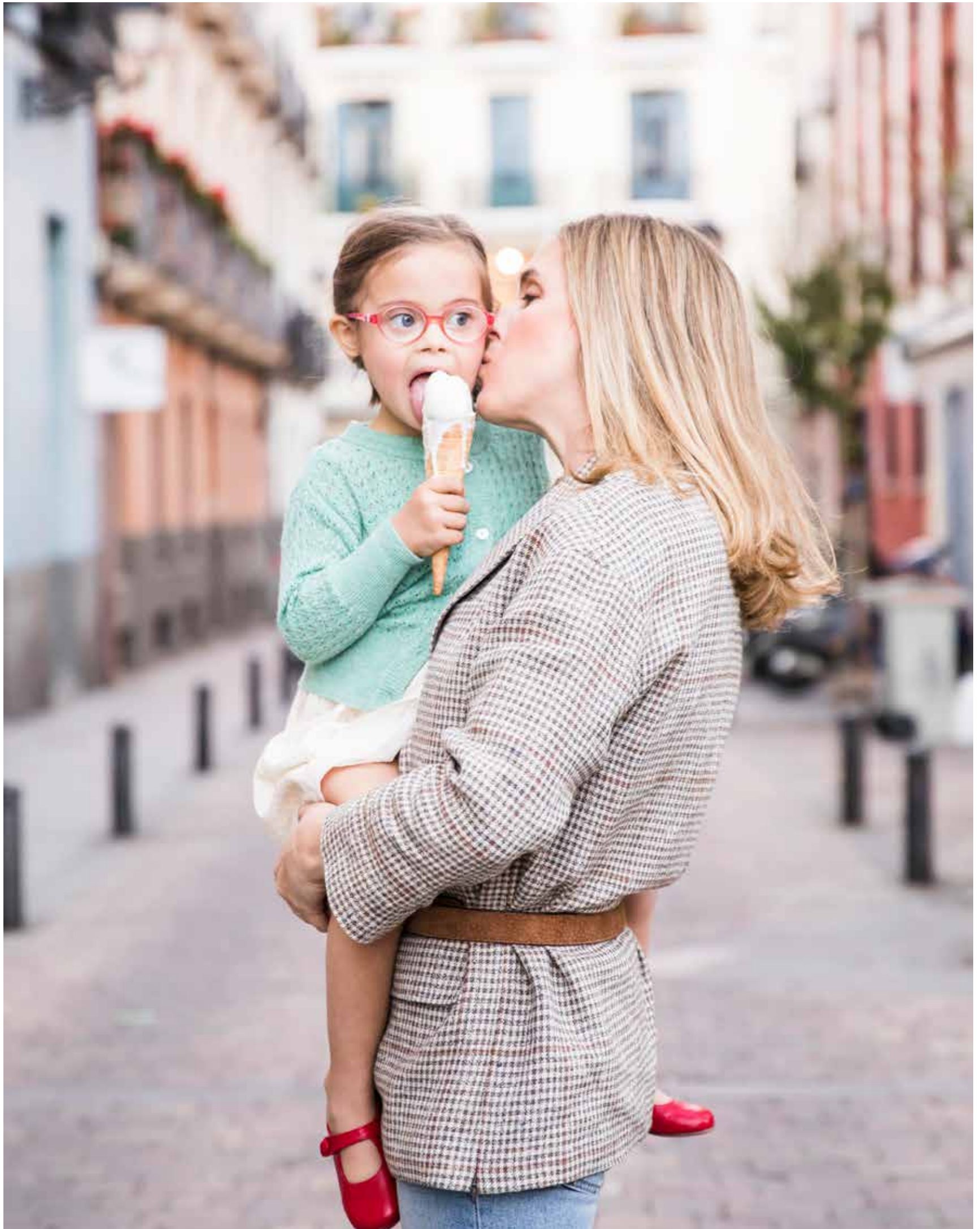
Lo único que le importa a un hijo  
es la presencia y el amor de sus padres.  
Ahí reside la clave de una infancia feliz



# SUPERACIÓN

NINI ARROYO

*Fabiola Arroyo Ozores, Nini, no sabía que su tercera hija, Pepita, le daría la sorpresa de su vida al nacer con síndrome de Down. Poco después, creó una cuenta en Instagram, @pepitamola, para mantener al día a sus familiares y amigos sobre la evolución de Pepita. Hoy son más de 240.000 sus seguidores, personas sensibilizadas e inclusivas, y la cuenta se ha convertido en un referente del síndrome de Down, sirviendo como herramienta de concienciación para mucha gente joven. A raíz del éxito en las redes sociales, Nini ha escrito dos cuentos infantiles sobre Pepita y el síndrome de Down y ha creado la Fundación Pepitamola, cuyo objetivo es ayudar a familias con hijos con síndrome de Down.*



Ser madre es lo más maravilloso que existe, y tener la suerte de ser la vuestra me hace sentirme la más feliz del mundo. Os habéis convertido sin saberlo en mi fuente de felicidad y orgullo.

Mi queridísima Abi:

Siendo la primera, te ha tocado ir abriendo camino y aunque a veces es más duro, también tiene sus privilegios. Habichuela, tú me enseñaste a ser madre, fuiste la primera en hacerme sentir los sentimientos que solo un primer hijo puede hacer sentir y eso me une a ti con una fuerza difícil de explicar con palabras. Algún día, cuando seas mayor, lo sabrás por ti misma.

Fuiste un bebé perfecto, dormías y comías bien, casi ni llorabas, siempre de buen humor, con una sonrisa en los labios. Recuerdo pensar que tu primer año de vida había sido el más feliz de la mía. Ahora con ocho años empiezas a darte cuenta del papel tan importante que te ha tocado vivir desde que nació tu hermana Pepita, y verte tan feliz, responsable y orgullosa de ella me llena de emoción. Recuerdo cuando, al nacer tu hermana, me preocupaban esas cosas, ahora sé que solo te aportan y te hacen ser la maravillosa niña que eres.

Mi queridísimo Juan:

Eres cariñoso, bueno y sensible. Tienes un encanto especial y una sonrisa absolutamente conquistadora. Siendo el segundo, entre dos hermanas, has sabido siempre cuál es tu sitio, y yo he procurado que te sintieses importante en tu papel de hermano y único chico de la casa.

Al nacer fuiste un poco más protestón. Naciste tan grande (4,300 kg) y con cara de niño mayor que a veces pienso que se nos pasó volando tu etapa de bebé. Hablabas con la zeta, te encantaban tus juguetes, tenías una imaginación desbordante. Ahora tienes seis años, sigues jugando con tus juguetes, pero sin descuidar a tu hermana pequeña... Me encanta cuando pasas a su lado y le das un beso espontáneo y le dices cosas bonitas. Solo imaginarte así de mayor me emociona. ¡Qué suerte tiene Pepita de tenerte como hermano mayor!

Mi queridísima Pepita:

¡Tú fuiste la sorpresa más maravillosa de nuestra vida! La tercera y última de nuestra gran familia y eso, aunque tú no lo sepas ahora, tiene sus grandes ventajas. Además de tener ese cromosoma extra que te hace ser extraordinaria, tienes un don. El don de sacar lo mejor de todas las personas que te conocen, eso es un superpoder que solo compartes con las personas especiales como tú.

El primero en saber que tenías síndrome de Down fue tu padre y quiero que sepas que, desde el instante en que lo supo, te quiso tal y como eras. Un bebé perfecto, parecida a tu hermana al nacer, pero con los ojos más rasgados. Yo estaba preocupada al principio, pero recuerdo hacerme fuerte al pensar que eras un bebé sano; sabía que eso era lo más importante y que juntos lucharíamos lo que hiciese falta por tu felicidad.

Me atrevo a decir que creo que hoy lo estamos haciendo bastante bien porque sé que te sientes querida y que eres muy feliz. ¿Qué más puedo pedir?

Ahora tienes cuatro años y me maravilla verte crecer, esforzarte y superarte siempre con creces. Nos has enseñado lo que de verdad importa, la verdadera forma de querer.

A los tres me gustaría daros algunos consejos para la vida, aunque los podría resumir en uno: que os esforcéis todos los días por ser buenas personas.

Tratad a la gente siempre con respeto, sobre todo a los mayores. Cada persona tiene su forma de pensar y de actuar, tened vosotros también la vuestra; es fundamental respetar y aceptar a cada uno como es. Sed cariñosos con las personas a las que queréis.

Sed generosos y solidarios; es el sentimiento más bonito, algún día descubriréis que se aprende mucho más dando que recibiendo. Sabed perdonar. A veces nos pueden hacer daño, es importante que sepáis que en el dolor también se aprende, pero es todavía más importante saber perdonar. La empatía, saber ponerse en la piel de otra persona y compartir sus sentimientos es la clave y os hará conectar con las personas de forma especial y única.

Haced deporte, os enseñaré a disfrutar de las victorias y a aprender de las derrotas, y luego podréis aplicarlo a mil situaciones en la vida. El deporte es salud, no hay nada más importante que cuidarse para poder disfrutar de todo lo demás.

Sed agradecidos. Sed conscientes de la suerte que tenéis, de las cosas buenas que os pasan, no perdáis el tiempo en cosas que no os aportan nada positivo. Y alegraos también por los logros de vuestros amigos, disfrutad sus éxitos con ellos. Amigos, qué importante es tener buenos amigos. Son personas con las que vais a compartir muchas aventuras y por eso es fundamental que sean buenas. Después de la familia, serán las personas más importantes en vuestras vidas.

Y dejo para el final a la familia, porque sin duda es lo más importante de todo. Sentid que formáis parte de un núcleo seguro y estable, que compartimos algo muy importante y profundo que

nos une por y para siempre. Cuidaos mucho, no hay nada más bonito que unos hermanos que se protegen.

Y disfrutad de la vida, vividla plena e intensamente. Vosotros sabéis mejor que muchos (jugáis con ventaja) que, a veces, algo que no entra en vuestros planes puede resultar maravilloso; dejaos sorprender.

Vuestra madre que os quiere muchísimo,

Mamá

A los lectores me gustaría dirigirles unas palabras:

Disfruto de Pepita y de su extraordinaria condición cromosómica como nunca pensé que sería capaz. Y pienso en lo más profundo de mi corazón que todos somos capaces. Quien lo duda es por desconocimiento.



“Al dar visibilidad y mostrar la felicidad real de mi familia y de mi hija con síndrome de Down, intento mostrar que son seres especiales que hacen muy felices a quienes les rodean. No existe un amor más puro y poder sentirlo todos los días es un privilegio”







# UNIÓN

MAMER PERALTA Y SUS HIJAS,  
ROCÍO, LOLA Y MERCEDES PERALTA

*Las Peralta, mujer e hijas del legendario rejoneador Rafael Peralta, personifican el señorío andaluz. Son el símbolo –mejor vestido y más discreto– de esa Andalucía de familias grandes, fincas y sobremesas hasta el anochecer. De esa Andalucía de caballos, marismas y azahar; de la risa, siempre a punto; el vino de la tierra, las mantillas y el comer bien. De las ferias, el flamenco, la madrugada, el quererse mucho y las sensaciones a flor de piel. Ellas encarnan todo eso. Con elegancia. Con sencillez. Y, además, lo abanderan. Rocío, con los diseños de sus maravillosos trajes de flamenca y el resto, llevando su esencia allí donde van. E involucrando en lo mismo a sus hijos –en total suman once nietos– y agradeciendo, como hacen en esta carta a su madre, todo aquello que les hizo ser como son.*



Muchas veces necesitamos alguna circunstancia especial para volver a mirar con detenimiento algo que está siempre ahí, pero que casi nunca nos paramos a observar: nuestra esencia. Hay un momento en la vida en el que estás tan ocupada de cosas a las que atender –los niños, la casa, el trabajo, tu marido...– que es difícil ponerse a mirar hacia dentro. Y cuando por fin lo haces y te pones a escribir esta carta sobre lo que de verdad es importante, te das cuenta de lo presentes que tenemos siempre a nuestra madre. En todos los recuerdos, en la sensibilidad, en la manera de educar a nuestros hijos, en los valores que intentamos inculcarles, en el sentido de la generosidad, en el amor a la naturaleza, a Andalucía... Hasta en nuestra forma de trabajar y dejar volar nuestra creatividad. En todo eso está nuestra madre.

Ella tiene una risa maravillosa que contagia toda la casa de energía y felicidad. Tiene también frases de esas que no se olvidan y que ahora nos vemos repitiéndolas nosotras a nuestros niños: “Con la educación se va a todas partes” o “la verdad siempre, por muy dura que sea”. A las tres, como a ella, nos encanta tener la casa llena de gente; sin embargo, ella es única a la hora de recibir. De que de pronto aparezca por sorpresa un mogollón y saber improvisar algo en un minuto –riquísimo, además– para todo el mundo.

No es porque sea nuestra madre, pero cada vez que vemos a una mujer elegante, la comparamos inconscientemente con ella. Mil veces nos hemos quedado con la boca abierta cuando la vemos salir arreglada para una cena o para una fiesta o da igual, hasta para ir al Rocío. Cuando éramos pequeñas y no habíamos ido aún, ella siempre nos decía: “El día que vayáis por primera vez,

ya no vais a querer dejar de ir nunca”. Y así ha sido. De su elegancia –para nosotras ella es lo máximo– nos habla todo el mundo. Bueno, de eso y, por supuesto, lo buena persona y cariñosa que es, que, al final, es lo más importante.

La relación de ella con mi padre es absolutamente ejemplar. Para todos nosotros son un referente de admiración, cariño, respeto y, sobre todo, amor. No hay padres que se quieran más, que se lo pasen mejor juntos, que se apoyen más y se tengan más en cuenta para todo. Eso “crea escuela”. Como también lo hace el “sentido de familia” que nos han inculcado. Nuestros veranos, por ejemplo, son, sobre todo, familiares. Aunque los pasamos cada uno en sitios diferentes, para todos nosotros son veranos de risas, de comidas que se alargan hasta la noche, de libertad y de disfrutar de nuestros hijos con toda la intensidad de saber que luego, durante el resto del año, siempre estamos más ocupados y no podemos dedicarles el mismo tiempo. Veranos que, sin duda, se parecen mucho a los de nuestra infancia que eran, sobre todo, familia, amigos y libertad. Aunque también tardes de muchos nervios, cuando nuestro padre toreaba y esperábamos a que sonara el teléfono para saber que todo había ido bien.

Aunque algunas vivamos en Madrid y otros en Sevilla, somos una piña. Seguimos viéndonos muchísimo, yendo juntos al campo... Nos encanta hacerlo, sobre todo, en Navidad. Como todos tenemos niños pequeños, es muy divertida y supermágica. Mi madre lo pone todo muy bonito y lo vivimos todo con una ilusión increíble. Sin lugar a dudas, el amor incondicional es lo que nos hace fuertes y felices. Y eso es lo que queremos para nuestros hijos.

Aunque algunas vivamos en Madrid y otros en Sevilla, somos una piña. Seguimos viéndonos muchísimo, sobre todo en el campo







# EQUILIBRIO

CASILDA SÁNCHEZ VARELA

*“Puede que tú olvides tu infancia, pero tu infancia nunca se olvida de ti.” Casilda, escritora y guionista, afronta la relación con sus hijos a partir de ahí; de la convicción de que la niñez nos configura. Así le sucedió a ella, a la que de niña le enseñaron a ser, sobre todo, valiente. Y a querer a sus hermanos. Y a observar. Y a reírse. Le enseñaron también que la sensibilidad es una forma de fortaleza. Y que lo más lejos que se puede llegar es a uno mismo. En esta carta dirigida a sus hijos pone voz a su memoria.*





Mis queridos Casilda, Pipe, Juan y Curro:

Ayer Pipe cumplió ocho años. Fuimos a celebrarlo a un sitio, cerca del parque de Berlín, donde os enseñaban a hacer películas. Tú, Casilda, te habías puesto tu vestido nuevo de cuadros. Llevabas las piernas secas, como siempre. Y cara de anfitriona nerviosa. Ponías orden entre todos, como siempre. Haciéndote oír, tratando de recuperar, infatigable, el trono perdido. Observándolo todo bajo tus pestañas infinitas. Y cuidando de los más débiles con una bondad que crece contigo. Cuidando a tu amiga Olivia; a Pancho, que es tímido; y a Juanito, que sigue hablando sin hablar. Y te llama Chacha. Y te busca como a una madre. Y te dice “men, men”, para que le acompañes al parque de la mano. En la otra, el gorro de policía, Nino. Y cuando te acercas, se ríe con los dos hoyos haciendo un paréntesis. Y se le llena la cara de humor, de vida, de una inteligencia que desborda su cauce como un río en el deshielo. Juanito que ha sabido hacer del tres el número de la equidistancia. La medida de todo. Y tú le coges la mano pequeña y le llevas a jugar; y te veo alejarte agachada, contándole el mundo al oído.

Currito os sigue tambaleándose, como un borrachín enano. Poco a poco va encontrando su sitio en ese “baile de las sillas” que es una casa con muchos hermanos. Dice “no” de muchas formas. Agitando la cabeza, con el dedo, y juntando los labios como en un silbido prehistórico. No. Su primera palabra. Ayuda. La segunda. Un superviviente que se sienta a la mesa con el tobillo de la pierna izquierda apoyado sobre la rodilla derecha, como los flamencos. Que se irrita con gesto de señor mayor y se ríe con la desvergüenza de quien se sabe poco observado. Seguirá siendo mi niño cuando todos hayáis crecido.

Pipe, ayer te pregunté si la vida te había parecido larga o corta hasta ahora. “Larga mientras la vivo y corta cuando la recuerdo”, me dijiste. Hay en tu “allá”, en ese otro mundo del que vienes y al que vuelves cuando te ausentas, una sabiduría ancestral. En ese allá conociste a Marisana, tu amiga imaginaria; en ese allá viste a tu abuelo marcharse antes que ninguno de nosotros; y es allí donde te llevas a diseccionar todo lo que, de aquí, no acabas de entender. Ayer me di cuenta de que ya te da vergüenza que te bese delante de tus amigos. ¿Sabes qué soñé la noche anterior? Que llegaba a tu fiesta y eras mayor. Joven, pero mayor. Y yo te preguntaba asombrada, pero ¿dónde está mi niño?, ¿dónde está? Y ese chico rubio y alto, que nada tenía que ver contigo, me decía: “Soy yo, mamá”. ¿Sabes esa desesperación, jadeante, de estar persiguiendo algo que se aleja cada vez más? Así me desperté.

La niñez es corta. Casi una ilusión. Dentro de nada creceréis. Y seréis otros. La niña de las piernas secas, el de los hoyitos, mi Pipe de los coches teledirigidos y la mella perpetua, y el enano borrachín no seréis más que un recuerdo. Fotos que miraré para

desandar el tiempo. Nostalgia anticipada, se llama, y me entra siempre que os veo de verdad; y no desdibujados por la rutina, el ruido y las tareas pendientes. Esas mañanas de sábado, por ejemplo, que os metéis todos en mi cama y tomo plena conciencia de vosotros. Y siento como si se me reagrupara la carne.

Podría escribir páginas y páginas hablando de lo que es la maternidad. De esa sensación de asomarme al infinito que tuve con cada uno de vuestros nacimientos. Una sensación parecida a la que tuve cuando murió mi padre y tuve noción, por primera vez, de que la vida y la muerte comparten umbral. Podría hablaros de lo que es de verdad una toma de posesión. De que alguien pase a ocupar todos tus espacios dejándote casi vacía. Y de lo importante que es vaciarte de ti para acabar encontrándote. Podría hablaros del cansancio, de esas primeras mañanas que se parecen a las mañanas de Reyes, del asombro, del desconcierto, de la plenitud y de lo impresionante, lo absolutamente impresionante que resulta observar la vida nueva. Su pureza. Su olor. El alma intacta, antes de que la vida la vaya llenando de alquitrán.

Pero la idea de esto no es esa. Se trata de daros algunos consejos. Mis consejos. Los que creo que podrían haceros más fácil el camino que empezáis. Ahí van.

Escuchad más de lo que habléis, aprended a preguntar y si alguna vez os veis obligados a mentir, que la mentira sea lo más parecida posible a la verdad. No infravaloréis la bondad, es menos llamativa que la inteligencia, pero más difícil de encontrar. Haced caso de la primera impresión, suele ser la acertada. No traicionéis nunca una confianza. Tened al menos un amigo del alma y elegidlo sin ser muy niños ni muy mayores. Cuidadlo. Solo hay dos o tres personas en la vida que nunca os abandonarán, no las perdáis de vista. Si se marchan, dejad siempre una puerta abierta para que puedan volver.

Tened siempre cerca a vuestros hermanos. Son los testigos de vuestra vida. De toda vuestra vida. Cuando seáis viejos, serán los únicos con los que podréis hablar de lo loca que estaba mamá.

Reíos. La risa os hará sabios. En el humor, lo grande se hace pequeño y lo pequeño grande.

Haced algo de ejercicio, comed con la cabeza y buscad una afición que os haga olvidar. Acercaos a la naturaleza. Somos animales y necesitamos del agua, la tierra y el viento. Acordaos de los que sufren y sed generosos con ellos. Cuanto más se da, menos peso se tiene.

Aprended a cuidar de vosotros mismos, pero no dudéis en pedir ayuda cuando sea necesario. Elegid bien a quien lo hacéis.



Si alcanzáis el triunfo, dadle solo un primer sorbo. El resto del vaso os podría envenenar. Mirad a los ojos. Sed cariñosos y naturales. Reflexionad todo lo que necesitéis antes de actuar –casi todo puede esperar–; pero cuando la ocasión merezca la pena, dejaos llevar. No penséis en el futuro más que a la hora de trazar el plan.

Aprended a calcular vuestras fuerzas. No aspiréis a más de lo que podáis lograr, pero tampoco a menos.

Escribid cartas.

Si el mundo os da la espalda, preguntaos por qué. Habrá algo que no estéis haciendo bien. Aprended a pedir perdón; es tan importante como saber perdonar. Somos débiles. Todos. Y la mayoría de las veces no se hace lo que se quiere, sino lo que se puede.

Pelead solo por las cosas que merezcan la pena, no os desgastéis en balde. La energía es limitada.

Elegid bien a quien amar. Que no sea más débil que vosotros. No os lo perdonará. Ni mucho más fuerte. Os destruirá. Y tened presente que el amor no es un fagonazo, es un destino. Un sitio al que cuesta llegar.

Desconfiad de los caminos cortos, están llenos de trampas. Y de los que siempre son las víctimas, porque acabarán siendo verdugos.

No confundáis euforia y felicidad. La felicidad es equilibrio, es serenidad. Lo otro es un fuego artificial.

Dudad. Solo se avanza dudando.

Cuando no sepáis qué hacer, pedid consejo, pero tened presente que las grandes decisiones de la vida hay que tomarlas solo.

Dedicad un rato al día solo a pensar. Escuchad a Bach. Os hará más inteligentes. La tragedia llegará algún día. Y os hundirá. Y cuando creáis que no se puede estar peor, llegará otra tragedia más. Cuando eso pase, cuidaos por fuera. El descanso os ayudará. Y el orden. Leed, acercaos al agua y, sobre todo, buscad la soledad, el ruido no ofrece respuestas. Pero no os escondáis del dolor, forma parte del camino. Vividlo, pero que no pueda con vosotros. Pase lo que pase, por muy difícil que parezcan algunas mañanas, vivir siempre merece la pena.

Mamá

*“No confundáis euforia y felicidad.  
La felicidad es equilibrio, es serenidad;  
lo otro no es más que un fuego artificial”*



# GRATITUD

## ISHTAR ESPEJO

*Ishtar Espejo está casada, tiene dos hijos de nueve y once años y dirige, desde hace trece, la Fundación Aladina. Aunque había estudiado derecho y trabajado siempre como relaciones públicas en el mundo de la moda, cuando su amigo Paco Arango le ofreció ayudarle en el proyecto que había creado para ayudar –de todas las maneras imaginables– a niños y adolescentes con cáncer, no se lo pensó dos veces. Su vida cambió, ella también. Ahora, cada segundo cuenta.*



A Ishtar la quiere todo el mundo. Será porque es de sonrisa fácil, será porque tiene luz, será porque, desde que se dedica a los demás, ha interiorizado muy mucho aquello de que todo lo que no se da se pierde. “Si te pasas el día mirándote el ombligo, nunca estás satisfecho. Siempre hay algo que falta, algo que podría ser mejor. Cuando ves sonreír a un niño enfermo, te haces consciente, consciente de verdad, de que incluso en las situaciones más complicadas, la vida es un regalo. Desde que trabajo en Aladina me he dado cuenta de que la clave para ser feliz es precisamente eso, tener muy presente la suerte que tenemos. Mira, hay un momento, cuanto te dan una mala noticia sobre tu salud, o la de algún hijo tuyo –que es lo peor que te puede pasar en la vida– que ves, con una claridad cristalina lo feliz que eras hace cinco minutos. Intento vivir en esa claridad. O al menos, tener todos los destellos posibles.”

Es algo que ha intentado transmitir a sus hijos, Nicolás y León, desde que tienen uso de razón: “Trato de ser sincera con mis hijos sobre mi trabajo y que, a través de las historias que les cuento de los niños, se den cuenta de que son unos privilegiados”. Hablar a los niños de la enfermedad y la muerte no es fácil. Cualquiera que sea padre quiere que sus hijos se sientan, sobre todo, seguros. A salvo. Y aunque Ishtar, cuando les cuenta su día a día, trata de poner el foco en lo positivo –en la cantidad altísima de niños que se curan; en lo difícil que es, estadísticamente hablando, que pase algo así–, tampoco quiere ocultarles que la muerte es parte de la vida: “Creo que es importante aprender a convivir con ella. Es una realidad que está ahí y a la que antes o después se tendrán que enfrentar. Por eso, aunque la mayoría de los días lo que les cuento es bonito y tiene un final feliz, si un día no es así y llego triste a casa, no se lo oculto”.

La Fundación Aladina debe su nombre a una famosa serie de televisión que produjo Paco Arango y que tuvo muchísimo éxito entre los niños porque era una serie divertida, vital, positiva, mágica. La idea de Paco –y por extensión de todos los que colaboran en la Fundación– es trasladar al hospital ese mismo espíritu, “mientras esperamos que pasen los milagros diarios de curación”.

Ishtar reconoce que vivir esa realidad le ha cambiado profundamente. “Me encanta pasar tiempo con mi familia y mis amigos. Disfrutar de los fines de semana, de cuando los niños vienen a nuestra cama y hablamos, o planeamos lo que nos apetece hacer. Hacerles alguna comida exótica y hablar de ella, de dónde procede, de sus ingredientes... es otra forma de viajar. Desde que dedico mi vida a esto, me he dado cuenta de una forma más profunda de que la familia y el amor son la base de todo. A diario vivo situaciones de esas en las que lo superfluo desaparece y queda solo lo esencial, lo que nos define de verdad. El miedo, la incertidumbre

y, por encima de todo, el amor. En los momentos difíciles, el amor se manifiesta de una forma tan pura, tan evidente, tan poderosa que resulta algo impresionante.”

Dice que una de las personas que más le han marcado en su vida es su abuela, que este año ha cumplido noventa y siete años. “Es mi gran referente. Una mujer extraordinaria, artista, muy libre, muy positiva, con una capacidad increíble de reinventarse y un enorme sentido del humor. Me río muchísimo con ella y eso es fundamental para que te apetezca pasar tiempo con alguien. Tiene, además, una cara de esas en las que se cuenta toda una vida. Creo que, a partir de una edad, la belleza está en la expresión, en la inteligencia, en lo que uno es por dentro, en la forma de mirar, en que se te vea el alma...”

Le encanta viajar, especialmente con sus hijos, porque cree que no hay nada que “abra más la mente. Es la mejor manera de que aprendan a empatizar y a no juzgar. A que se den cuenta de que el mundo es muy grande y diverso. Además, creo que los viajes unen mucho. Hablas, no hay interferencias y se crean unos recuerdos maravillosos. Las navidades pasadas les llevamos de viaje sorpresa a Bali, que es un sitio muy especial. Alucinaron con todo, pero al mismo tiempo lo vivieron con muchísima naturalidad. Íbamos a todas partes en moto, se hicieron amigos de todos los locales en la playa, conocimos a un balinés que nos invitó a su casa para celebrar el Galungan... Para mí no hay ninguna inversión mejor que esa: viajar”.

Cuando están aquí, en Madrid, buscan la naturaleza: “Solemos ir los cuatro al campo con Mía, nuestra jack russell, que es una más de la familia. Y para mí, la niña que siempre quise y no tuve”, dice riéndose. Si llueve, un plan recurrente son los museos, planes culturales de todo tipo o pasar una tarde leyendo con ellos y viendo pelis: “Hay que exponerles a cosas distintas, que prueben y descubran ellos mismos qué les gusta. Este año, León me preguntaba en navidades que cuando era ARCO porque le apetece ir. Me hizo mucha ilusión. Me pasa igual cuando descubren un libro que les encanta y se pasan horas leyendo. Me crea una satisfacción especial porque a mí lo que más me gusta del mundo es leer. Leo hasta las etiquetas de los champús. Mis amigos hasta se ríen de mí. No sé, me gusta mucho hacerles partícipes de lo mío. Cocinar y que me ayuden, o que me vean hacer yoga, que me encanta –tengo el título de profesora desde el año pasado–, y practiquen alguna postura conmigo...”.

Cuando le pregunto, para terminar, qué virtud compraría para sus hijos si solo pudiera comprar una, lo piensa poco: la lealtad. “Implica muchas cosas: entrega, empatía y que tienes una relación con alguien que merece la pena.”



Mi trabajo hace que a diario viva situaciones en las que lo superfluo desaparece y solo queda lo esencial. Básicamente, el amor. En las situaciones difíciles se manifiesta de una forma tan pura que sobrecoge







# DISCIPLINA

SONSOLES DÍEZ DE RIVERA

*Su madre, la marquesa de Llanzol, fue una de las mujeres más elegantes e influyentes de su época. Musa de Balenciaga, atrevida, original y exquisita –dicen que cuando aparecía en los bailes cortaba la respiración–. Un inusual rayo de luz en la sombría sociedad del momento. Su hermana, Carmen Díez de Rivera –una belleza felina, frágil y serena– también fue musa. De la transición, como la bautizó umbral. Pero a la altura de todo ello está ella, Sonsoles hija, la gran desconocida. Se sabe que hizo la primera comunión vestida de Balenciaga y que la creación del museo del diseñador, en Guetaria, es en gran medida fruto de su tesón y su generosidad –donó cerca de ochenta piezas–. Pero apenas se sabe nada de su mente ágil, que baila siempre al compás de la compostura, de su austeridad, de su ingenio y de su lucidez. Poco se sabe de esta mujer que de niña quiso ser niño porque todo era más cómodo así, “empezando por ir al cuarto de baño”.*



Sonsoles Díez de Rivera impresiona. Impresiona por firme, por erguida, por la inteligencia oscura de sus ojos y ese halo de leyenda que le sigue al caminar. Pero lo que más impresiona de ella es que ha vencido a la edad. Como el sonido de las campanas de una iglesia. O las notas de un piano. O el viento. O cualquier otra cosa capaz de coger el tiempo por las esquinas y doblarlo en diagonal.

Sentada muy recta en el porche de la casa de su hijo Marco, pegada al Club Puerta de Hierro, me confirma que sí, que en ella los años tienen su propio hilo argumental. “El día que hice mi primera comunión sentí que ya era mayor. Tenía ocho años y pensé, a partir de ahora, vieja. Hasta que muera. En cambio, ahora les digo a mis hijos que soy mucho más joven que ellos.” Se ríe y se le llena la cara de infancia. Y de una coquetería que también ha transcurrido a la inversa. “Nunca fui presumida. Cuando era joven iba siempre muy tapada. Intentaba que mi atractivo estuviera en ser insólita, divertida, inteligente... Que todo eso fuera tan fuerte que el de enfrente consiguiese olvidarse de mi cuerpo.” En determinada educación, el cuerpo no ha de notarse. Solo acariciar, como un soplo. Nunca un viento huracanado. La abuela materna de Sonsoles jamás se recostó en un sofá. Ni se sonó la nariz: “No sé cómo se quitaría el constipado. A lo mejor es que no se constipó nunca”. En su colegio, La Asunción, había una disciplina que se llamaba *mauvaise tenue* (algo así como mal comportamiento) y, como te pusieran tres faltas, te expulsaban del colegio. “Bueno, y luego estaban las *nannies* alemanas, que nos ponían un palo de escoba en la espalda para comer. Una cosa tremenda. Pero te diré que lo agradezco. Primero porque no me duele nunca la espalda. Y segundo, porque creo que lo esencial de la elegancia es la postura, saber *tenerte*. Hoy en día la gente no sabe. Se tiran en los sofás, están dejados... Yo tengo fama de estirada, pero no es que sea estirada, es que voy estirada.”

De su infancia recuerda que fue estricta pero feliz. “Estaba todo muy compartimentado. El colegio, las clases de *ballet* con madame Kashuba; inglés, francés y alemán, media hora de cada cosa al volver del colegio. Y luego tenis, gimnasia, montar a caballo... Todo, además, a punta de látigo.” Era en San Sebastián, donde nació y a donde iban tres meses largos cada verano, cuando entraba el oxígeno: “Allí te soltaban, ibas en bicicleta, hacíamos chocolatada en las campas, había una pandilla... Para mí San Sebastián era maravilloso.”

Recuerda también, “como si fuera ahora mismo”, el viaje que hizo a París con su madre uno de aquellos veranos. Tenía catorce años. Conducía su madre y detrás, con ella, Balenciaga –“que se moría de risa con mi madre porque era divertidísima”–; Ramón Esparza, su ayudante, y Jean Schlumberger, que hacía las joyas para Tiffany. “En aquella época no se viajaba fuera. Lo más que hacíamos era pasar a Biarritz, así que imagínate, salir de la España de la posguerra y llegar a aquel París de los desfiles de Chanel, con

Coco viva, de Dior, con Dior vivo... ¡Y con Balenciaga! Yo en el Lido me quedé dormida. Pero Cristóbal y madre, que por aquel entonces tenía unos cuarenta años y bastante juerga, decidieron irse al terminar a la place Pigalle a tomar sopa de cebolla. Los recuerdo toda la noche riéndose a mandíbula batiente.”

Pero si hay algo que Sonsoles recuerda, en esos sagrarios únicos de la memoria en los que se ama venerando, es la figura de su padre, Francisco de Paula Díez de Rivera: “Prefiero no hablar mucho porque me echo a llorar. Lo quería y lo adoraba. Era el que nos daba las buenas noches, el que rezaba con nosotros... El tierro de mi familia era mi padre y la dura mi madre. Era un hombre cariñosísimo. Y eso que no era de achucharnos, ni de darnos esos besos estallantes de aña. Bueno, es que eso no se hacía. Pero yo me he sentido adorada por él. Esa frustración que veo ahora en algunos por ahí, no la entiendo”, dice con una mezcla de asombro y escepticismo, “pero si todos éramos igual, todos teníamos *nanny* y a ninguno nos estrujaban nuestros padres. Uno no se toqueteaba todo el rato, como ahora. Yo tengo dos nietos que me dicen mucho por teléfono ‘te quiero abuela’ y me quedo completamente paralizada. No sé qué decir. Al final me sale un ‘yo también’ bajito, con un hilito de voz”. Y vuelve a reírse.

Las nietas de los “te quiero” van llegando a los poquitos. La primera, la hija mayor de Marco, que está pálida y alicaída porque lleva toda la mañana en el hospital por algo del estómago. Su abuela le quita importancia con un “pues estás fantástica enferma. Con fáchón. Y con la cara como romántica. Como la dama de las Camelias”.

¿Qué quisiera ella que sus nietas heredasen de su educación, en un mundo que ella misma define como tan distinto? “La disciplina. Encuentro que es fundamental para todo. El no dejarse ir. El ‘es que me canso, es que no puedo’; eso no se podía decir en mi casa. Ni por supuesto, ‘no quiero más’ o ‘esto no me gusta’. Tampoco se podía preguntar qué había para comer. ‘Veneno’, te contestaban. Pero bueno, es que nosotros teníamos unas *nannies* durísimas. Había una, alemana, que me metía mañanas enteras en un cuarto sin ventanas y sin luz, de rodillas en una esquina, con libros en las manos. Es verdad que es un modelo duro, pero a mí me ha servido muchísimo. ¿A tí?”, le pregunta de pronto a Marco, el pequeño de sus cuatro hijos, que supervisa la entrevista en riguroso silencio. Dice que sí, que ellos tampoco podían preguntar en su casa qué había para comer; Marco dice que a ellos también les ha servido mucho esa disciplina, pero que su madre no fue tan dura como lo fue su abuela. Que el duro, en casa, era su padre. “Es verdad que yo he intentado no transmitirles esa tensión de mi madre, a la que teníamos un miedo pavoroso”, confirma Sonsoles, “pero les he dado la educación que he pensado que era mejor. Yo, gracias a la disciplina que me dieron, estoy preparada para todo.

Nadie se puede creer cómo friego, cómo plancho, cómo encaño-no... Mi madre me decía siempre, 'pero ¿de dónde has sacado esa alma de asistente?'. También desatranco un lavabo, desmonto una cisterna, hago una conducción eléctrica. En casa había un panel con todo tipo de herramientas, como en los garajes. Me decía la gente que cómo se notaba que mi marido era ingeniero. Y yo decía: 'no, no, es mío'. De hecho, viajo siempre con herramientas, mira", dice abriendo su pequeño bolso de piel roja y sacando de dentro una delgadísima caja suiza. "Mira, tijeras, cuchillito, destornillador y lima", enumera mientras abre los artilugios uno a uno. "Y un boli. Es fundamental. No puedo vivir sin eso."

La conversación avanza y entre los paisajes nítidos de su memoria se intercalan impresiones, ironías, y análisis quirúrgicos de un mundo, el de ayer, que construyó su identidad. Es aquella educación severa, entre inglesa y alemana, la que explica que cada día, sin excepción, haga ocho kilómetros de bici estática. La que ex-

plica la tenacidad que demostró para poner en pie el Museo Balenciaga en Guetaria, del que Givenchy siempre le decía "eso no va a existir nunca". Gracias a esa disciplina férrea no tiró la toalla en los once años que estuvo insistiendo para que se le hiciera a Balenciaga una exposición en un gran museo. Zugaza le había prometido el Prado, pero Zugaza se fue y no pudo ser: "Aunque el nuevo director ha colaborado muchísimo con la exposición del Thyssen y le ha cedido 17 obras". De ahí, de aquella severidad inicial deriva también su austeridad: "Necesito muy poco para vivir. No bebo coca-colas, no he fumado nunca y como poquísimo. No necesito prácticamente nada". Por no necesitar, no necesita ni la nostalgia: "A todo el mundo le parece que su época era mejor. Mi madre, cuando me casé, me decía: 'qué horror lo que te ha tocado a ti vivir, qué barbaridad, qué complicado', entre otras cosas porque yo solo tenía cinco de servicio cuando ella tenía doce. Sí, a todos nos gusta lo que nos ha tocado vivir. Y aunque no lo echo de menos, me divierte muchísimo haberlo vivido".

*"[Mi padre] era el que nos daba las buenas noches, el que rezaba con nosotros... Él era el tierno de mi familia. Lo adoraba"*



# RESILIENCIA

MARINA ALABAU

*Normalmente un deportista profesional ya ha alcanzado todas sus metas antes de llegar a la treintena. Es el caso de la windsurfista Marina Alabau. Solo tiene treinta y cuatro años, pero ya es campeona olímpica (medalla de oro en los Juegos de Londres en 2012), campeona del mundo (cinco veces podium de 2006 a 2014) y otras cinco veces medalla de oro en el Campeonato de Europa (de 2007 a 2012). Y, además, le ha dado tiempo a ser madre. Así que sí, a su lado, la mayoría de los treintañeros todavía están en pañales. El resto de los mortales al leer su palmarés intuimos de fondo incontables jornadas de lucha y sacrificio. Pero, ¿quieres saber qué dice ella al respecto? Pues que “sarna con gusto no pica”.*





Marina solo tenía ocho años cuando sintió la llamada del mar. “Siempre he vivido en Isla Canela y el primo de mi primo tenía una escuela de vela, así que empecé practicando Optimist. Un año después ya me llamaba el windsurf, pero no existía un material adecuado para niños, por lo que tuve que esperar otro año más.” Su madre, Pastora, veía con buenos ojos la afición de la niña, “siempre se lo tomó bastante bien. Incluso cuando ya decidí ser deportista profesional y, a los dieciséis años, me tuve que mudar a vivir al Puerto de Santa María, porque empecé a formar parte del equipo olímpico”. A la vista está, Marina tomó la decisión adecuada. Porque es campeona olímpica, del mundo y europea en una disciplina durísima en la que influyen además muchos otros factores incontrolables como las condiciones meteorológicas o el estado del mar. Lo mejor es que ella le quita importancia a la dificultad y solo me habla del sacrificio que conlleva porque yo le insisto. “Me he dedicado toda mi vida a esto, me sigo dedicando a ello de hecho. ¿A qué tuve que renunciar? Me pasaba el día entrenando, así que, por ejemplo, en mi adolescencia no salía con mis amigos a las discotecas. También me perdí muchos cumpleaños, bodas y pasé bastantes 31 de diciembre lejos de mi familia. Pero siempre me ha gustado viajar y entrenar y yo lo elegí, así que no puedo quejarme por nada.” Me estoy preguntando si esa capacidad de renuncia y de lucha se lleva en el ADN, pero Marina no lo cree: “Si lo he heredado debe ser un gen muy escondido de alguno de mis padres porque ellos también son deportistas, pero nada que ver conmigo. Aunque es curioso, porque Blanca, mi hermana pequeña, también se dedica al windsurf profesional y la mayor está casada con un windsurferista profesional”.

Lo he decidido: Marina es una tía pragmática. Y exigente. En alguna ocasión ha dicho que no haber ganado el oro olímpico hubiera sido una decepción. Ella se explica asegurando que tenía claro que ese era su momento. “Los Juegos Olímpicos se celebran cada cuatro años por lo que ganar una medalla es complicado. Tienes dos o tres oportunidades en toda tu carrera. Pero en Londres yo lo sabía. Acababa de ganar el mundial en ese mismo sitio (algo fundamental en mi deporte) y las condiciones meteo-

rológicas eran favorables. Todo estaba a mi favor y me aproveché de ello.” Y, siempre en la grada, su madre acompañando a su campeona. “De hecho, yo he sido madre gracias al apoyo de la mía. Tuve que parar una temporada, durante el embarazo y la cuarentena, pero después, los dos primeros años de vida de mi hija Marta, mi madre viajaba con nosotras para que pudiera seguir compitiendo. Y ahora, cuando me tengo que marchar, mi hija se queda en casa de los abuelos. Mi carrera hubiera sido incompatible con la maternidad sin mi madre.” Porque a los cuarenta días de dar a luz Marina ya estaba de vuelta en el gimnasio. “Primero durante un mes para fortalecer músculos. A los dos meses ya estaba navegando y a los tres compitiendo. Físicamente fue durísimo reincorporarme porque en el parto pierdes toda la fuerza abdominal. Al principio solo podía pasar una hora navegando, el material me pesaba mucho... El primer año estuve cansada siempre porque, además, cuando dejaba el mar, empezaban las noches con mi bebé...” Esa niña ya acaba de cumplir seis años y, de vez en cuando, coquetea con el windsurf. “No tengo claro si me gustaría que se dedicara a ello. Evidentemente siempre la apoyaría, como hicieron conmigo, pero, aunque le gusta, yo noto que no le encanta y esta profesión tienes que amarla. Yo a los cuatro años ya estaba obsesionada primero con el tenis y luego con la bicicleta. Sin embargo, nosotros vivimos muy cerca de su colegio y cada mañana le propongo ir en bici. Ella me dice que le duelen las piernas y que se cansa... Me ha salido muy *floha* [léase con acento sevillano]. También le dejo mi tabla de surf, pero casi no la toca y cuando le digo que yo a su edad estaba deseando coger las cosas de los mayores, ella me responde muy sabia: ‘pero no todas somos iguales, mamá’. Te lo digo”, repite, “que me ha salido muy *floha*”. Porque para Marina sí es fundamental que el deporte forme parte de la vida de su hija. “Me gustaría que lo practicara. El que ella elija y no de forma profesional, pero que lo haga. También trato de inculcarle el amor por el mar y por la naturaleza en general. Quiero que sea respetuosa con el medioambiente y por eso, a veces, vamos a limpiar la playa.” ¿Ella ya sabe todo lo que ha conseguido su madre gracias al deporte? “Algo se imagina, porque es cierto que va contando que soy una campeona y que salgo en las revistas. Y lo dice muy orgullosa.”

El windsurf tiene cosas muy buenas, pero también exige muchísimos sacrificios: así que si mi hija quiere una vida normal, ir a la universidad y pasar tiempo con sus amigas, yo estaré encantada







# CORAJE

MARTA ROLLADO

*Marta Rollado, directora de Relaciones Institucionales del Teatro Real, es madre de un niño de diez años y viuda de Simone Bosé, el que fuera presidente de Universal y una de las personas más respetadas y queridas de la industria musical. Lo que quiere transmitirle a su hijo, que solo tenía cinco años cuando murió su padre, es todo aquello que él ya no recuerda y que convertía a Simone en un ser excepcional. Quiere también que él no la sienta nunca como una carga, como su responsabilidad. “Por eso intento que me vea con fuerza, con energía, que entro, que salgo, que tengo cantidad de amigos... No quiero que esté pegado a mí, aunque fuese lo que más me gustaría del mundo. Quiero que vuele.”*



Cuenta que, cuando murió Simone, fue como si le tragara un *tsunami* y no pudiera sacar la cabeza del agua. Dice que nunca crees que la tragedia te vaya a tocar a ti, que la curva de lo improbable se vaya a desviar contigo. “Cuando se puso enfermo, mi amiga Cristina me llamaba todos los días, y recuerdo que yo solo repetía: esto no nos puede estar pasando a nosotros. A nosotros, no.” Hoy, mientras desayunamos cerca del Teatro Real, concluye, con el desapasionamiento de quien ha sufrido al límite de sus posibilidades: “¿A nosotros no?, ¿por qué a nosotros no?, pero ¿tú quién te crees que eres?”.

Simone Bosé era mucho más que el primo de Miguel Bosé o el sobrino de Lucía. Era un mito de la industria discográfica. No solo por su talento para reflotar compañías en horas bajas, ni por su vista de pájaro sobre un sector del que había conocido el fango y las estrellas. Era un hombre de modales impecables y sonrisa tranquila. Respetuoso, inteligente, íntegro. No hubo un solo artista en España al que no se le cortara el cuerpo cuando, en diciembre de 2013, los medios dieron la noticia de su muerte. Tenía cincuenta y un años, un hijo de cinco y le acababan de nombrar presidente de Universal, el sueño de su vida.

Dice el filósofo –también bilbaíno– Javier Gomá que lo esencial del ser humano se descubre de manera póstuma. Que cuando uno muere, se desprende de lo accidental y queda la vida fijada en seis o siete rasgos que serán lo verdadero, lo digno de no olvidarse. En esa imagen de vida de Simone Bosé, nítidamente trazada –y oficiada– por su viuda, está que era un hombre “con unos valores y un sentido de la responsabilidad increíbles”. Que había vivido en ese mundo anárquico –y a veces enloquecido– que es el arte, y que eso le hacía tener un juicio amplio, tolerante y libre hacia todos, salvo hacia sí mismo. Un hombre serio, confiable, inteligente, humilde y bondadoso. “Un señor.”

Es esta imagen, intacta en la memoria de Marta, la que trata de transmitirle a su hijo a diario. “Simone era muy pequeño cuando se murió su padre, así que todos los días se lo recuerdo. Cualquier cosa, aunque pueda parecer anecdótica, me sirve para contarle algo. Por ejemplo, cuando se intenta poner el cinturón de seguridad y no lo consigue y empieza a tirar nervioso, le cuento que una de las cosas más impresionantes de su padre era la serenidad. Nunca perdía los nervios y eso transmitía una seguridad y una serenidad impresionantes.”

Cuando le pregunto en qué se siente más coja a la hora de educar sola a un hijo, tarda un rato en responder. “Mira, lo primero es esa autoridad que tenía Simone. Era pasmoso cómo con una llamada de atención, firme pero tranquila, conseguía que el niño, que de pequeño era el más movido del mundo y lloraba todo el rato, le obedeciera. Cada vez que entro en bucle y me veo como

una loca dando gritos, tengo eso presente. Si su padre estuviera en casa, Simone habría aprendido a obedecer. Ahora, mientras son pequeños, no parece tan importante que les digas ‘ve a la ducha’ y no te hagan caso a la primera, pero lo es. La obediencia hay que interiorizarla pronto. El mundo está lleno de reglas de todo tipo y si no las respetas, puedes tener problemas gravísimos.”

Simone padre creció en Italia, y en un ambiente mucho más liberal que el de Marta. Pasaba los veranos en casa de sus tíos Lucía (Bosé) y Miguel (Dominguín), lo que hizo que tuviera, desde muy niño, una visión del mundo abierta, heterogénea y cosmopolita en la que lo artístico estaba normalizado y formaba parte de su día a día. “Es otra de las cosas que le va a faltar a mi hijo. Crecer en ese mundo desarrolla tu creatividad y eso yo no se lo voy a poder transmitir, porque ni yo, ni mis padres, ni nadie en mi casa somos nada creativos. Lo bueno es que tiene mucha relación con sus tías y con su abuela, y ellas le sirven de punto de referencia, de entender que hay otros ‘modelos’. Yo, que crecí en un Bilbao muy cerrado y absolutamente conservador, solo había visto familias como la mía.”

No le obsesiona, como a muchas otras madres, que su hijo estudie en las mejores universidades, haga un máster en Estados Unidos o se saque la carrera de piano. “A mí lo único que me importa es que busque una manera de vivir relacionada con sus habilidades naturales y con la que disfrute y aporte algo al mundo. No planifico más allá de eso. Si algo me ha enseñado la muerte de mi marido es que no controlamos nada, solo las chorradas. El tema del control me da la risa. Pero además es que creo que, salvo para las profesiones muy técnicas, sirve mucho más la personalidad que la formación. Es importante que tenga seguridad en sí mismo, en eso le insisto mucho; que sepa que en la vida puedes hacer todo lo que quieras. Teniendo claro al mismo tiempo, y sin que eso te frustre ni sea obstáculo para que trates de lograr tus metas, que a veces las cosas no salen como quieres. Que la vida es muy injusta y hay que lidiar con eso.”

De los muchos aprendizajes de estos últimos años hay uno, sobre todos los demás, que a ella, y por extensión al niño, le ha cambiado a mejor: “¿Sabes todas esas frases tan manidas de ‘hay que disfrutar el momento’ y tal? Empiezas a entenderlas de verdad. Y a vivirlas de verdad. Cuando estoy con Simone intento que repare en todo lo que le rodea. Le digo: ‘Jo, ¿has visto el cielo de hoy, y el contraste del azul del cielo con el verde del árbol?’ o ‘¿has visto qué gozada de temperatura y la suerte que tenemos?’ Y se lo digo porque lo siento de verdad, porque quiero que disfrute, que sea feliz. Mira, cuando murió Simone, yo solo pensaba una cosa: ojalá haya sido feliz siempre. Conmigo, con la exnovia aquella con la que yo le pinchaba mil veces, en su trabajo, de niño. Solo pensaba eso, ojalá haya sido feliz la mayor parte de los días de su vida”.





“Para el futuro de Simone lo único que me importa es que sea feliz. Que trabaje en algo con lo que disfrute y aporte algo al mundo. No planifico más allá de eso. Si algo me ha enseñado la muerte de mi marido es que no controlamos nada”

# TESÓN

BELÉN MARTÍ JUNCO

*Belén Martí Junco ha heredado de su madre mucho más que una belleza engañosamente frágil. Es entusiasta, como ella. Luminosa, amable y lúcida, como ella. Y es, también como su madre, una trabajadora incesante –Belén madre es, además de una institución en el mundo de la moda, directora adjunta de la revista Hola–. Belén hija es fundadora y CEO de charhadas.com, revista online de referencia dentro del mundo de las madres y agencia creativa para marcas de lujo. Comparten, además, una inclinación natural a la felicidad. Y a dar –como toda la gente feliz–. Y a querer. Sobre todo, a su familia. Miren, si no, cómo habla Belén hija de los suyos: “Mi madre es la persona a la que más admiro del mundo. Es mi amiga, mi hermana, mi confidente... Y la persona más generosa que conozco”. De su marido, Carolo: “El tío más guay que existe para pasar una vida”. Y de sus tres hijos, Carolo, Casilda y Bel: “Son mis tres personas favoritas”. Para ellos, esta carta.*



Amor, generosidad, dedicación, alegría, desvelos... Todos estos adjetivos y muchos más son inherentes a la maternidad. Desde el primer momento, desde el minuto uno en que una mujer recibe en sus brazos a su hijo, todas estas virtudes o sensaciones saltan a la vez, se amontonan en nuestros corazones y se hacen realidad para entregárselos a ellos, a nuestros pequeños, a nuestros hijos. Ahora que ya podéis entender de lo que os hablo, me gustaría que sepáis que no hay nada más inmenso que la maternidad. Que no existe una sensación igual en el mundo a lo que siento cuando de repente, sin esperarlo, uno de vosotros me da un abrazo. O a cuando estamos en el sofá y alguno se queda dormido encima de mí. O a volveros a ver después de mucho tiempo sin hacerlo. Carolete, ¡si supieras cómo te he echado de menos este año que has estado en Londres! ¡Lo que me ha costado anteponer “tu futuro” a tenerte conmigo cada día!

Cuando nacisteis yo era muy jovencita... Creemos que nadie nos enseña a ser mamás y que todo lo bien hecho y lo no tan bien es pura casualidad. Pero más adelante, cuando los sentimientos se serenán, te das cuenta de que, si hay alguien que te ha ayudado, que te ha enseñado y que te ha guiado... esa persona es, lógicamente, nuestra madre. Y no me refiero solo a que te enseñen cómo cambiar un pañal, dar un biberón o a mecer a un bebé para que deje de llorar; que también. Me refiero a lo importante. A todos esos valores que son esenciales y que definen, de algún modo, el legado moral de una familia. Que estéis unidos, que os queráis, que respetéis a todo el mundo, que seáis generosos, agradecidos e íntegros. Que sepáis que la única manera de lograr las cosas es con tesón y disciplina. Todo eso me lo enseñó mi madre. Mis padres. Que si de algo han sido ejemplo es de lograr una familia unida, de que seamos una piña. De que estemos ahí siempre los unos para los otros.

El amor de verdad se encuentra pocas veces y cuando esto sucede hay que cuidarlo, mimarlo, quererlo..., pero hay uno que no hay

que buscarlo, sino que es un regalo del Cielo..., una bendición, una explosión. Para mí, fue teneros a vosotros.

¡Qué de veces se lo he oído decir a mi madre! ¡Cuántas veces nos ha dicho que no hay nada más bonito ni delicado que la familia! Que hay que cuidarla, alimentarla. Que no hay que dar por hecho nada... que las relaciones de padres, hijos y hermanos no son siempre fáciles, que la generosidad tiene que ser la mayor virtud para llevar a buen puerto la aventura de la familia.

Se dice que no es más rico quien más tiene, sino el que menos necesita, pero eso es en lo material; en lo sentimental hay que ser ambicioso, aspirar a lo más alto... Y saber que querer es un esfuerzo. Que exige, como os decía, ser generoso. Hacer cosas que a veces no te apetece y anteponer las necesidades del otro a las tuyas propias. Y que exige, también, voluntad. Querer es, en gran medida, querer “querer”. Y que se necesita paciencia, como para todas las cosas importantes. Y ponerse en la piel del otro. Pero merece la pena, os lo aseguro. No hay nada que merezca más la pena en el mundo. Por eso, desde esta pequeña carta, quiero transmitirlo que tantas veces le he oído decir a mi madre y mi madre a la suya: querernos nos hará grandes, nos hará buenos, nos hará felices...

Lo contrario es un mundo oscuro, sin horizonte, sin tranquilidad.

Apostar por la familia es ganar... Ganemos juntas, me apetece muchísimo trabajarla con vosotras, con esa alegría contagiosa vuestra y con esos sentimientos tan puros y transparentes que tenéis. Seamos como niños siempre para querernos como ahora nos queremos.

Os quiero muchísimo Beli, Cas, Carolete...

Saber querer es un esfuerzo que exige ser generoso. Hacer cosas que no te apetece, ponerse en la piel del otro y, a veces, anteponer sus necesidades a las tuyas propias







# INNOVACIÓN

MARGARITA RUYRA DE ANDRADE  
Y VALENTINA SUÁREZ ZULOAGA

*Margarita Ruyra de Andrade es museóloga, directora de la Fundación Zuloaga –está casada con el bisnieto de Ignacio Zuloaga, el genial pintor vasco– y lleva toda la vida vinculada a la moda de una u otra manera. Es, además, una de las mujeres cuya elegancia –original, cosmopolita y refrescante– crea mayor impacto social. Su hija, Valentina, es socióloga por Goldsmiths. Se parece a la actriz Keira Knightley; ha vivido mucho tiempo en Londres, se acaba de casar y ha heredado de ella un estilo impecable y ajeno a los tópicos. Juntas han creado ES Fascinante, la e-shop del momento. Una plataforma de moda para amantes de la artesanía, de lo singular y de lo exquisito, que pretende fomentar la economía local y servir de escaparate a todos aquellos autores que podrían dejar huella en la historia de nuestro diseño. “Todos nuestros antepasados representaron internacionalmente lo español. Nosotras mantenemos ese compromiso”, dice Margarita. Es solo una de las cosas que le recomienda a su hija en esta maravillosa carta.*





“Atreverse, atreverse, atreverse...”, escribió uno de tus ilustres antepasados –con emoción, subrayo–. En este ambiente de creación y de puesta en valor de “lo nuestro” que vivimos, esta actitud es nuestra esencia compartida. Pero ¿qué significa atreverse? Y, ¿atreverse a qué? Algunos sinónimos de atreverse son más fáciles de entender: arriesgarse, probar, intentar, aventurarse, creerse, lanzarse, arrojarse y emprender... Atreverse es desde luego una palabra importante que define una actitud ante las oportunidades que te presentará la vida. Atreverse, yo te diría, en cosas pequeñas, en maneras de hacer, en la forma de liderar, crear y mirar, de gestionar y negociar, de amar y servir. Añadiría que, para mí, implica grandes dosis de decisión –con incluso, un cierto vértigo– para conseguir ir siempre más allá, buscando la excelencia y la innovación, dos valores que han guiado siempre a nuestra familia.

El desafío de atreverse te llevara a un enriquecedor crecimiento personal que no sería completo si no se transmite en servicio a los demás. Solo si tu trabajo y actitud ayudan a mejorar tu familia, tu entorno social y, por ende, tu país, será completo. Tienes la fortuna de vivir en un ambiente de emprendimiento rodeada de muchas amigas y familiares con nuevos y variados negocios. Estas circunstancias óptimas, tu preparación y tu talento te permiten atreverte a hacer y a vivir de una manera intensa, personal y única. Una suerte y una gran responsabilidad porque, además, tienes que hacerlo con justicia, honradez y transparencia.

¡Sigue adelante y atrévete siempre, Valentina!

Te quiere, tu madre.

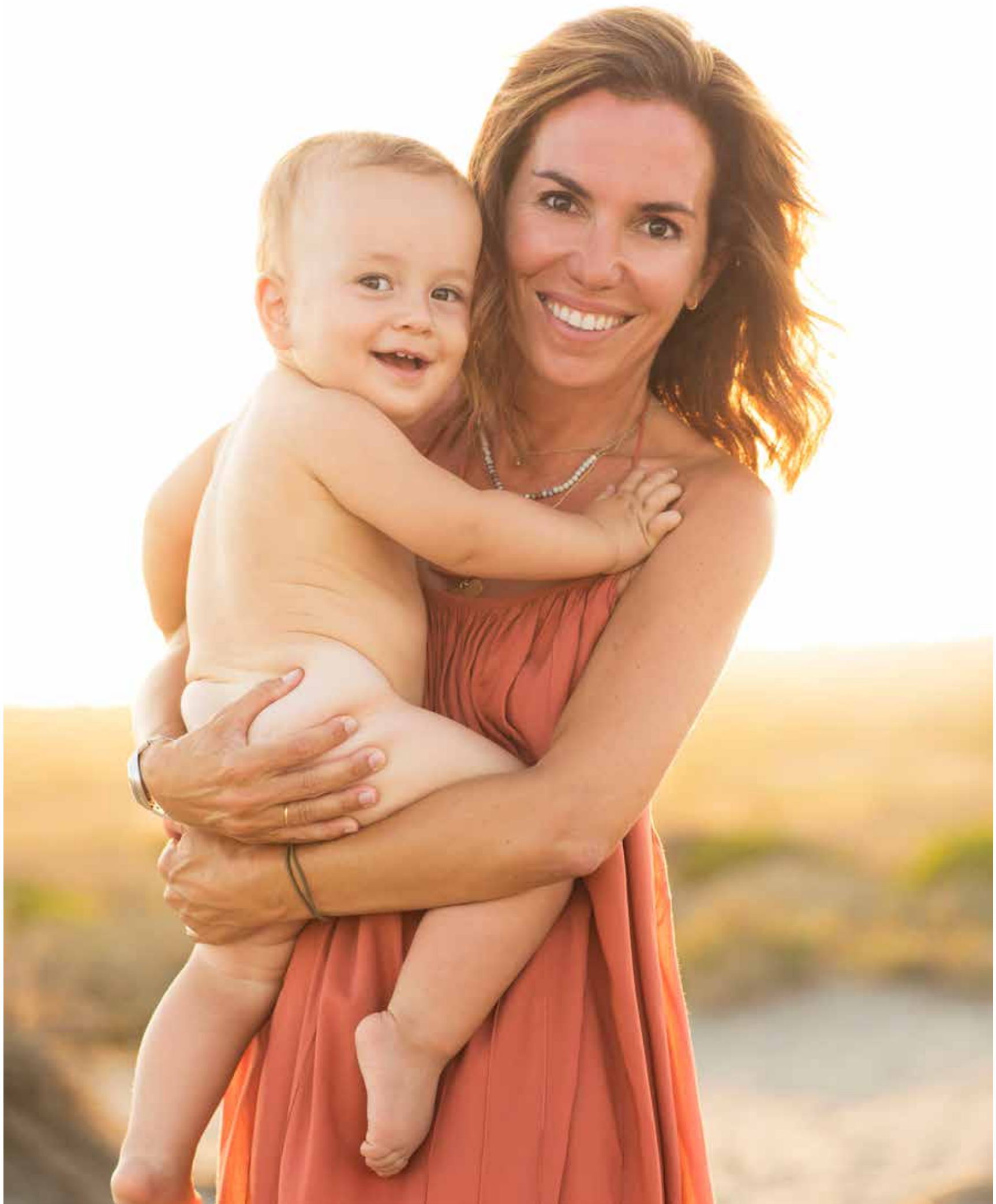
“Tus circunstancias, tu preparación y tu talento te permiten atreverte a hacer y vivir de una manera intensa, personal y única. Una suerte y una gran responsabilidad: tienes que hacerlo con justicia y honradez”. Margarita Ruyra a su hija Valentina



# ENTUSIASMO

MARIETA YANGUAS

*El universo estético de Marieta Yanguas –que ha trabajado como estilista y creativa para las principales cabeceras de moda del país– tiene vocación sentimental. No hay más que repasar alguno de sus trabajos para entender que, en ella, el gusto es emoción. Conmover. Entregar. Tender puentes. Tender puentes entre lo que a ella le gusta y a los demás les podría gustar. Entre sus cuatro hijos, entre sus hermanos, sus amigos y, en síntesis, todo lo que es importante. Este “From Me to You”, ideado, armonizado y perseverado por ella, es solo una prueba más de que para Marieta la belleza es un acto de generosidad.*



Mis queridos niños:

Resumir en unas pocas líneas todo lo que quiero deciros es difícil, pero espero que más allá de esta carta, cada día, con mis aciertos y errores haya podido transmitir lo que yo recibí en mi familia, en especial de mis padres y mi abuela Paloma. Sabéis que en nuestra familia las mujeres juegan un papel muy importante. De hecho, este libro empezó a fraguarse en mi imaginación como un homenaje a ellas y al papel que tienen como transmisoras de valores, como motor de todo. La nuestra es una suerte de clan de mujeres fuertes, valientes, cálidas y optimistas que me han llevado de la mano en cada etapa de mi vida hasta la mujer que soy hoy. Mi madre, mi primer paso en la vida, la mujer que más cree en mí y que me ha abierto tantos horizontes. Es la persona que despertó en mí la curiosidad, las ganas de aprender, el no conformarse, la ilusión, la expresividad. Ella me ha enseñado a no tener miedo y a expresar mis sentimientos; virtudes que me encantaría transmitir a vosotros. Junto a ella, mi abuela Paloma, una mujer única que tenía la habilidad de sacar la mejor versión del que tenía al lado y que me enseñó valores como la generosidad, el compromiso, ser punto de unión, la importancia de la Fe, y por encima de todo, de la Familia, núcleo de nuestra vida y el puerto al que siempre volver en la vida cuando fuera arrecia la tormenta. Y qué decir de vuestro abuelo Luis, mi padre, cuya bondad llevo tatuada en mi piel. Cariñoso, conciliador, reflexivo, noble y leal, un experto en disfrutar de las pequeñas cosas y sacarle jugo a la cotidianidad, ¡Cómo habría disfrutado de vosotros!, lo que más le gustaba era estar con su familia. Así que, en homenaje a él, no olvidéis esto: la familia lo primero y luego todo lo demás. Cuando uno tiene unas buenas raíces a donde agarrarse puede hacer frente a todo en la vida. La familia es el puerto, la seguridad, la risa, el consuelo, la compañía, la fuerza, la esperanza y el amor. Por eso, manteneos siempre unidos; y si uno se enfada, que otro de vosotros concilie para que todo vuelva a la calma. Los hermanos son amarres de los que nunca hay que soltarse, no lo olvidéis jamás.

Cada uno de vosotros sois perfectos para mí. Si hubiera tenido que dibujaros antes de nacer seríais exactamente igual que sois ahora.

Íñigo, la bondad, la nobleza, la sensibilidad y la lealtad son tus virtudes. Tienes muchos talentos, cree en ti y esfuézzate por conseguir todo lo que te propongas. Siempre estaré a tu lado alentándote.

Luis, la alegría, la chispa, el espíritu de superación y la fuerza te caracterizan. Desde que naciste nos demostraste a todos que nada

puede contigo, brillas de forma especial e iluminas al que tienes al lado. Utiliza esa luz y esa fuerza para ayudar a los demás y luchar por lo que quieres.

Marieta, el compromiso, el cariño, la generosidad, la ilusión y la gracia son parte de tu carácter, eres una pieza fundamental en la familia y estoy segura de que en el futuro serás el punto de unión de tus hermanos. Gracias por estar aquí, eres imprescindible, mi niña.

Santiago, la ternura y el amor con mayúsculas, un regalo para todos que nos ha hecho sacar lo mejor de cada uno de nosotros. Eres vida y no podemos sentirnos más afortunados de tenerte. Has completado nuestra familia.

La vida puede venir de muchas maneras, pero lo importante es la actitud hacia ella. No perdáis la sonrisa, el optimismo y la valentía ante cualquier situación, el vaso siempre hay que verlo medio lleno. Esforzaos por sacar todo lo que os propongáis adelante; los estudios, un proyecto, un noviazgo, un viaje, un negocio, un sueño... Cualquier batalla no dada es una batalla perdida, por eso mantened siempre el espíritu de lucha, conservad la ilusión y creed en vosotros mismos. Nadie podrá frenaros. Aprender de los fracasos y volved a levantaros, seréis más fuertes y mejores personas. Empatizad con los demás, nada como ponerse en los zapatos del otro para entender muchas cosas. Sed generosos, una de las virtudes más importantes de una persona y que más felices os hará a vosotros y a los que os rodean. No tengáis miedo a demostrar amor por los demás y por las cosas que os gustan, es la mejor manera de disfrutarlas. Improvisad, divertíos, disfrutad, haced de vez en cuando alguna locura que os desmelene para sentirlos vivos. Ensanchad vuestra vida con personas que merezcan la pena, enamoraos, cuidad a vuestros amigos como grandes tesoros y mantened el interés por aprender algo nuevo hasta el último aliento de vuestra vida. Formad una familia, disfrutadla y cuidadla. Tened Fe y apoyaos en ella. Cumplid varios sueños y no dejéis para mañana lo que podáis hacer hoy; la vida pasa muy rápido.

Para vuestro padre y para mí es un privilegio teneros y cuidaros. Ningún trabajo puede compararse al de educaros y nuestro mayor éxito será veros crecer fuertes y felices. Y no olvidéis algo muy importante: si sois buenas personas haréis del mundo un sitio mejor.

Os quiero.

*La familia es el puerto, la seguridad, la risa, el consuelo, la compañía, la fuerza, la esperanza y el amor. Por eso, manteneos siempre unidos*









# CURIOSIDAD

NASRIN ABDI Y MASSI MASSUMEH

*No es casualidad que reinas, actrices oscarizadas y estrellas de fútbol dejen su rostro en manos de estas dos bioquímicas persas de gesto dulce. No es casualidad que empresarios de todo el mundo vengan a Madrid en su avión privado y pasen aquí el tiempo justo para hacerse alguno de sus tratamientos o comprar una de sus exclusivas cremas para la piel elaboradas con caviar, diamante o zafiro. No es casualidad que su centro de hijo, del que son cofundadoras, haya sobrevivido a crisis, modas y, en especial, a los vertiginosos avances del mundo de la belleza. La clave oficial del éxito de Massi y Nasrin Zhiyan, madre e hija, consiste en combinar las fórmulas de las cortes reales de la antigua Persia, con los más modernos avances científicos. Pero la clave real, la que se sabe menos, es que nunca dejan de estudiar, de leer, de investigar. De descifrar, como dicen ellas, para dar con un nuevo best seller.*

*“Lo más importante que me enseñó mi madre es que solo tus estudios, tus logros y tu conocimiento permanecerán contigo para siempre. Nadie te puede quitar eso.”*



En su centro de estética, blanco y sigiloso, el tiempo transcurre despacio. Intencionado o no, no deja de ser una oportuna carta de presentación para un negocio que vive, precisamente, de que el tiempo no pase. Al menos, de que pase sin rastro. Muestra de ello, las decenas de celebridades que –dedicatoria incluida– exhiben su juventud de edades distintas en las fotos que hay por todas partes. Penélope Cruz, Ana Patricia Botín, los reyes agradeciendo felicitaciones navideñas, la emperatriz Farah Diba, Mario Vargas Llosa, Isabel Preysler y su hija Tamara –que cree que “debía tener cinco años la primera vez que fue al centro a acompañar a su madre”–, o sus amigos Richard Gere, Carlos Slim y el duque de Wellington. De Massi y Nasrin, solo hay dos fotos que no sean “de grupo”. Una, posando juntas en un artículo de *Forbes* que se titula algo así como “Las mujeres más influyentes del mundo de la cosmética”; y la otra de Massi sola, de cuando la misma publicación la incluyó en su lista de las cien personas más creativas del mundo. “¿Sabes una de las cosas más importantes que me ha enseñado mi madre?”, me preguntará Nasrin, a lo largo de la entrevista. “La humildad. Haber salido en *Forbes* en la misma lista que Richard Branson o los creadores de Alibaba, WhatsApp y Uber es un logro impresionante; sin embargo, ella nunca habla de eso. Mira, hay un proverbio persa que dice algo así como que cuanto más crece el árbol, más caídas están sus hojas. Y es verdad, la gente grande de verdad es sencilla. No se da importancia.”

Más que de creatividad, a Massi le gusta hablar de búsqueda. Y de descifrar. “Desde niña me gustaba investigar, aprender, hacer ungüentos con hierbas, aceites esenciales, extractos botánicos y piedras preciosas... Tengo muchas antiguas recetas de todo eso, pero no puedo contártelas, los secretos son secretos por algo”, dice con un encantador gesto de las manos, “pero sí, hay mucho de todo esto –y trata de abarcar con la mirada todo el mundo Massumeh– que viene de mi madre. Ella se cuidaba mucho. La alimentación, por ejemplo. Sabía que los alimentos son medicinales, que curan”. La importancia de la dieta, o de beber mucha agua y muchos jugos de frutas y verduras, o de hidratarse la piel y protegerla del sol, son recomendaciones todas que pasaron de la abuela a la madre y de la madre a la nieta. Solo que las dos últimas quisieron vestir aquella sabiduría ancestral con el ropaje de la ciencia. Por eso estudiaron bioquímica, para completar y modernizar las mil fórmulas de belleza que atesora la historia persa. Son su santo grial, el secreto de su éxito, no las conoce nadie más que ellas dos y están a muy buen recaudo en un laboratorio suizo: “Massumeh es una empresa que tiene su futuro en la filosofía de la investigación tecnológica”, resume la más joven de las fundadoras: “la belleza es una ciencia”.

No acaba ahí, en la curiosidad científica, su lista de semejanzas. Las dos tienen los ojos expresivos, la sonrisa dulce y gesticulan

despacio, como juncos a orillas de un río. Piensan antes de hablar. Nasrin, mirando a través del ventanal, buscando inspiración en la luz del final de verano; su madre, fijando la vista en un punto indeterminado de la sala. Cuentan que a las dos les gusta bromear, y reírse de sí mismas, y hacer el trabajo ellas sin esperar a nadie, y la hospitalidad. Esto último, más que un rasgo común entre madre e hija es herencia de una cultura, la persa, en la que la amabilidad adquiere dimensión de arte.

Nasrin espera siempre a que su madre hable primero. A veces le traduce algo que ella parece no haber entendido bien, y después, cuando está segura de que ya ha acabado, completa la respuesta. Dice que ese respeto es consecuencia del amor con el que siempre la ha tratado su madre. “No recuerdo que me riñera nunca, a lo mejor una o dos veces en toda mi vida. Siempre me cuidó muchísimo y me trató con infinito amor y respeto.” Quitándose importancia de nuevo, Massi dice que es lógico, que ser madre te agranda la capacidad de amar, y la generosidad, y el sentido de la responsabilidad. Dice también que haber viajado tanto –vivieron en Estados Unidos y en Inglaterra antes de llegar a España– y haber estado en contacto con gentes de culturas tan distintas le ayudaron a tener una visión muy amplia del mundo. A entender que lo que sirve para unos no sirve para otros. Y a deducir, sobre todo, cómo tenía que tratar a su hija en cada una de las etapas de su vida. Porque si Nasrin es respetuosa hasta la devoción con su madre, la madre defiende a la hija incluso aunque no haya necesidad de hacerlo.

Cuando les pregunto en qué no se parecen, Nasrin dice que su madre es más serena que ella, que es más impaciente. “No, no es eso”, se apresura a explicar Massi, “es que el mundo de los negocios exige que a veces seas más dura, más firme, si no, no te hacen caso. Y, claro, a ella le ha tocado ese papel”. No hay que olvidar que, para lograr obtener el máximo partido a los extractos de hierbas, flores y piedras preciosas que regeneren la piel a nivel celular, dirigen un equipo internacional de investigación y desarrollo.

Es viernes por la tarde y termina, con esta entrevista, su semana laboral. Sin embargo, es probable que se vean también el fin de semana. En la recepción de algún embajador –Nasrin es miembro honorífico de la Asociación Internacional de Diplomáticos en España–, en un concierto, en una exposición o en cualquier otra de esas actividades culturales que ocupan la mayor parte de su tiempo libre. “La verdad es que nos vemos también bastante fuera de aquí” –le dice Massumeh a su hija, riéndose–. Y da la sensación, por cómo sube las cejas, de que no se había parado nunca a pensar que esa simbiosis única, privada y asombrosa en la que viven, no es solo de lunes a viernes.

"Mi madre es un ejemplo de humildad. Hay un proverbio persa que dice que cuanto más crece el árbol, más caídas están sus hojas. Y es verdad, la gente grande de verdad, es sencilla", dice Nazrin



# SENSIBILIDAD HACIA LO BELLO

ANA CARRASCO

*Se inventó Malababa en un coche camino a Galicia. Conducía Jaime, su novio, y ella, aburrida, desmontó unos pendientes que había comprado en los hippies y los rehizo con un hilo de nailon y un mechero. Ese verano, todo el mundo en su pandilla quería unos iguales. Después fueron los amigos de sus amigos. Ahora es el mundo entero quien codicia sus pendientes, sus bolsos o sus zapatos. Ana y Jaime se casaron, coronaron como socios la cima internacional del mercado de accesorios –él sería el cuerpo y ella el alma– y tuvieron tres hijos a los que quieren dejar en herencia su manera férrea de soñar.*



Hay pocas cosas tan fascinantes como escuchar a alguien hablando de una pasión. Salvando las distancias obvias, es como oír el latido de un bebé en la primera ecografía: un anticipo de creación. Se escucha ese palpito cuando uno se sienta a charlar con Ana Carrasco: incluso en sus silencios, hay algo gestándose. Ella atribuye ese caudal creativo a su formación científica –su madre era farmacéutica, ella creció en una rebotica y terminó estudiando la carrera de Farmacia–: “Las ciencias, cualquiera de ellas, desarrollan muchísimo la creatividad. Te pasas el día tratando de dar respuesta a un problema. Una enfermedad, un microorganismo, una molécula que actúa de tal o cual manera en una crema. Pones tu cerebro a funcionar de todas las maneras posibles para hallar una solución y eso, al final, crea una inercia en la forma de pensar”.

Esa curiosidad científica o instinto de búsqueda, que no es otra cosa, al final, que una síntesis de su interés por la vida, ha sido clave en la construcción de identidad de Malababa. Sostenibilidad, minimalismo y una piel que da paz acariciar. “Nos hemos hecho fuertes en ecología sin pretenderlo, de forma orgánica”, explica con una manera de hablar veloz y al mismo tiempo reflexiva. “La piel es un material noble y vivo que exige, sobre todo, respeto. De ahí mi obsesión por utilizar una piel biodegradable o por que los tintes sean ecológicos”. Esta ética productiva les posicionó como marca pionera de lo eco. Se anticiparon, sin pretenderlo, a un futuro que hoy resulta imperativo y que ha contribuido –junto a la originalidad en el diseño y a un desarrollo de producto empeñado en perdurar– a que la marca esté en escaparates del mundo entero.

Todo empezó, como ya explicaba, en un trayecto en coche cuando ella tenía veintiún años. Sin embargo, hubo un momento en la vida de Ana que fue fundamental para despejar el camino creativo. “En el colegio teníamos un profesor de pintura maravilloso. Era artista, un pintor de verdad. El primer día de clase, nos dio un lienzo a cada uno y se sentó a pintar. Yo, acostumbrada a recibir órdenes, no entendía lo que tenía que hacer. ‘Lo que queráis’, dijo él. No conseguía arrancar. Al final, después de intentar dibujar como creía que tenía que hacerlo, empecé a experimentar con el color, solo golpes de color, que es mi obsesión. Aquello abrió una especie de compuerta en mi cabeza. Lo de ser libre me cambió la vida.”

Quizá de esa epifanía de libertad surja su preocupación por no condicionar el futuro de sus hijos. “Juana (siete años) –nunca Juanita, por favor– tiene un talento innato para lo comercial y la gestión. Hace unos años, en Navidad, dábamos café y rosquillas en la tienda de la calle Santa Teresa. Ella se puso en la puerta y cuando pasaba algún extranjero lo invitaba a entrar. Otras veces, después de pasar la tarde en alguna de las tiendas, me dice muy orgullosa que ha vendido siete pares de zapatos. Es muy ejecutora. Más que reflexiva. Fernando (de cinco), en cambio, es supercreativo. Su línea de pensamiento se aleja siempre de lo conven-

cional, se parece un poco a mí en eso. Teodora solo tiene tres años, así que aún no está muy definida. Pero como te digo, no quiero imponerles nada. Que vean mucho mundo, que conozcan otros modos de ganarse la vida y elijan su vocación libremente. Nosotros solo les podemos dar herramientas para colocarles la cabeza. El ajedrez, por ejemplo, que es una forma de hacer conexiones y aprender a razonar. O llevarlos a museos y que empiecen a desarrollar sensibilidad por lo bello.”

Ana y Jaime, su marido, llevan diez años trabajando como socios. “No habría podido hacer esto sin él”, cuenta agradecida. “Primero para arrancar. Cuando se dio cuenta del éxito de las cosas que yo hacía –los pendientes de abalorios, los primeros bolsos...–, me dijo: ‘Ahí hay algo, inténtalo. Yo me encargo de mantener a la familia, pero tú, inténtalo’”. La segunda vez que acudió al rescate fue cuando Malababa corría el riesgo de morir de éxito. “Llegó un momento en el que nos vimos superados. Ferias internacionales, cada vez más ventas, más volumen de producción... No teníamos estructura para afrontar eso porque habíamos ido creciendo como un chiringo. Jaime dejó su trabajo y se encargó de darle forma profesional a la empresa. Aunque yo sea la cara visible y el origen de la idea, el verdadero emprendedor es él.”

Reconoce que echan de menos a sus hijos y que sus hijos también a ellos. Lo compensan con los *intensivos* del fin de semana, bailando en la cama los sábados por la mañana, diciéndoles “te quiero” cien veces al día, o con un “te echo de menos, gordo” cuando, después de un día especialmente duro de trabajo llegan, por fin, a casa y se meten con ellos en la cama a darles un abrazo antes de dormir. Aunque afectuosos, “el amor es siempre el punto de partida”, también son estrictos. “Los niños tienden a saltarse todas las barreras de forma natural y hay que ponerles límites. Yo no concibo que un niño se porte mal en un restaurante, por ejemplo. Es una cuestión de respeto al resto.” Tampoco concibe la sobreprotección: quiere que se enfrenten a los problemas cuanto antes, que cuando salgan del colegio, a ser posible, ya les hayan dado los suficientes palos para que puedan enfrentarse al mundo con entereza. “Yo misma me considero bastante fuerte. Me he llevado palos muy duros, sobre todo cuando empecé con Malababa. Ahora se ve de otra forma, pero hace veinte años éramos casi unos folclóricos. En aquel momento solo se valoraba lo estable, el buen puesto en la buena empresa... Recuerdo que se referían a mí como ‘la que se dedica a las bolitas’. Parecía que no valía para lo otro... Ahora hay un punto de vista más positivo y el arte empieza a ponerse un poco en valor. Eso es maravilloso, porque España tiene un talento *arrasante*. Hace quince años fui al Met de Nueva York. En la planta de contemporáneo, en la puerta de entrada, estaban escritos los nombres de siete artistas; cuatro eran españoles. Si profesionalizáramos nuestro talento y le diéramos valor, podríamos comernos el mundo.”



En el negocio, la división de trabajo está clara: ella es producto y él, gestión. En casa el equilibrio de fuerzas se establece en función de quien esté con más o menos trabajo. “El problema está cuando el agobio es simultáneo”, cuenta entre risas, “pero, aunque lo de trabajar juntos tiene cosas duras, como el hecho de que, al ser Malababa un proyecto vital, cuando discutimos sobre algo nos va la vida en ello; también tiene cosas muy buenas. Tienes muy cerca la evolución individual del otro, por ejemplo. Es una manera de que los caminos, que de forma natural

van divergiendo, no se alejen demasiado”. Contribuye también que bastante a menudo van juntos a cenar los dos solos. O de viaje a Formentera a recuperar la serenidad. “La maternidad tiene unas complejidades a nivel pareja tremendas. Sueles anteponer la responsabilidad a cualquier otra cosa: el trabajo, tus hijos..., pero Jaime es buenísimo cuidando nuestra historia. Me dice muchas veces: ‘Te admiro como madre, como diseñadora, como socia, pero quiero a mi novia. No podemos dejar de ser novios.’”

*“La maternidad tiene unas complejidades a nivel pareja tremendas, pero Jaime es buenísimo cuidando nuestra historia”*







# DISCRECIÓN

ROSARIO DOMECCO

*Podría haber elegido otro rumbo. Por su apellido y, sobre todo, por su matrimonio con uno de los mejores toreros de este país, Julián López “El Juli”. Su nombre podría inundar páginas de internet y portadas de revista. Pero si la buscas en Google, más allá de una veintena de noticias con pura información de su boda en Jerez o de los nacimientos y bautizos de sus tres hijos, no encontrarás nada. Porque ella eligió la discreción.*

*Y la discreción también la eligió a ella. Por eso algunos medios se empeñan en decir que es seria. La educación muchas veces se confunde.*



Rosario se crio en casa, a la antigua y con su madre siempre al pie del cañón. “Ella es mi referente, mi apoyo y mi guía. Desde que tengo uso de razón siempre ha estado ahí para mi hermano Pedro y para mí. Con una educación muy estricta en cuanto a las formas, pero empeñada en que fuéramos nosotros mismos y siguiendo de cerca cada uno de nuestros pasos, sobre todo en lo referido a nuestra educación.” Porque, en algunos aspectos, su madre, Tito, fue una visionaria. En aquella época y con solo nueve años envió a Rosario a estudiar a Inglaterra porque quería que aprendiera inglés. “Los idiomas, que estudiáramos una carrera... Siempre nos transmitió la importancia de la educación. Ella sabía que era bueno para nuestro futuro. Yo nunca he sido buena estudiante y conmigo se ha sentado a repasar los exámenes incluso en la universidad. Intuyo que puede ser porque ella empezó Periodismo, pero lo dejó porque se casó muy joven, con veintiún años, y nunca quiso que a sus hijos nos pasara lo mismo.”

Y si le pido que destaque la mayor cualidad de su madre, Rosario no lo duda un instante, pero me dice que son dos: “Tenacidad y generosidad. La primera porque consigue todo lo que se propone. Se fija una meta y lucha hasta alcanzarla. Para ella no existen los imposibles. Por ejemplo, cuando volvíamos de viaje no sé cómo lo hacía, pero nos recogía en la puerta del avión. ¿Cómo pasaba los controles de seguridad? Es una incógnita, pero allí estaba ella nada más aterrizar. La segunda, porque vive entregada a su familia. Se dedica en cuerpo y alma a su marido, sus hijos, sus padres, sus hermanos... Incluso de una forma exagerada. No se reserva tiempo para disfrutar de sí misma. Nunca se ha ido de viaje con sus amigas, ni siquiera con su hermana. Y muchas veces no entiende que lo haga yo”. Lo que siempre le agradecerá, también a su padre, es el concepto de familia y de unidad que crearon para ella y su hermano en la infancia y, gracias a eso, el vínculo tan especial que tiene con todos sus abuelos. “Recuerdo mi niñez maravillosa, con mis primos pasando las vacaciones de verano en casa de mis abuelos maternos, Natalia y Fernando, en Sotogrande. Es la casa en la que hemos hecho las fotos para este libro y todavía seguimos yendo. Además, tengo otro gran referente que es mi abuela paterna, Paloma. Con ella vivía en Madrid mientras estudiaba la carrera y también después, cuando ya trabajaba. Todavía está viva y tiene noventa y siete años.”

Esa armonía familiar es uno de los pilares de su vida y algo que intenta transmitir a sus tres hijos: los mellizos de ocho años Fernando y Rosario y la pequeña de cinco, Isabel. “Lo primero es que sean buenas personas, pero después, que se quieran, que se apoyen y se ayuden. Me gustaría que entiendan que, de mayo-

res, entre ellos, siempre serán su mejor apoyo. Cada uno de mis hijos debe tener siempre muy presente a sus hermanos. Y ser muy trabajadores, porque mi madre también me ha inculcado la importancia del trabajo y la independencia que este te otorga.” Rosario es muy simpática, es cercana, abierta y disfrutona, pero tengo la sensación de que, llegados a este punto, se revela la sargento que lleva en su interior... “Totalmente. Es mi rol. Soy la que castiga y me paso el día con el ‘recoge esto’ y ‘ordena aquello’. Julián es el divertido. Los lleva al campo, a la heladería... Yo no puedo evitar ser como fueron un día mis padres conmigo, aunque sí quiero que, de mayores, tengan más libertad de horarios de la que yo tuve. Y no les voy a enviar fuera tantos años porque se pierde el día a día que es lo que genera la confianza. Quiero que me cuenten sus cosas, que no tengan miedo a hablar conmigo de nada. Yo eso no lo tuve con mi madre.” Pero muchas otras cosas las unen: Jerez, Sotogrande e incluso el hecho de que llevan el mismo nombre. Aunque a su madre no le gusta mucho (por eso se hace llamar Tito), lo eligió para su hija porque la niña decidió nacer el día de santa Rosario. “Bueno, eso y que se dejó llevar por la presión de toda la familia...” Y a su vez Rosario también se lo puso a una de sus hijas. Justo la que más se parece a ella. “Fernando es deportista, ordenado, observador, muy bueno de corazón. Y extremadamente sensible, se parece a su padre en eso. De Rosario, su mayor cualidad, es que lo da todo. Es simpática, muy sociable, se lleva bien con todo el mundo y no tiene doble visión. Isabel destaca mucho por su carisma. Tiene una personalidad arrolladora. Y muchísimo don de gentes. El otro día hizo un baile delante de 150 personas. Yo no sé a quién ha salido. Bueno, sí que lo sé. Es como mi suegra, Manuela. Fernando se parece más a Julián y puede que Rosario a mí.” Y aunque su residencia la tienen fijada en Madrid y Rosario se declara cien por cien urbana reconoce que, siempre que el colegio se lo permite, se escapan al campo. “Los días allí son distintos. Todo es más puro y los niños disfrutaban mucho en el jardín o jugando al aire libre. ¿El mejor planazo posible? Cuando salimos todos a montar caballo.” Me quedo con esa imagen.

“Lo que más admiro de mi madre es su capacidad de entrega hacia los demás. Mi abuela estuvo enferma durante ocho años, y ella iba y venía constantemente desde Sevilla a Madrid para cuidarla. Es increíble su dedicación y cómo ha estado siempre pendiente de sus padres y de nosotros. Y esto es algo de lo que he sido consciente a medida que me he ido haciendo mayor, porque tener hijos te resitúa completamente en tu papel con tus padres. También destacaría que es una mujer independiente y muy dura. La típica que le pasa algo y se va al médico, pero no te dice nada.”



Rosario intenta transmitir a sus tres hijos que  
"lo primero es que sean buenas personas, pero después,  
que se quieran, que se apoyen y se ayuden"







# GENEROSIDAD

MÓNICA SÁNCHEZ NAVARRO

*Mónica Sánchez Navarro, mexicana, empresaria y mujer de Ricky Fuster, solo le ve cosas buenas al hecho de haber tenido cinco hijos. De hecho, hubiera querido seis: “Me encanta la unión que tienen las grandes familias y, además, convivo muy bien con el desorden que conllevan”. Quizá porque la suya lo fue. Enorme. Unidísima. Moderna. Una familia de mujeres generosas, positivas y elegantes de las que ha heredado las tres cualidades. La del buen gusto se evidencia en los básicos perfectos de su marca de moda, Mon & Pau, en plena expansión internacional. Lo demás está presente todo el tiempo en su discurso que es ágil, risueño, que escucha y que, sobre todo, no juzga: “Si con algo les sermoneo a mis hijos es con que no critiquen, con que sean generosos en sus criterios y traten de entender que cada persona es un mundo”.*



Conserva intacto el acento mejicano y enfatiza, como Chavela en sus desgarros, las palabras clave de sus frases. Las que mejor les definen a ella y a los suyos. Generosidad, por ejemplo. Un concepto que asimiló incluso antes de saber pronunciarlo. “Mis abuelas, mi madre, mi padre..., todos ellos son personas tremendamente generosas. Mi abuelita materna, hazte una idea, tenía más de veinticinco nietos y, no sé cómo hacía, pero se las ingeniaba para que cada uno de nosotros se sintiera el favorito. El más especial. Conmigo, por ejemplo, se pasaba horas y horas oyéndome cantar las canciones de misa. Yo canto horrible, pero ella solo repetía: ‘divino, divino’. Pobre, no entendí la tortura que debió ser aquello hasta que fui grande”. Se ríe. Porque Mónica se ríe mucho. Y busca a la gente que se ríe. Pero la risa, en ella, es profunda. No es un gesto naif o meramente festivo. Es un acto consciente de “positivar” que, como en la fotografía, consiste en obtener un positivo a partir de un negativo. “Me interesa mucho la psicología. El mundo de la mente humana, su potencial y su capacidad de adaptación. Todo al final depende de la manera que enfoques lo que te sucede. Somos lo que pensamos.” Por eso, una de las primeras cosas que destaca de su madre es precisamente el sentido del humor, “su maravillosa capacidad de reírse, de no tomarse las cosas demasiado en serio, de reírse de sí misma, de querer hacer la vida más bonita a los demás”.

La generosidad, que vuelve a la conversación una y otra vez, se impone de manera especialmente exhaustiva cuando habla de lo que quiere inculcarles a sus hijos: “No soy una madre especialmente estricta en ningún sentido, salvo en eso. En que sean generosos con sus cosas, con su tiempo y con sus palabras hacia las personas. Siempre les digo que nunca sabes por qué el de enfrente es cómo es, o lo que ha sufrido, o las circunstancias a las que ha tenido que hacer frente en la vida”.

Mónica aprendió eso en su casa. Y lo aprendió con el ejemplo, que es como se aprende todo lo que perdura. Sus padres se separaron cuando ella tenía cuatro años, volvieron a casarse, tuvieron más hijos con sus nuevas parejas y lograron lo imposible: integrar todo eso en un núcleo común. “Ni una sola vez en mi vida escuché una mala palabra de mi madre hacia mi padre o al revés. Ese acto de generosidad por parte de los dos ha permitido que seamos una familia enorme, unidísima y que busca constantemente la manera de estar junta, ya sea aquí o allí o haciendo un viaje.”

A su “allí”, México, va mucho. Allí está su madre, “que es el ser más maravilloso de la tierra. A ella todo le parece bien. La adoramos. En su último cumpleaños le escribimos una carta entre todos en

la que le decíamos: ‘si nos llegan a querer como nosotros te queremos a ti, ya hemos cumplido’”. Allí, en el D.F., está también su padre, al que además de adorar, admira profundamente; sus hermanos, a los que quiere con locura; allí está el rancho de sus abuelos, coliseo de su niñez y sus nostalgias; allí están, claro, sus raíces. “Me gusta que mis hijos pasen tiempo allí, que conozcan la cultura y las raíces de su madre. Y luego, hay tradiciones mexicanas que hemos hecho nuestras, como el día de muertos. ¿Has visto la película *Coco*?, pues así recordamos a los que ya no están con nosotros. Antes no lo hacíamos tanto, pero desde que se murió mi hermano –aquí se le quiebra la voz– ha cobrado un sentido especial. Recordar es, como dice la película, mantener vivo.”

Mónica cree que es una suerte que sus hijos hayan crecido entre esos dos mundos y hayan podido incorporar lo mejor de cada uno. Además, según ella, no existe mejor combinación que México y España. Madrid, donde recaló por casualidad en un viaje de amigas y donde se quedó, cómo no, por amor. “Madrid me parece la mejor ciudad para vivir, es una ciudad que lo tiene todo, clima, cultura, gastronomía. Y además el madrileño es muy hospitalario. Tengo grandísimos amigos aquí.”

Mónica me cuenta que Mon & Pau, su marca de ropa, está en plena expansión internacional y que tiene por delante una larga temporada de viajes por América, Asia y Europa. “A los niños les cuesta un poco tanto viaje, sobre todo a los pequeños, pero saben que para que su mamá crezca profesionalmente tiene que estar un tiempo separada de ellos. Tengo la suerte, además, de que aquí los dejo muy organizados. Por un lado, está Ricky, que es un padrazo y me apoya mucho con mi proyecto; además, está mi suegra, a la que adoro como no te haces una idea. Te he hablado de las mujeres que me han marcado, mis abuelas, mi madre... Mi suegra es otra de esas mujeres. Es una persona increíble en todos los sentidos y no sabes, además, el amor que les da a mis hijos. Siempre se lo digo: ‘Qué suerte para ellos crecer recibiendo tantísimo amor’.”

Otro énfasis. El amor. La palabra clave de todas sus frases. El andamio sobre el que se construye lo demás. El amor en el que ella cree y el que ella practica es el que existe más allá de los condicionales, los egos y las expectativas. El amor *per se*. “Con tus virtudes, tus defectos, lo hagas bien o lo hagas mal. Creo que eso, saber que te quieren siendo imperfecto, te da muchísima seguridad; y te ayuda a valerte por ti mismo, a ser libre, a ser feliz y, en conclusión, a devolver ese amor. Al final, nos vamos solo con el amor que hemos dado.”





"No soy una madre especialmente estricta en ningún sentido, salvo en que sean generosos con sus cosas, con su tiempo y con sus palabras hacia las personas"



# MAGIA

SUSANA CRUZ

*Siempre le gustó pintar, y crear, y transformar su habitación en escenarios de teatro. Así que, cuando terminó Historia, estudió Diseño y entró en Vogue, y empezó a hacer tocados en el sótano de la clínica de su madre. Y triunfó. Su imaginación, habitada por un bosque encantado de tiaras de flores y helechos, pendientes de libélulas y anillos de escarabajos, se propagó enseguida por los anhelos de todo Madrid –reina Letizia incluida–. Hoy su marca Suma Cruz tiene once años, miles de novias “tocadas” por su varita mágica y el halo de lo extraordinario. Sus hijos, Icíar (seis años), Teo (dos) y Bruno (uno), han avivado, aún más, su fantasía de niña eterna.*





Aunque su edad lo desmienta (treinta y ocho), Susana Cruz es una niña. Tiene voz de niña. Y la mirada, entre curiosa y somnolienta, como si acabaran de arrancarla de un sueño. Se sienta con una pierna sobre la silla y la otra en el suelo, como las niñas. Lleva un pareo de tonos rosas anudado al cuerpo, unos vaqueros desflecados, un moño de esos que las niñas se sujetan con un lapicero y, en las uñas, una finísima raya negra que las parte por la mitad. Pero lo más de niña que tiene es una fantasía –fronrosa y teatral– que usa para que, a su alrededor, las cosas sucedan como a ella le gustaría. “En mi casa, por ejemplo, cada habitación es un escenario. Ahora, con los niños, tengo más fácil hacerlo”, cuenta con una risa que le trepa a los ojos. Pero no hace falta que lo cuente. El taller en el que me recibe, y en el que crea sus joyas, es un trastero que rehabilitó ella misma y que podría ser la cueva de un bosque. En las mesas, anillos en forma de moscas, pendientes que son helechos, las tiaras de flores semipreciosas que hacen de una novia normal una novia inolvidable y, cómo no, la libélula, el sello de la casa. “Es un animal muy mágico. En *El laberinto del fauno*, una de mis pelis favoritas, las libélulas son también hadas. No es lo que más se vende, pero cuando te dedicas a esto sabes que hay cosas que tienen que ser comerciales y otras que son las que te dan identidad. ¿Ves el helecho ese para la cabeza? Tiene ocho años y empieza a ponerse de moda ahora.”

Lo que uno ama en la infancia se queda en el corazón para siempre. En el de ella, los animales. “Me encantan desde que tengo uso de razón. He tenido muchísimos, de todo tipo. El día antes de mi boda aparecí en mi casa con una urraca con el ala rota y mi madre, desesperada: ‘Pero, a ver, Susana, que tú te vas mañana de viaje de bodas’... Sí, soy una loca de los animales. De tenerlos, de curarlos... Me encantaría vivir en el campo. Hay una casa en El Pardo con la que llevo años soñando...”

No tiene claro cuánta de su inclinación artística –y la de su hermano Manuel, que estudió Bellas Artes y es pintor– tiene que ver con la sangre –“uno de mis abuelos era joyero y el otro arquitecto. Los dos pintaban maravillosamente bien”– y cuánta con su educación: “Mis padres no son creativos, mi madre es abogada y mi padre sociólogo; sin embargo, nos potenciaron muchísimo todo lo cultural. Nos llevaron a mil museos; mi padre, que es un loco de la ópera y la música clásica, me transmitió desde muy pronto esa afición; y mi madre, la de la moda, lo bonito, lo artesanal, lo bien hecho... Luego es verdad que la imaginación la hemos tenido los dos desde muy pequeños. La Nintendo no nos gustaba. Nos gustaba crear”.

Decía Picasso que cada niño es un artista, el problema es cómo seguir siéndolo una vez que crece. Ella sigue siéndolo. Niña. O artista. Igual da. Y hace unos dormitorios preciosos para sus hijos –“se los monto cuando son un poco mayores, se me hace

raro decorarlos sin conocerlos de nada”–, y cambia las cosas de sitio todo el tiempo, y pasa horas pintando, y deja a sus hijos pintar en la pared del cuarto de jugar –“¿cómo no voy a hacerlo con un hermano grafitero?”–, y cree que su propio ejemplo es suficiente para estimular el impulso creativo de sus hijos, sin asfixiarlo. “No quiero imponer nada, creo que eso genera el efecto contrario. A Icíar, mi hija mayor, no le gusta mucho pintar. Ella prefiere, por ejemplo, montar a caballo. Le encanta venir aquí, eso sí. Teo, el mediano, sí noto que se fija mucho en todo ‘lo estético’. Solo tiene dos años, pero el otro día colgué unas lámparas en su habitación y, al entrar, se quedó mirándolas como asombrado y dijo ‘¡qué bonitas!’ . No sé, puedes tratar de enseñar, de inculcar, pero al final la naturaleza de cada uno es la naturaleza de cada uno. Hay cientos de cosas que escapan de tu control.”

Susana vuelve a ser una niña al contarme cómo lloró cuando supo que estaba embarazada. “Cuando se lo conté mis padres, lloraba tanto que mi padre me dijo que no sabía si darme la enhorabuena o el pésame. Ahora estoy feliz con ellos, pero ser madre nunca había sido la ilusión de mi vida. Mis tres embarazos fueron por accidente, ninguno buscado. Con Icíar, estaba en un momento de trabajo de locos. A los tres días de tenerla tuve que volver al taller. El segundo, Teo, me cogió en un momento personal muy malo y le di un embarazo horrible. Cuando nació, le pedí perdón. Creo que al que más he disfrutado es a Bruno, el último. Estaba en una época más tranquila de la vida.”

De la maternidad dice que es complicada desde muchas ópticas. El juicio constante del entorno, para empezar: “¿Cómo es lo mal que te hacen sentir, por ejemplo, si decides no dar el pecho! Hasta el pediatra, en el hospital, me dijo, cuando supo que le iba a dar biberón, que eso era darle veneno”. Y luego está el tema de la conciliación, que es “una mentira absoluta. ¿Qué haces en julio si no tienes unos abuelos que se queden con los niños o dinero para pagar un campamento?, ¿qué haces para, con estos horarios, no llegar a casa agotada, tensa, de mal humor? Eso me da una rabia, y una pena... Menos mal que mi marido es un compañero de equipo buenísimo. Aunque yo paso más tiempo en casa que él, siempre es él quien cocina, por ejemplo. Tengo mucha suerte”.

Luego está el lado luminoso, claro, que le estalla en la cara cuando reconoce, con gratitud, que ser madre le ha dado paz y serenidad y paciencia. “Antes era una loca del ‘todo para ya’.” Le ha permitido también desplegar su imaginación sin obstáculos... Y poder volver a la cabalgata de Reyes, que siempre fue su momento favorito del año. “Cuando éramos pequeños, mis padres alquilaban una habitación en el hotel París, en Sol, para que pudiéramos ver bien a los Reyes Magos. ¡Y siempre nos daban muchísima envidia los niños que estaban abajo!”

"No quiero imponer nada a mis hijos, creo que eso genera el efecto contrario. Puedes tratar de enseñar, de inculcar, pero al final la naturaleza de cada uno es la naturaleza de cada uno. Hay cientos de cosas que escapan de tu control"







# AUTENTICIDAD

CRISTINA Y LULU FIGUEROA

*Su madre, Lucila, es hermana de la inolvidable Sandra Domecq. Su abuela paterna, la legendaria Aline Griffith que, antes de ser condesa de Romanones, fue modelo, periodista y espía de la CIA. Una saga de mujeres trabajadoras, valientes y singulares que Cristina y Lulu perpetúan cada una a su modo. Mientras Cristina, que es doctora en Economía, ha decidido centrar su vida en la investigación, la enseñanza y sus dos hijos, Lulu ha hecho de la creatividad su modo de vida. Pintora, blogger, musa y esteta, dice de ella la prensa francesa. Desde hace siete meses también madre. A pesar de lo distinto de sus mundos, tienen en común lo esencial: el amor. El amor infinito hacia su madre, el amor entre ellas y el amor a Jerez, su paraíso común y donde se reúnen con su familia a beber vino de la tierra, reírse y recordar a los que ya no están para que nunca dejen de estar.*



Hablo con cada una ellas en días distintos, pero a la misma hora: las once de la mañana. Lulu está en su casa de Aravaca, sola con Ciro, su bebé de siete meses. “Lláname a esa hora porque suele echarse un poco de siesta y es el mejor momento”, me dice unos días antes por mensaje. Al teléfono no responde la Lulu *icono de estilo*. Olvídense de la *influencer* rubio platino que logra –solo ella sabe hacerlo– transformar lo imposible en infalible, de la Lulu *timurtiana* de las grandes campañas de moda o de la extraordinaria pintora de flores y perros, que vivió en el Algarve porque se enamoró de su luz. Al otro lado del teléfono, lo que hay es una madre –primeriza– en ese momento de la vida en el que, sobre cualquier otra cosa, se es madre. Ese momento de incertidumbres en el que ya sabes que todo ha cambiado, pero aún no sabes bien cuánto. Ni hasta cuándo no volverás a dormir –“los primeros meses me costaba una barbaridad despertarme a darle el pecho...”–. O hasta cuándo las vacaciones de verano serán, en vez de paz y descanso, un puesto de vigilancia. Cuando, en resumen, tu vida se parecerá un poco a la que habías conocido siempre.

Las once de la mañana de Cristina son muy distintas. Para empezar porque me coge el teléfono desde Londres, donde acaba de instalarse porque le han dado la beca Curie –una de las más prestigiosas de Europa– para dirigir, en la Universidad de Surrey, un proyecto de la Comisión Europea sobre mujer y emprendimiento. “Estoy muy contenta. Llevo diez años en estudios de género y esto es una posibilidad única.” Charlamos un rato sobre el tema de su especialidad; en concreto, sobre la dificultad para conciliar en las madres de su generación y el correspondiente y perpetuo sentido de culpa. Cristina, doctora en Economía y profesora en la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid, cree que el cambio pasa por superar ciertos estereotipos aún muy arraigados: por involucrar a los hombres completamente, porque “de vez en cuando, las mujeres soltemos el timón de lo doméstico sin miedo a que pase nada”, porque las empresas no penalicen a los hombres que se piden una reducción de jornada y, sobre todo, por educar igual a niños y niñas; aunque ella lo ha intentado con sus dos hijos Crista (nueve años) y Guido (siete) y dice que “su hija es una princesa que se muere por todo lo rosa y él, el niño más bruto del mundo”. Cree también que hay que revisar esa noción según la cual, para ser feliz hay que tener hijos.

Le digo que su hermana Lulu está “un poco de bajón” –en sus propias palabras–, porque su hermana del alma y sus sobrinos se hayan ido de Madrid. “Yo también echo muchísimo de menos a mi familia. Y a mis amigas más cercanas, claro. O el baile. He bailado contemporáneo toda mi vida, es una de las cosas que más me gusta del mundo, y aquí no puedo hacerlo. Pero es una experiencia tan increíble la que estoy viviendo... Además, como no tengo ninguna de esas ‘interferencias’, estoy volcada en los niños. Todo es con ellos. Para bien y para mal, claro”, dice riéndose. Los niños se han

adaptado bien, aunque echan mucho de menos a sus primos y a sus abuelas; y Crista, que es la ahijada de Lulu, también echa mucho de menos a su tía: “Están muy unidas desde siempre. Mi hija tiene, en su cuarto, fotos de todos sus primos y una de su tía Lulu”.

Lulu pensaba que haber “vivido” tanto a su sobrina desde que nació la había preparado de algún modo para ser madre. No contaba –a pesar de que su marido se lo advirtió– con que resultaría ser una madre sobreprotectora, “aunque ya estoy intentando controlarme”, dice. No contaba tampoco con su falta de paciencia: “Yo es que ahora pienso cómo lo hizo mi madre con cinco hijos y no lo entiendo. Bueno, es que ella es una *crack*. Y además es que en aquella generación todo era diferente. Para empezar, no era todo tan caro, ni las mujeres se exigían tanto a sí mismas, ni había esa obsesión con tener a los niños constantemente estimulados”. En eso, en la importancia del aburrimiento como caldo de cultivo de la imaginación y la creatividad, coinciden las dos.

Aunque si hay algo en su discurso que suena milimétricamente igual, es el amor, la admiración y el orgullo con el que hablan de su madre. Ha habido grandes mujeres en su familia, mujeres que les han dejado huella. Ahí está su abuela, Aline Griffith, la legendaria condesa de Romanones. Lulu, a quien todo el mundo le dice que es la que más se parece a ella –“solo en lo físico; ella era bastante dura y yo soy muy sensible”–, cree que a ella le debe su pasión por la moda y por el arte, “aunque el arte lo hemos vivido por ambos lados. Por el lado de mi madre, muchísimo también. Ella pinta, mi tío y mi abuelo también, y a todos mis hermanos les gusta dibujar”.

Su hermana mayor recuerda a su abuela como a una mujer guapísima, exigente e incansable: “Venía de un pueblo de Nueva York y mira todo lo que consiguió. Era muy trabajadora. Y tenía frases inolvidables. A mí, cuando salía de casa sin arreglar, me decía –imitando su acento americano–: ‘¿perrrrro tú quién te crees que eres para salir a la calle sin maquillar?’”. A Cristina le marcó mucho también su otra abuela, Ana Cristina, que era una inglesa maravillosa que creía que “todas sus nietas teníamos que llegar a ser presidentas del Gobierno”. Y su tía Sandra Domecq, la hermana de su madre, “una mujer inteligente, divertidísima, buena, pasional...”, a la que recuerdan constantemente ellas y sus primas, las hijas de Sandra con Bertín Osborne, a las que están muy unidas: “son casi como nuestras hermanas”.

Pero de todas esas grandes mujeres que de algún modo las definen, la que ha marcado definitivamente su vida, la de las dos, el espejo en que se miran, es su madre Lucila. Lulu dice que es la persona más generosa que ha conocido nunca, que siempre está ahí para todo: para ayudarla con el niño, para enseñarle a hacer los purés, para darle el empujón definitivo cuando empezó a



darle vueltas a dedicarse a pintar en serio... “Tengo una *mamitis* impresionante. Cuando pasa más tiempo con alguno de mis hermanos que conmigo me pongo hasta celosa”.

Cristina también se emociona hablando de ella. “Es mi referente absoluto. Y lo ha sido, sobre todo, este último año tan difícil para mí.” El marido de Cristina, José Díaz-Guardamino Müller, murió el año pasado. A su hermana Lulu se le quiebra un poco la voz cuando cuenta la entereza con la que Cristina ha hecho frente a un momento tan duro: “Ha sido impresionante la fortaleza que ha demostrado con esto”. “No es que sea fuerte”, dice Cristina, como avergonzada por la admiración que le retransmito de su hermana. “Es que tengo dos niños que son la razón de mi vida y los que me han hecho no tirar la toalla. Pero además tengo, como te decía, el ejemplo de mi madre. El de ella y el de mi suegra, que son dos mujeres tremendamente luchadoras y positivas. Siempre lo han afrontado todo con una sonrisa en la cara. Con esos referentes de mujer, ¿cómo no vas a seguir para adelante? Y luego tengo a mi hermana Lulu, que no sabes lo importante que es para

mí. Es tan increíblemente leal, tan coherente, tiene tan claro lo que está bien y lo que está mal... Admiro mucho de ella, además, cómo ha sabido crearse un perfil interesante y positivo en ese mundo en el que se mueve, tan sin reglas y tan frívolo a veces.”

Lulu no la oye. Está a muchos kilómetros. Y, además, *Ciro* –que se llama así por *Ciro el Grande* y porque su marido es historiador y porque ella quería huir de los nombres familiares que se repiten y se repiten– acaba de despertarse de su siesta y parece enfadado y es raro, porque “tiene un despertar maravilloso; se despereza y sonríe. Y me hace tan feliz ese momento... Ay, si supieras cómo me estás escuchando de concentrado, como si me entendieras”, me dice, acariciándolo con la voz. Y me habla después de Jerez, otra pasión común. “Para mí siempre ha sido el paraíso”, resume. Para Cristina también. Y este verano, además, un bálsamo. “Solo estar allí, sentarme a tomar un vino con mi familia y hablar de los que ya no están, porque nos gusta mucho recordarlos... No sé. Este verano, el vino de Jerez, el yoga y la meditación me han curado muchísimo.”

Nuestra madre es nuestro gran referente.  
Su positividad, su dedicación absoluta a nosotros...







# AMOR

SOLE ALONSO

*Se puede contar lo de fuera, decir que lleva veinte años diseñando unos maravillosos vestidos de alta costura para novias, madrinas y fiesta, y que antes de abrir por su cuenta lo hacía para Friki, la tienda de su madre y sus tías –y una de las más bonitas de Madrid–. O se puede contar lo de dentro. Y hablar, por ejemplo, de su voz honda. De la paz que emite. O de sus tres hijos: Juan, Jaime e Isabel. Sobre todo, de Jaime, que es autista y, como dice su hermana, “artista”.*

*Con sus dibujos –pura moda– Sole creó algo de Jaime, una marca de camisetas, sudaderas, etcétera, que pretende ser una alternativa “laboral” no solo para su hijo, sino para otras personas con discapacidad intelectual.*

*Para ellos, sus hijos, esta carta escrita con el alma y que llega al alma.*

*Porque, como ella dice, “entre ellas, se entienden”.*

OJO DE SANRA

EL OMBELLO

ERRER

PIRATA



Recuerdo con claridad el día en que nacisteis cada uno de los tres. El primero, tú, Juan. Era un sábado de sol, y cuando al fin supe lo que se sentía siendo madre, entendí también la razón por la que alguien podía llegar a matar. Había soñado con ese día desde que tengo uso de razón y cuando por fin llegó, me di cuenta de que aquel no era el final del sueño, sino el principio de todo. Tengo que confesar que al principio me sentí un poco asustada, pero enseguida me di cuenta de que solo había una manera, una guía, una brújula para hacer las cosas bien: el amor. El amor era la medida de todo. Tenía que amar enormemente a vuestro padre y ahora también a ti, Juan. El primero de todo y de todos: primer nieto, primer sobrino, primer hijo... Tenías que hacerlo todo bien, no podías decepcionar a nadie; y eso hacías, siempre esforzándote al máximo para tenernos a todos contentos. Siempre limpio, hablando perfecto... Decías que querías ser “un niño encantador” y que de mayor querías ser “tu padre”. No se podía pedir más.

Después nació nuestro tesoro, Jaime. El “diamante en bruto”, como él mismo dice. Era un viernes por la noche y tu padre acababa de llegar de viaje. Naciste, querido Jaime, siendo un bebé precioso, sano y muy tranquilo. Los sustos nos los fuiste dando poco a poco. Fue tu ausencia de interés por casi todo lo que nos hizo sospechar que algo no iba bien. Después, las malas noticias se fueron acumulando en nuestros corazones, una detrás de otra, y hubo momentos en los que ninguno de nosotros tres, ni tu hermano Juan ni tu padre ni yo, sabíamos bien qué sentir. Casi un año buscando un diagnóstico fue una prueba para nuestra paciencia y nuestro equilibrio. Al final, un título incierto, unas siglas, ajenas, TGD (trastorno generalizado del desarrollo), uno de esos términos médicos de los que nunca has oído hablar y que, de repente, pasan a determinar tu vida para siempre. Pero qué gran verdad es eso de que al final, son los niños los que hacen aprender a los padres. Nos dimos cuenta que lo que nos dolía eras tú; tú, que eras lo que más queríamos. Y aprendimos a abrazar lo que más nos dolía y cuanto más lo abrazábamos mejor nos sentíamos y el dolor se hacía más suave, casi desaparecía. De nuevo el amor como medida de todo, como la gran fuerza transformadora.

Poco a poco fuimos aprendiendo nuevos lenguajes para reírnos contigo, para ser felices juntos, para tender puentes entre tú y nosotros. Entre tú y el mundo. Fue así cómo hice mi gran descubrimiento como madre: a vosotros, a los hijos, no hay que pedirlos, sino darlos. Dar y no pensar. Cuando tienes un niño que nunca hace lo que esperas, al que no le gusta que le beses, al que no le tranquiliza que mamá le abrace, se sienten muchas cosas distintas que no sé bien cómo definir. Una mezcla de desconcierto y de desorientación sumado a una sensación infinita de fracaso y de cierta culpabilidad. Fui tratando de superar todos esos sentimientos, de no encerrarme en ellos, tratando de abrir mi corazón para poder quererlos a los dos, Juan y Jaime, como debe querer una madre a sus hijos: sin medida. Me di cuenta, Jaime, de que yo te estaba pidiendo que me dieras cosas que no podías darme, y fue así como descubrí la alegría de dar sin esperar, de dar sin pensar. De dar, a secas.

Entonces llegaste tú, Isabel, de la que siempre me olvido de hablar porque nunca nos has dado ningún susto. Contigo todo ha sido siempre fácil, lo cual, después de tener a Jaime, era una tranquilidad inmensa. Tú, siempre feliz, conforme, siempre positiva; tú que el primer día que fuiste al cole volviste muy contenta porque “te habían invitado a comer”, tú que no ves a Jaime autista, sino “artista”... Nos dabas –nos das– la sensación de que algo estábamos haciendo bien. Y ese algo es que no podemos quedarnos en las penas y en las tristezas, sino que hay que abrazarlas y llegar incluso a amarlas, porque son parte de nuestra vida. Cuando amas lo que duele, deja de doler. Este secreto es el secreto de la eterna alegría y de la verdadera paz interior. Eso lo hemos aprendido los cinco juntos. Dibujándolo todo, hemos ido creciendo todos juntos, dándonos cuenta de que cada pequeño detalle es importante y cada gesto fundamental. Da igual en un dibujo, con una persona, en la vida... Y otra vez me doy cuenta de que la medida de todo es el Amor. Ese amor que todo lo abraza, todo lo comprende y, al final, todo lo vence.

Mamá

*Las penas hay que abrazarlas, incluso amarlas.  
Cuando amas lo que duele, deja de doler.  
Ese es el secreto de la verdadera paz interior*



# RECUERDOS

BELÉN VÁZQUEZ

*Belén es una belleza. Una belleza rubia de ojos azul intenso y pestañas asombradas. Sin embargo, la gran cualidad de su belleza es que no termina en ella. Se contagia. Y convierte en bello todo lo que toca –mejor dicho, lo que mira–. Por eso, su cuenta de Instagram –@mipequenatribu–, dedicada a sus cuatro hijos, tiene miles de seguidores nuevos cada día. Porque todo ahí es bonito: los niños, el campo, los sentimientos, lo que quiere a sus hijos, lo que quiere a Juan, su marido; a sus amigas, a sus hermanas, a sus primas, a su madre y a su padre... Decía Rousseau que lo bueno no es sino lo bello puesto en acción. Ella lo demuestra en cada gesto. Lean si no esta carta a sus hijos explicándoles lo que de verdad importa.*





A mis hijos:

Recuerdo, como si fuera ayer, cuando el médico me dijo que estaba esperando gemelos. Fue un *shock*. Se trataba de una revisión rutinaria, pero mientras hacía la ecografía, el médico tardó más de lo normal en hablar. Me asusté y pensé que algo no iba bien; así que empecé a hacerle preguntas, muy nerviosa. Recuerdo sus palabras: “No te preocupes, todo está bien. Tan bien que son dos”.

No me lo podía creer. Papá daba saltos de alegría y yo lloraba y lloraba. Y no porque no os quisiese, sino por el cúmulo de sentimientos que experimenté en cuestión de segundos: miedo, felicidad, incredulidad, emoción, respeto, agobio... Y seguí llorando. Lloré todo el día. Nunca en mi vida se me había pasado por la cabeza la posibilidad de tener gemelos. Me costó meses hacerme a la idea y creo que, a día de hoy, queridas Victoria y Gabriela, os miro y sigo sin creérmelo del todo. Noches sin dormir, lloros a todas horas, dudas, inseguridades... Aderezado, claro, con la etiqueta de *primeriza* que hace que todo lo veas tan oscuro como se ven las cosas cuando das vueltas en la cama por las noches. Pero por encima de todo eso, reinó el amor que papá y yo sentimos hacia vosotros –y entre nosotros–, y que ha sido lo que ha guiado nuestro camino desde que nos convertimos en padres.

Entonces, cuando pensé que ya no tenía más amor que reparar, llegaste tú, Sofía. Y después tú, Juanito. Están siendo unos años increíbles, los mejores –también los más agotadores– de mi vida. He crecido como persona; he ganado en paciencia (antes no la tenía); he sentido miedo, un miedo que da miedo sentir; he aprendido a querer sin límites, a dar sin recibir, a distinguir unas anginas de una faringitis, a respirar antes de actuar, a reírme de mí misma al descubrir que llevaba los pantalones del pijama debajo de unos vaqueros, a disfrutar de los pequeños momentos con vuestro padre, a saborear una coca-cola de diez minutos con mis amigas, a descubrir que la felicidad no es un estado sino pequeños momentos que hay que exprimir porque son ellos y su recuerdo los que te ayudan a coger impulso cuando las fuerzas flaquean. He descubierto que vuestra abuela, mi madre, tiene y tendrá razón en todo lo que dijo y dice, y he aprendido a valorar cada uno de sus consejos. Son ese “libro de cabecera” al que acudo sin parar a la hora de educaros. Ella ha bordado su papel y todavía hoy me sigue dando las lecciones de vida más importantes.

Ella junto al abuelo Joaquín me han enseñado a perdonar, a no guardar rencor. Me han enseñado a pensar en positivo, a ser generosa con los demás y conmigo misma, a quererme, a ser discreta, a mejorar cada día, a pensar siempre bien del de al lado, a perseguir mis sueños, a tener paciencia, a no rendirme, a dar sin recibir, a decir la verdad por difícil que sea, a rezar, a esforzarme cada día, a no tirar la toalla, a ver el vaso medio lleno, a ayudar

con la mejor de mis sonrisas. También me han enseñado a cuidar a mis amigos, a tener pocos pero verdaderos, a elegir a los mejores. Me han enseñado a ser agradecida, a pedir las cosas por favor, a dejar salir antes de entrar, a sonreír, a saber estar en todo tipo de situaciones, a reírme de mí misma, a llorar con la cara descubierta, a respetar a vuestro padre, a quererle sin límites, a admirarle; lo mismo que a mis hermanos, que a día de hoy son mi todo. Solo espero que el día de mañana os necesitéis, os adoréis y os apoyéis entre vosotros como yo lo hago con ellos.

Todo esto conforma los valores que quiero transmitir y que deseo se conviertan en vuestro legado de vida. Y es que, chicos, espero que algún día lo entendáis, pero, aunque mucha gente se empeña en darle la máxima importancia al legado material, el que verdaderamente importa, el que queda y el que cuenta es el legado de vida, el sentimental. Esa es la mejor y más importante de las herencias que una madre puede dejar a sus hijos.

Unos meses antes de que mi padre, el abuelo Joaquín, subiese al cielo, os hizo a vosotros y a todos los primos el regalo más especial. Plantó para cada uno de vosotros un árbol. Todos ellos flanquean hoy la entrada de nuestro paraíso extremeño. ¡Con qué ganas e ilusión lo preparó, los encargó y los plantó! Ninguno de los que estuvimos allí olvidaremos jamás el día de la inauguración. Mientras unas tímidas gotas de lluvia anunciaban la llegada de la primavera, el abuelo dio un discurso para vosotros donde hablaba de la importancia de los recuerdos que hoy componen el riquísimo patrimonio que nos ha dejado a todos: “[...] Las conversaciones, el tiempo compartido juntos, las aficiones, la actitud, la educación, los recuerdos, los viajes, las risas, los lloros, las regañinas, las eternas sobremesas... Todos estos momentos, junto con mi acérrima devoción al campo, conforman el patrimonio emocional y de vida que he deseado transmitir desde el día en que nacisteis. Y por ello, un buen día, hace unos meses decidí aumentar y materializar este gran legado plantando estos árboles, que crecerán con vosotros, como símbolo de mi amor por vosotros y por estas tierras extremeñas que me han acompañado a lo largo de toda mi vida”.

Y así, seguimos la estela de su discurso y, como decía Paulo Coelho, los que plantan sufrirán las tempestades y las estaciones, pero su jardín nunca dejará de crecer.

Espero y deseo que, con el amor como eje principal de nuestra familia, con el amor que os profesamos papá y yo, nuestro jardín no cese y se alimente de los recuerdos, de los valores, del respeto y, por encima de todo, del amor.

Os quiere,

Mamá

A mis hijos Victoria, Gabriela, Sofia y  
Juanito. A mi marido, que me ha dado lo  
mejor de mi vida. A mi madre, que es  
un pedazo de cielo en la tierra. Y a mi  
padre, hoy soy todo lo que soy gracias a ti.  
Te quiero







# LUCIDEZ

SALLY HAMBLETON

*Una se da cuenta de la trascendencia de Sally Hambleton en el mundo de las flores cuando, en una cena en Colombia, mencionas su nombre a una florista de allí y abre los ojos como si hablaras de una divinidad. De ascendencia inglesa, exbanquera y creadora de una marca, The Workshop Flores, que, como Apple, nació en un sótano y ahora tiene magnitud internacional, Sally está por fin, en la vida, como siempre quiso estar. Vive en la casa de sus sueños; tiene una hija, Angelica, que es la adolescente de los sueños de cualquiera; ya no aguanta lo que no quiere aguantar, y puede elegir qué sí y qué no. Y todo eso, conservando intacta su capacidad de ilusión. Y de ironía. Y de reírse hasta llorar.*



De casa de Sally Hambleton sale uno queriendo ser Sally Hambleton. Para empezar porque no vive en una casa, sino en un recuerdo. El recuerdo de una novela. De la casa de una novela. Inglesa, eso sí. Podría ser la residencia de Wendy Darling y sus hermanos, los amigos de Peter Pan; o la de Sherlock Holmes, en Baker Street; o un *cottage* cualquiera de los de Jane Austen. Exacto: espejos antiguos, flores, maderas, grabados y pequeños óleos, una butaca gastada, helechos, frascos de cristal, porcelanas, sofás abotonados, telas de flores y el jardín metido en casa para rectificar, aunque aquí no haga falta, el largo invierno inglés. Pero la casa de Sally –que para más literatura es un antiguo colegio con un patio que ahora es porche– no es la principal razón por la que uno quiera ser ella. Ni siquiera la primera. Por delante iría su tienda de flores, que es mágica y está aquí al lado, en el rincón de una plaza que parece un pueblo. El surtido está fuera, en la acera, y la flores, que son de temporada y con aspecto de recién cogidas, aguardan a sus dueños en teteras, cisnes de loza, cestas o cajas antiguas de madera...

Por delante, en la lista de motivos, está mucho antes su hija Angélica, de catorce años, y a quien, cada vez que sonrío, le añado mentalmente una ‘l’ al final del nombre. Es prudente sin ser callada, graciosa “a compás” y opina con una mezcla irresistible de inteligencia y timidez. “Angélica hace muchas cosas bien”, dice su madre, “canta que te mueres, toca la guitarra, monta a caballo y es, en general, muy creativa. Cuando era pequeña, ninguno de sus juguetes servía para lo que estaban diseñados. Pero de todos sus talentos, el que más destacaría es que es muy sensible a los problemas de los demás y muy hábil en sus relaciones sociales: capta enseguida lo que necesita cada uno. Le gusta la gente y a la gente le gusta ella.” Y, en tono de advertencia a su hija: “Espero que pongas eso en buen uso –no como los políticos– y hagas algo por el bien de la humanidad”. Por ahí, por cualquiera de esas habilidades, acabará vislumbrándose el futuro de la niña que, aunque aún no sabe a qué se quiere dedicar, sí sabe a lo que no: las flores. “A ver, me gustan, pero no me veo haciendo esto.” Y mira a su madre como disculpándose. “No pasa nada, gorda, se vende y ya está.” Sally lo dice sin rastro de pena –honestamente–. No cree que ser sucesor de nada sea el destino ideal.

Aunque en esto transige, Angélica dice de su madre que es muy exigente en general y estricta solo con lo importante –“admítelo, mami”–. Dice también que se lo cuenta todo, “mucho más que mis amigas a sus madres”, y que le encanta pasar tiempo con ella en cualquiera de “esos planazos que me haces”, como ir juntas a un restaurante, a un concierto o a una exposición –“aunque solo sea por ver la cara de felicidad que pones cuando me explicas un cuadro”–. Y jugar con ella al Scrabble, “aunque haga trampas”, o ver *Friends* “y grabarla con el móvil cuando se tira al suelo lloviendo literalmente de la risa”. Admira mucho que haya montado

todo esto tan grande –haciendo un gesto con la mano que trata de abarcar el inabarcable universo Sally– “desde un sitio tan chiquitito como el cuarto de su casa”. “También me encanta cómo pinta. Hace unos dibujos preciosos, pero nadie lo sabe porque nunca los enseña.” Termina la enumeración de piropos con risa de broma: “¡Pero, lo mejor de todo es cómo cocina!”. Sally se ríe también, “No sé ni dónde está la cocina de mi casa”. Mirando a su hija, dice con cariño: “Es una salada, como ves”.

Angélica tiene los ojos tan azules como su madre. Y como esas campanillas que, en primavera, cubrían de azul el jardín de los abuelos de Sally en Inglaterra. “De niña pasaba allí todas las vacaciones de Semana Santa. Sola, sin mis hermanas. Me acuerdo perfectamente de mi sensación de felicidad al asomarme por la ventana de mi cuarto a aquel jardín maravilloso con su bosque, sus estanques y sus cisnes. Era feliz allí. Los días de lluvia hacía *scrapbooks* con recortes de catálogos de flores que me daban mis abuelos... Ahora, con la mudanza a esta casa, los he recuperado y me he dado cuenta de que ahí empezó todo.” También empezó ahí esa obstinación suya por las cosas bonitas. “No puedo estar con algo a la vista que me parezca feo. Se me corta la digestión si estoy comiendo en un sitio horroroso, por ejemplo. Supongo que mi parte inglesa tiene algo que ver con eso. Allí hay muy buen gusto. Las artes decorativas, los jardines, las casas... Todo es bonito. Históricamente han tenido mucho trato con Oriente, con Asia, que tiene un sentido estético sofisticado, preciosista y muy de los sentidos. Además, está mi madre, que sigue siendo muy inglesa. Mantiene su acento, su té, sus porcelanas, su manera de celebrar la Navidad... Cuando yo nací no hablaba español. Por otro lado, le encantan muchas de nuestras cosas. La artesanía española, por ejemplo, la cerámica, la cestería. Y come callos, oye flamenco y dice palabrotas en español. En inglés nunca le oírás una. Lo que quiero decir es que en nuestra casa, lo inglés y lo español han convivido siempre de una forma muy natural.”

A su hija trata de educarla en esa sensibilidad hacia lo bello que es marca de la casa. “Mi abuela Angélica –que fue un referente en mi vida porque era mi abuela española y en su casa sí había pan a la hora de comer, y comían dos platos y no solo uno, como nosotros, y además era divertida, original y con un don de gentes increíble– decía siempre: ‘Es mentira eso de que sobre gustos no hay nada escrito. Hay tratados enteros sobre la belleza. Lo que pasa es que tú no los has leído’”. Me río, Angélica se ríe. Sally sonrío y le pregunta: “¿Tú crees que estoy loca o qué?”; “No, mami, vivo contigo.”

Pero por encima de todo lo anterior, vuelve a querer uno ser Sally Hambleton cuando advierte que, a sus cualidades naturales –la facilidad de palabra, de análisis y decisión, o un ingenio tan inglés como las moquetas–, ha añadido otras que no venían de serie. La



autocrítica, por ejemplo: “Dirijo un equipo de 14 personas, e incluyo a estos dos –dice, señalando a su marido Javier y a su hija-. Antes no lo hacía bien, exigía al resto lo mismo que a mí, que soy perfeccionista hasta el drama. Hasta que me di cuenta de que no a todo el mundo se le puede exigir lo mismo, que hay que hacerlo en función de las capacidades de cada uno. Angélica, por ejemplo, es de sacar muy buenas notas, por eso soy exigente con ella en eso; pero en lo que sé que le cuesta más, no le pido tanto”.

Ha aprendido también a dejar de torturarse con lo que no pudo ser: “Durante muchos años me mortificaba con lo poco que había visto a mi hija los primeros años. A las tres semanas de nacer ella, ya estaba trabajando. Durante mucho tiempo, en la época de bodas, de mayo a octubre, no pasaba ni un solo fin de semana con ella. Para mí aquello era durísimo. No estaba al cien por cien en mi trabajo, pero tampoco en mi hija. Y aunque tuve muchísimo apoyo, de mi marido sobre todo, no sa-

bes lo que hubiera necesitado en aquel momento escuchar un ‘no pasa nada, lo estás haciendo fenomenal’. No intuirlo solo, oírlo de verdad; porque en ese momento estás llena de dudas. Es algo que ahora les digo constantemente a quienes tengo cerca; a la gente que trabaja conmigo, a mi hija... Porque recuerdo aquella sensación con horror. Ahora ya me he perdonado. He entendido que, en la vida, elegir es renunciar. Y que no pasa nada. Cualquier renuncia es legítima, pero hay que asumirla, interiorizar que, si vas a dedicarte en cuerpo y alma a tu profesión, por ejemplo, algo se va a resentir: tus hijos, tus padres, tu pareja, tú misma... Y pasa lo mismo si lo que quieres es entregarte a la maternidad. Hacerlo todo bien es imposible, no nos engañemos. Y no pasa nada, no hay que flagelarse”. Angélica escucha todo esto con cabizbaja atención, anotándolo, seguramente, para recuperarlo cuando llegue el momento. Sally la mira y pregunta: “Gorda, ¿yo te hago feliz?”. “Mucho”, contesta su hija. Insisto: ¿quién no querría ser Sally Hambleton?

*Hacerlo todo bien -el trabajo, los niños, la pareja...-  
es imposible. Hay que asumirlo y no flagelarse*



# CREATIVIDAD

BEATRIZ GASPAR

*Tiene un marido que le deja volar mientras vigila su vuelo. Y dos hijas, Martina (nueve años) y Lola (seis). Y una perra, Kenya. Y una risa muy blanca. Y una nostalgia feliz. Pero lo más famoso que tiene es un blog, Con botas de agua (CBDA), que nació hace ocho años, para que ella vaciase ahí su creatividad y el resto, las que habíamos sido madres más o menos a la vez, apaciguáramos los desvelos de esas noches, tan largas y tan cortas, tan íntimas y llenas de dudas de las madres con un primer bebé. Ahora el blog es todo un referente en el mundo de la maternidad y ella, socia fundadora de una empresa de cursos online, Hello! Creatividad, que contempla la creatividad como principio de todo: de lo profesional, de lo privado, de la serenidad y del éxito –el verdadero–.*



Era un clásico. Meterse en la cama, suplicar íntimamente que el recién nacido aguantara cuatro horas hasta la siguiente toma y teclear “Con botas de agua” en el buscador. Decía Stendhal que la belleza es una promesa de felicidad. Eso es, precisamente, lo que prometía aquel *blog*. Un mundo de fotografías e ideas luminosas en el que ser madre resultaba, al mismo tiempo, concreto y ensoñador. “Creé *Con botas de agua* poco después de que naciera Martina. Necesitaba un lugar en el que ‘volcar’ todo lo que se me ocurría a nivel creativo.” Por aquel entonces, Bea trabajaba en el departamento de Comunicación de una gran empresa, así que escribía de noche: “Aunque estuviera agotada, publicaba cinco veces a la semana. Desde muy pronto, los comentarios de la gente me crearon la responsabilidad de tener que estar ahí. No podía fallarles”. Un día era cómo usar cajas de madera como estantes para decorar una habitación infantil; otro, cómo hacer a mano un gorro de papel para un disfraz de marinera; la semana siguiente, cómo decorar un cumpleaños de bebé o crear una biblioteca viajera: Bea pidió a su familia y amigos que cuando viajaran, le trajeran de regalo a su hija un libro en el que escribieran quién se lo había regalado y de dónde venía. Todo era –es– bonito. Las fotos, el diseño, la tipografía. Bonito, limpio, apacible e inspirador. Pero lo que realmente convertía aquel microcosmos en una especie de País de las Maravillas 2.0 era, sin duda, el caudal creativo de su autora.

Martina fue creciendo. El *blog* también. Hoy es una bitácora famosísima, más sofisticada técnicamente que entonces, y que –más allá de sus mil y una propuestas de talleres, excursiones, manualidades, recetas, marcas de ropa, juegos o cafeterías– se sigue distinguiendo del resto porque ejemplifica, como ningún otro, que ser madre es creación primero y creatividad a continuación.

En Bea, que después de Martina tuvo a Lola, ser madre se percibe como algo natural. Igual de natural que los movimientos del pianista tras diez mil horas de ensayo. “Siempre me han flipado los niños. Tengo una hermana mayor y dos pequeños con los que jugué mucho, sobre todo con el último. Nos llevamos ocho años y durmió conmigo en la cama hasta bastante tarde. Luego están mis primos, que son un montón, a los que también cuidé; o los niños de la familia de Chicago en la que estuve de *au pair* cuando era adolescente. Al llegar mi primera hija, estaba más que preparada para la maternidad.” Bea, que habla deprisa, precisa y lúcida, reconoce que, aun así, hay cosas que siempre te pillan de nuevas: “... el miedo, por ejemplo. No solo el miedo a que les pase algo a ellas –y que te hace vivir permanentemente con media antena puesta–, también es el miedo a que te pase algo a ti”.

Cualquiera que conozca un poco su universo –que se extendió después a su cuenta de Instagram @conbotasdeagua– sabe que ahí lo estético no es un fin en sí mismo, que el cuarto de sus hijas no es así de festivo y diáfano solo para deleite del espectador. “Quiero que tengan sus espacios para jugar. Yo les ayudo poniendo todo

tipo de herramientas a su alcance, pero me gusta que jueguen solas. Creo que es bueno dejarlas a su aire, no intervenir todo el rato y que vayan descubriendo las cosas por su cuenta. Es la manera de desarrollar su imaginación.”

Precisamente, de esa premisa nació en 2013 *Hello! Creatividad*, una página de cursos *online* –fotografía, diseño, *marketing*, autoconocimiento, escritura y un sinfín más– que contempla la creatividad como principio de prácticamente todo, desde lo profesional hasta lo afectivo, pasando por el equilibrio interior. Su ideario educativo se articula también en torno a esa idea: “Hay dos cosas que me parecen prioritarias: una, estimular la inquietud por aprender, y la otra, fomentar el pensamiento crítico. A los niños hay que enseñarles a pensar. Uno de los consejos que más les repito a mis hijas es precisamente ese, que sean ellas mismas, que confíen en su criterio y en lo que ellas sientan que está bien. Es la única manera de que nadie pueda manipularlas”.

Bea tiene sus propias estrategias para promover estos principios. Las deja explorar, trata de que usen las nuevas tecnologías para descubrir cosas, y no como una herramienta de ocio, y, sobre todo, las saca mucho –por su ciudad, Madrid, y por fuera–, para que vean todo el mundo posible. Para que, como ella dice, aprendan a mirar. “Cuando vamos de viaje a cada una les doy una máquina Polaroid y un carrito con diez fotos. Ellas tienen que elegir qué diez fotos hacen a lo largo de ese día.”

Esos viajes no solo favorecen que las niñas pongan el ojo en lo bello, lo inusual o lo sorprendente, también son útiles para crear recuerdos y, sobre todo, para fomentar la unión familiar. “Hay viajes que hemos hecho en familia que recuerdo muchísimo. Estocolmo, por ejemplo, que es una ciudad preparadísima para ir con niños; o California, a donde fuimos las tres solas. En los viajes hablamos mucho. No hay tele, ni amigos, ni interferencias de ningún tipo. Cada verano hacemos una *playlist* y en invierno, cuando escuchamos las canciones, nos vienen recuerdos del verano.” Sugerencias de una nostálgica que confiesa que su vida es “un constante ir y venir del pasado al presente. Y me gusta. Creo que es importante tener siempre presentes las raíces”.

Su próximo reto, con Martina cerca de la barrera de los diez años, es la adolescencia. “Mi intuición me dice que, al final, lo más importante es la confianza. Hablar mucho con ellas. Por eso quiero que se acostumbren a que me pueden contar lo que sea. Que no vean en mí a alguien perfecto que no se ha equivocado nunca, o a alguien que se escandaliza con facilidad.” De las cosas que le quitan el sueño sobre sus hijas destaca una: “que pudieran hacer daño consciente e intencionado a alguien más. Sería una de las cosas más frustrantes que me podría pasar”. Suena improbable. Como ella bien sabe, la mejor manera de educar es el ejemplo. Y el suyo es incuestionable.

“Creo que es bueno dejarlas a su aire, no intervenir todo el rato y que vayan descubriendo las cosas por su cuenta. Es la manera de desarrollar su imaginación”







# IMAGINACIÓN

INÉS MARTÍN ALCALDE

*Basta con buscar en Google alguna foto del día de su boda para hacerse una idea de por qué Inés Martín Alcalde es el nombre que más suena en los corrillos de las novias que quieren que su vestido de boda no solo les haga estar guapas, sino también interesantes. Basta observar su propio vestido, diseñado, claro, por ella misma, para darse cuenta de que tiene ese don, casi sobrenatural, de convertir una idea en una obra de arte. Basta con fijarse en la bomber de encaje con coderas con la que entró en la iglesia –y que ha creado precedente en el mundo nupcial– para comprobar que, además de mucho talento y mucho gusto, tiene mucha imaginación. Y sí, también seguridad en sí misma. Es precisamente eso lo que le recomienda, en esta carta, a su primera hija, Inés: que se quiera, que se quiera mucho.*





Querida Inesita:

Son tantas las cosas que quiero contarte en esta carta, que no sé bien cómo empezar. Llevo muchos días pensando en escribirte. No lo he hecho antes porque ahora tengo mucho trabajo, muchas novias... El taller me tiene un poco absorbida y el poco tiempo que me queda te lo dedico a ti, a tu sonrisa de moflete a moflete, al ratón azul, al pollo Pepe, a la muñeca Juana y a esos dientes de piraña con los que muerdes mis bocetos.

Cada noche, antes de dormirme, cierro los ojos y me imagino que estamos juntas en el taller. Y abrimos mi cofre. Y tú empiezas a sacar mis encajes antiguos, los manteles bordados, las colchas de *plumeti*, las cortinas de *rebrodé* y las enaguas antiguas. Diseñamos juntas un patrón y lo empezamos a cortar para hacerle a la muñeca Juana un traje de hada. Si hay algo que me gustaría que heredases de mí es precisamente eso, la pasión por crear cada día cosas distintas. Únicas. Y no hablo solo de vestidos. Hablo de crear. De la pasión por la vida, de que cada día sea mágico. Los habrá mejores y peores, pero trata de vivirlos con ilusión y alegría. Siendo fuerte y valiente y, sobre todo, queriéndote mucho a ti misma.

Me emociona mucho esa ilusión que veo que empieza a nacer en ti y que se manifiesta en mil cosas distintas. En los animales, por ejemplo, por los que empiezas a sentir el mismo amor que siento yo. Me hace mucha gracia cuando ves un perro y te emocionas llamándole “vaca” sin parar. Y me encantan los nombres que les has puesto a todos los animales del papel de la pared de tu habitación; ese papel que con tanta ilusión diseñé para ti: la jirafa Mia, el búho Bu, el ciervo Bam y la hormiga Tía. Me encanta ese rato que pasamos jugando juntas por la mañana, antes de irme a trabajar,

dibujando sombras con las manos en esa pared. O jugando al tigre con sonajero o a los animales del bosque. Pero, después de jugar y de tomarnos la avena con leche, tengo que dejarte para irme al taller; allí me esperan siempre las novias que sueñan con la prueba de su vestido. Me encantaría no tener que separarme de ti.

Por más vueltas que le doy solo se me ocurre una solución, llévate conmigo allí; pero el suelo está lleno de alfileres, las telas se podrían llenar de puré o de pequeños mordisquitos con tus dientes. Así que, mientras tú bajas al jardín y haces flanes en el arenero, yo me enredo entre mis telas, mis bocetos y mis estampados. No creas, Inesita, me da pena no llevarte conmigo, pero me siento bien rodeada de encajes, marañas de hilos, botones y cremalleras, creando para cada novia un secreto que aún no me ha contado. Además, el tiempo pasa rápido, y cuando me quiero dar cuenta estamos juntas otra vez.

Quería escribirte esta carta justo para hablarte de este secreto, el nuestro: la pasión, Inés. Y lo importante que es esforzarse día a día para que esa pasión se mantenga viva. Ya te lo conté cuando la matrona te puso sobre mi pecho y pasamos la noche juntas. Pero creo que eras muy pequeña para entenderlo aún; por eso creo que es importante que leas esto. Ahora que ya sabes el secreto, creo que es hora de que nos vayamos a dormir, aunque este dibujo de Juana con el vestido de hada que me estás ayudando a terminar nos está quedando precioso. Mañana haremos de él un avión de papel y lo dejaré en el cofre del taller. Si algún día quieres, puedes hacerlo volar.

Te quiere,

Mamá

Haz lo que hagas, hazlo con pasión.  
Y esfuerzate porque esa pasión  
se mantenga intacta



# FORTALEZA

ELISABETH HORCHER

*Elisabeth Horcher, cuarta generación al mando del legendario restaurante, tiene más de gran anfitriona que de ejecutiva agitada. Crea intimidad siendo discreta, es natural siendo elegante y ejerce la autoridad sin que la autoridad se note. A sus tres hijos no quiere imponerles su oficio, tampoco lo hicieron con ella. Sí quiere, en cambio, que sean tan fuertes como lo fueron sus abuelos, que dejaron el Berlín de la guerra, con el restaurante familiar subido –por piezas– a un tren, para instalarse en un Madrid del que no conocían ni el idioma. “Quiero que estén preparados para hacer frente a cualquier cosa; sobre todo, para el día que yo falte. ¿La clave? Disciplina y amor, mucho amor.”*



Los dos mayores, Otto (siete años) y Olivia (cinco) juegan tumbados en el suelo del restaurante; son peces. Abren y cierran las piernas fingiendo surcar la alfombra, limpia y mullida como un gato persa. Santiago (dos años) los observa con curiosidad desde una silla sin decidirse a intervenir. Elisabeth, Eli para sus amigos, mantiene la escena bajo control sin desviar la mirada del objetivo de la fotógrafa. Un “Otto” firme y templado, basta para marcar los límites. Además de a los niños, está supervisando otra cosa: los camareros empiezan a vestir las mesas para el almuerzo. Lino blanco, vajillas de Limoges y las flores a un lado. Siempre igual. Cada día. Cada noche. Es la única manera de mantenerse a salvo de los vaivenes del tiempo. A salvo en aquella Europa de los grandes salones, las lámparas de araña y los finales felices. De los grabados en las paredes, la chaqueta y la corbata en señal de deferencia, los cojines reposapiés y los platos terminándose de emplatar en la mesa. Su abuelo Otto se trajo, en tren desde Berlín, todo el restaurante original, fundado por su padre Gustav en 1904. Las cacerolas de cobre, la cubertería de plata, las prensas de carne y un recetario entre francés, húngaro y alemán que se mantiene vigente hasta hoy. Era 1943 y Europa había dejado de ser feliz.

A Elisabeth se le ondula el pelo en el mismo sitio que a las divas del cine negro. Tiene las mejillas altas, mirada de gacela y esa cortesía cómplice de la gente de mundo. “Mis padres nos llevaron mucho de viaje. También salíamos bastante con ellos a comer y cenar fuera. Ahora, trato de hacer lo mismo con mis hijos, integrarlos en nuestra vida. Que se adapten a nosotros. Es la mejor manera de que vayan entendiendo, de forma natural, cómo comportarse en los sitios.”

Ha heredado el nombre de su abuela paterna, la mujer de Otto, una mujer cosmopolita y transgresora que fumaba, usaba pantalones y conducía su propio coche. A nadie le hubiera extrañado que hubiese encontrado aburrida la España gris y mojigata de la posguerra; sin embargo, “se adaptó, hizo un montón de amigos y viajó por todo el país. Madrid se acabó convirtiendo en su casa. La prueba es que nunca más volvieron a Alemania”. La Elisabeth original murió cuando ella tenía solo once años. “Al nacer mis hijos tomé conciencia de lo importantes que son los abuelos. Ellos tienen la distancia y la calma para disfrutar de los niños de una

manera especial. Además, le gente de aquellas generaciones está hecha de otra pasta. Vivieron cosas que nosotros no alcanzamos ni a imaginar.” De esa necesidad de reencontrarse con sus abuelos, surgió la idea de escribir *Los Horcher* (2018) junto a María Ángeles López de Celis. La historia de su familia, paralela a la del continente, se entrecruza con la de los grandes personajes que han pasado por el restaurante: Hemingway, Dalí, Chaplin, Cocteau, Sofía Loren, Aline Griffith, John Wayne y un raudal de jefes de Estado, ministros y, en suma, de esos hombres y esas mujeres que deciden el destino de los Estados.

Elisabeth quiere transmitir a sus hijos la capacidad de ese “mundo de ayer” para sobreponerse a la dificultad. “Creo que la única manera de hacerlo es buscando el equilibrio entre el amor y el saber transmitirles que son lo más importante de tu vida, con la exigencia. Hay que darles herramientas, prepararles para el día que tú faltes, que puede ser mañana. La exigencia tiene que ser acorde con cada edad, claro. Ahora lo que les puedo pedir es que ayuden en casa, que saquen la ropa para el colegio, que lleven ellos sus mochilas por mucho que pesen y que aprendan cosas como que, si pierden o estropean algo, no hay repuesto. La austeridad es otro de los valores que mi marido y yo tratamos de inculcarles. Los regalos, pocos y solo cuando tengan sentido. Hay un dicho inglés que creo que tiene mucho sentido: *You have to be cruel to be kind.*”

Otto irrumpe en el reservado abriendo la puerta con un gesto a modo teatral: “¡Cu, cu!”, se anuncia entre risas. Eli se levanta y le lleva de vuelta con sus hermanos. “Es por culpa del Baumkuchen –el mítico pastel de árbol de la casa–. Lleva comiéndolo toda la mañana y se ha puesto como una moto.”

La hora de la comida se echa encima y el restaurante empieza a burbujear anticipando la llegada de los primeros clientes. Todo está perfecto. Como cada día, como cada noche. “El orden empieza por uno mismo, nos repite siempre mi padre. Lo primero hacia ti, y luego hacia el resto. Hay que predicar con el ejemplo.” ¿Dirías que ese ha sido el mejor consejo que te ha dado?, le pregunta para terminar. Lo piensa unos segundos. “No, yo creo que el que más me ha servido es el de ‘rodéate de gente mejor que tú, más capacitada. Es la única manera de mejorar’.”



“Las mujeres que trabajamos llegamos a casa queriendo compensar el tiempo que no estamos con los niños. Eso nos deja sin horas para dedicarnos a nosotras mismas. Pero es importante proteger el tiempo individual para darles lo mejor de ti misma”







# INTUICIÓN

SOFÍA PARAMIO

*¿Por qué sesenta y pico mil seguidores en Instagram? En primer lugar, porque su cuenta es el manual de estilo más certero, original e intuitivo de la red. Y es que Sofía Paramio, periodista de moda y cofundadora de la agencia de comunicación All About Management, no selecciona tendencias. Tampoco las adapta. Ella las crea. Decide qué, decide cómo y el resto, obedecemos. Pero, además, y esta es la segunda gran razón, es que nada en sus fotos suena impostado. Su alegría es real. Y su frescura. Y su amabilidad. Y la luz con la que mira a su marido. Y a su hija Sofía, a la que le habla aquí con la misma autenticidad con la que hace todo lo demás.*



Antes de escribir esta carta le pregunté a tu padre si era capaz de resumir en pocas palabras lo que habías supuesto en nuestras vidas. Contestó enseguida: “Su llegada ha multiplicado un nivel de felicidad que creía insuperable”.

La primera vez que le vi fue en un aeropuerto. Nuestro avión se había averiado y esperábamos otro que nos llevara a Punta Cana. No sabía ni siquiera su nombre, pero algo me dijo que pasaría el resto de mi vida con él. Lo que no podía imaginarme es lo maravilloso que sería el camino a su lado, o que me haría un regalo tan especial como lo eres tú. Me faltaba por saber la mejor parte.

Han pasado catorce años de ese viaje, llevamos casi nueve juntos y quisiera resumírtelos en los valores que nos han conducido hasta ti. No todo ha sido fácil, pero echo la mirada atrás y siento que hemos resuelto cada imprevisto con positivismo y mucho amor. Ojalá nunca te falten a ti muchas dosis de las dos. Nuestra fórmula, que no tiene por qué ser la mejor, pero que ha hecho que nos enamoremos de nuestra vida a diario procede de tus abuelos. Mis padres son mi pilar fundamental, los mejores cimientos. He tenido mucha suerte de que me acompañaran en este camino. Y lo harán también contigo. Así como tus abuelos paternos. Los cuatro estarán siempre ahí porque te quieren con locura –no sabes la de veces que aparecen en casa con cualquier excusa solo para verte y achucharte un rato– y te enseñarán, como lo hicieron conmigo y con tu padre, la importancia de amar sin límites, con pasión, con esfuerzo, con lucha y con ilusión. Esa es la clave de todo, la brújula para ser feliz. Ahora tienes cuatro meses y para tu padre y para mí, la mejor definición de felicidad es tu sonrisa –ultra contagiosa– nada más levantarte por las mañanas después de tus diez horas de sueño. Esfuéstrate para que esa sonrisa no se borre nunca. Yo estaré siempre ahí para que lo logremos juntas, porque mi misión principal contigo es que seas feliz y que, además, hagas feliz a los que te rodean. Lo conseguirás poniéndoles las cosas fáciles –esto es muy importante, tu abuelo aún me lo recuerda a diario– y dedicándoles tiempo y cariño.

Disfruta de cada segundo, diviértete, tómate las cosas con humor y sé humilde: deja que sean los demás los que hablen bien de ti porque se remitan a los hechos, no a tus propias palabras. En el colegio podrás empezar a poner en práctica todo esto. Allí, además, comenzarás a hacer amigos. Ellos son una de las mejores cosas que puede darte la vida. Ni te imaginas la cantidad de buenos momentos y lecciones que me han dado –y que me dan– a diario los míos. Sin ellos no sería la misma y todo resultaría mucho más aburrido. Haz amigos allá donde vayas y cuídalos mucho. Recuerdo con gran cariño mis veranos en Inglaterra, Los Ángeles o la Costa Azul; las noches en las que venían a dormir a mi casa o nuestras primeras salidas nocturnas. Parte de la pandilla serán también tus primos que, además de amistad, te darán ese “extra” de amor

familiar y de unos valores parecidos a los tuyos. Los nuestros han sido una parte fundamental en la vida de tu padre y en la mía.

Otro gran consejo es que seas curiosa. De esa manera puedes empaparte de todo lo interesante que haya a tu alrededor y descubrir, rápidamente, aquello que te apasione. Ya sea la música –como a tu padre–, la moda –como a mí–, ambas o cualquier otra que te apasione a ti... La curiosidad te ayudará a encontrar lo que te llene y, además, a aprender muchísimo de otras cuestiones durante ese recorrido. A mí me pasó; tuve la suerte de encontrar muy pronto lo que más me gustaba y de cumplir mi sueño profesional de trabajar en ello: ¡no sabes cómo llena poder dedicarte a tu pasión! Así que nunca te rindas y sueña lo más alto que puedas porque, si lo deseas con todas tus fuerzas, la constancia –nunca te olvides de ella– y el trabajo harán que llegue. Persigue con ganas aquello que te guste, no hagas las cosas por hacer, sino con pasión. Busca tu propia felicidad en todo lo que realices, hasta en ir a hacer la compra o los deberes cuando te toquen. No te mires en los demás, pero ponte en su lugar. Ayúdales, sé generosa, respetuosa y nunca juzgues. Cada persona tiene sus propias circunstancias y todos somos diferentes; eso es lo bueno de la vida: la diversidad. Haz de las cosas pequeñas los mejores planes y disfrútalas mucho porque son las que componen el día a día: el beso de tu padre cuando llega de trabajar, la hora de hacer la cena juntos o las risas que verás en los momentos más insospechados. Hasta el paseo más normal puede sacarte la mejor de las sonrisas.

Además de curiosa, me gustaría que fueras paciente. Tu padre lo es y es un gran don. La paciencia y la educación podrán conducirte lejos, hacer que manejes mejor las situaciones, con humor, y que nunca te salgas de tono o pierdas los papeles sin fundamento. Medita tus pasos y, así, pocas veces te equivocarás.

Durante el embarazo me preocupaba, quizá en exceso, por que tú estuvieras bien y todo saliera perfecto. Tu padre incluso llegó a tacharme de loca alguna vez; estoy segura, jaja. No sabes las de veces que fuimos a Urgencias por cosas sin importancia; casi vivíamos en el hospital. Él me acompañaba solo para que estuviera tranquila a pesar de que era consciente de que nunca pasaba nada. Lo recuerdo divertido y con mucho cariño. Ese sentimiento por que estés bien y seas feliz sigue conmigo hoy, y nunca se irá. Con esto quiero decirte que recurras a mí siempre que lo necesites, que nunca dudes, porque mi gran meta, mi gran asignatura en la vida eres tú. Estaré bien siempre que tú lo estés. Por último, nunca olvides lo muchísimo que te quiero. Que te queremos. Tanto tu padre como yo seremos el mejor de los apoyos y velaremos por tu felicidad cada día. La vida es maravillosa, de verdad, y quiero, y estoy segura, de que la exprimirás de la mejor manera.

Te quiere muchísimo, Mamá.



*“Recurreré a mí siempre que lo necesites porque mi gran meta, mi gran asignatura en la vida eres tú.”  
A Sofía, su hija de cuatro meses*





# HUMOR

CARMEN COELLO DE PORTUGAL Y  
BEATRIZ MORENO DE LA COVA

*Carmen Coello de Portugal es una de esas señoras que acaparan, sin pretenderlo, toda la atención de las reuniones. Carismática, curiosa y con un ingenio irresistible.*

*Una adelantada a su tiempo que montaba en Vespa cuando no lo hacía nadie –se cayó antes de su boda y se casó con el brazo escayolado– y que ahora, con noventa y tres años, resuelve sudokus y hace FaceTimes porque sigue pensando que la modernidad es aceptar lo que llega. Su nieta Beatriz –una de las estilistas más reconocidas del país– es su versión posterior. Ocurrente, imaginativa, bondadosa y también, como su abuela, de usar el humor para quitarle importancia a las cosas. O para dársela. Y para tender puentes. Y para refugiarse. No son de besos y achuchones, no los necesitan para saber que se adoran.*





El humor es una cosa muy seria. Lo decía Groucho Marx y Beatriz Moreno de la Cova lo confirma. A todas horas, con todos los asuntos. Incluso los difíciles. Sabe que la risa hace grande lo pequeño y pequeño lo grande. Se lo enseñó su abuelo materno, Federico, un humanista de los de antes. Gran lector, gran imitador y amigo de Berlanga. Se lo enseñó, sobre todo, su abuela, Carmen Coello de Portugal, una mujer extraordinaria, independiente, pudorosa en sus afectos y con ese gran talento –o talante– que es desdramatizar. “A las dos nos han pasado cosas muy graves, pero siempre nos ha podido la vitalidad: tenemos una inmensa curiosidad por la vida.” La vitalidad y ese usar la risa para poner distancia entre ellas y la realidad se evidencia por ejemplo en cómo cuenta Bea el día que dio a luz a su único hijo en la Seguridad Social. Ella tenía un tumor en la cabeza, pero eso lo menciona casi de pasada. En cambio, retrata la sala de espera con elocuencia de monologuista. “Nada más llegar me encontré a un policía con un preso de Alcalá Meco al que le había dado un ataque de apendicitis, a una borra-cha que se había abierto la cabeza en un *pub* irlandés... Todo me parecía como de Almodóvar.” Su manera de contar las cosas, vertiginosa, cinematográfica y con esa ligereza cargada de intención de la gente con fantasía, se extiende a los recuerdos de su infancia. Bea se crió en un monasterio del sur y, según ella, eso determinó su apego a las escenografías potentes. Quizá también su hambre de libertad, otra de las cosas que comparte con su abuela: “Haber vivido en un sitio tan grande, tan vacío, condiciona de algún modo tu necesidad de espacio”. Dice que pasaba muchísima vergüenza cuando su abuela iba a recogerla, siempre con un sombrero, al colegio del pueblo: “En mitad de aquella España de *Los santos inocentes* era como si llegara una estrella de Hollywood”. Ese no querer destacar por encima de sus compañeros, ni ser “la privilegiada”, ni evidenciar jerarquías, quedó impreso en su personalidad: Bea incluye. A todos. Y a todos los iguala. Y de las personas solo valora lo interesante “del encuentro”.

Volvamos al humor. Porque falta explicar que además de bálsamo, es refugio. Esa capa en la que envolverse cuando hay que hablar de lo serio, de lo incómodo, de los sentimientos.

Carmen, su abuela, exterioriza sus afectos “con los ojos”. Una mirada en la que hay, como en la de su nieta, “un punto de me-

lancolía que nunca es tristeza”. Los comunica también a través de los poemas que escribe a sus hijas y nietos. “Ella siempre dice que son malísimos”, se ríe Bea, “pero todos los que la conocemos nos ponemos a llorar al leerlos. Comprendemos que ahí está todo lo que no es capaz de transmitir de otra manera”.

Bea no escribe. Lo hizo un poco cuando empezó como estilista en la revista *Vanidad*, pero enseguida “se agobió” con la palabra. “Sentía que me esclavizaba.” Y ella es de vocación libre. Como su abuela, que se quedó huérfana de madre muy pronto y a quien “el síndrome del perrito abandonado”, como ella lo llama, convirtió en una luchadora –a día de hoy, sigue peleando con tesón y fe cada árbol de su querido olivar en Arjonilla– y en una mujer tremendamente independiente: “A las dos han tratado de atarnos siempre en corto”, cuenta Bea, “pero cada vez que nos sentimos atrapadas nos rebelamos”.

Bea no escribe. Se comunica a través de los ojos y de los abrazos y, sobre todo, de la ropa; entendida, dice, como la capacidad de potenciar al personaje con “un *lookazo* que lo empodera” y que le hace sacar de dentro ese algo que ni él mismo sabía que existía. En eso, como en tantas otras cosas, también su abuela ha sido un referente: “Es muy coqueta. Sin embargo, no es muy de gastar, es muy apañada. Tiene su máquina de coser, tunea un montón las cosas... Y como tiene un Diógenes maravilloso, en su casa encuentras de todo. Hay miles de cajones con miles de recursos. Aunque tiene unas joyas antiguas muy bonitas, ella es más de llevar unos anillos que, aunque no sean buenos, tienen su toque; o unos broches de tela... Es, sobre todo, muy original. Y lo piensa todo mucho”.

Eso que acaba de decir, lo de pensarlo todo mucho, es algo que admira no solo de su abuela, sino de *su* época. “El que para todo hubiera una liturgia. Un tomarse la molestia: para ir a misa, para salir a cenar... Ahora, todo gira en torno a la comodidad, la rapidez, lo inmediato. Y eso banaliza las cosas, te anestesia y hace que no enfoques realmente nada. Es como pasar por la vida de puntillas; y si hay algo que mi abuela y yo no hemos hecho nunca es pasar por la vida de puntillas.”

“A las dos nos han pasado cosas muy graves,  
pero siempre nos ha podido la vitalidad:  
tenemos una inmensa curiosidad por la vida”



# COMPROMISO

BLANCA DOMEQ, BLANCA ENTRECANALES  
Y MARTA DE LA RICA

*A Marta de la Rica, que nació –por casualidad– en Nueva York, es difícil clasificarla como artista. Experimenta, mezcla, crea sus propios objetos de mobiliario y llega, en sus ambientes, hasta esa frontera –justo antes de lo imposible– en la que está lo genuino. Lo sorprendente. Lo extraordinario. Educó su mirada de muy niña, recorriendo ferias y anticuarios con su padre y hojeando juntos revistas de decoración. Hoy, tiene su propio estudio de interiorismo y “sus casas” ocupan las páginas centrales de las grandes revistas de decoración. De su madre, Blanca Entrecanales, ha heredado la fascinación por la luz, la pintura y el campo. Blanca, hija del fundador de Acciona, vive bajo las cumbres de la sierra de Gredos, en una finca, Dehesa El Milagro, en la que ha hecho de la agricultura eco su proyecto de vida. La madre está comprometida con la tierra. Su hija, con lo bello. Ambas, con la armonía. Y con dejar un legado que trascienda de lo visible a lo invisible. Un mapa que trace la ruta a lo esencial y que Marta resume aquí, en cien consejos para sus hijas.*



Queridas Blanca y Clara:

Que os quiero con locura, procuro decíroslo todos los días. Pero aprovecho esta carta para daros 100 consejos que la vida me ha ido enseñando. Seguro que muchos de ellos los vais descubriendo solas, pero quizá así los hagáis más vuestros:

Cuidaos la una a la otra  
Sed curiosas  
Disfrutad de la belleza de las cosas pequeñas  
Viajad  
Esforzaos  
Tolerad  
Baños en el mar  
Desayunad tranquilamente  
Poned una bonita mesa  
Sonreíd cuando estéis de mal humor  
Haced más favores de los que pedís  
Aprended a disfrutar del silencio  
Bailad  
Pedid ayuda  
Dad paseos  
Escuchad con paciencia  
Llorad cuando lo necesitéis  
Disfrutad de la naturaleza  
No odiéis a nadie  
Aprovechad vuestros talentos  
No hagáis trampas  
No juzguéis  
Disfrutad de cada momento  
Mantened el espíritu joven  
Haced deporte  
Cuidad a vuestros abuelos  
Contemplad el fuego de la chimenea  
Coged higos de los árboles  
No os paséis con el dulce  
Pisad la nieve recién caída  
Tumbaos para mirar las estrellas  
Respirad hondo  
Manchaos de arena en la playa

Reíos de vosotras mismas  
No perdáis el tiempo con el móvil  
Escuchad las historias de la gente mayor  
Confíad en vosotras mismas. La gente mayor no siempre tiene razón  
No dejéis las cosas a medias  
Cantad en la ducha  
Escuchad la radio  
Aburríos. Hará vuestra imaginación volar  
Mirad la botella medio llena  
Tened paciencia  
Recordad que las cosas más importantes no se consiguen con dinero; sin embargo, ahorrad para el futuro  
Cuidad a vuestros amigos  
Mandad flores  
Ordenad vuestro cuarto  
Sacad fotos  
Comed sano y probad cosas distintas  
Confíad en la bondad de la gente  
Conoced otras culturas  
Proteged vuestra piel  
Sed generosas. Todavía más con los que menos tienen  
Perdonad  
Cuando os caigáis, levantaos  
Defended vuestras ideas y respetad las de los demás  
Alzad la voz ante las injusticias  
Cultivaos  
Utilizad vuestras manos  
Salid de vuestra zona de confort  
Sed valientes  
Encended velas  
Haced vuestro propio camino  
Acariciad a los perros  
Soñad despiertas  
Poneos al sol todos los días unos minutos  
Nunca os metáis en la cama enfadadas  
Acordaos de los cumpleaños  
Rezad  
Sed fieles a los demás y a vosotras mismas

Id a la ópera  
Compartid vuestros sentimientos con la gente que os quiere  
Abrazad a vuestros padres y a vuestros hijos  
Disfrutad de un buen vino, pero no perdáis el control  
No cotilleéis  
Poned un bonito árbol de Navidad  
Venced vuestros miedos  
Dedicad un rato del domingo a planear la semana  
Leed cosas buenas y compartidlas con gente que os importa  
Admirad a quien se lo merezca, pero no idolatréis a nadie  
Estirad  
Disfrutad de los cambios de estaciones  
Oled las flores  
Celebrad  
Coged la mano  
Haced sentirse útil a quien os ayuda  
Reíd hasta que os duela la tripa  
Tomad las decisiones importantes con la cabeza fría  
Cuidad vuestro cuerpo, el único que tenéis  
Madrugad casi siempre  
Contadles cuentos a vuestros hijos  
Guardad los secretos que os confíen  
Baños en un río  
Aprended de vuestros errores  
Adaptaos a las circunstancias y sacad lo mejor de ellas  
Elegid muy bien a vuestros amigos  
Sed siempre agradecidas  
Sed puntuales  
Haced felices a quienes tenéis cerca  
Sed felices  
  
Os quiere,  
  
Mamá

No juzguéis, soñad despiertas, bañaos en  
un río, reíos hasta que os duela la tripa,  
no dividéis los cumpleaños, cultivaos, alzad  
la voz ante la injusticia, dad las flores...









# ESFUERZO

IRENE Y SOFÍA BENJUMEA

*A Irene y Sofía Benjumea –interiorista con estudio propio la primera (Studio Ibu) y directora de Google para start-ups en España, la segunda– les sienta como un guante aquello que decía Jefferson sobre el éxito: “Cuanto más trabajo, más suerte parece que tengo”. Educadas en el esfuerzo, la excelencia y un credo familiar, casi protestante, según el cual lo profesional te define –“Sed lo que queráis, pero sed la mejor versión de vosotras mismas”, les repetía de niñas su padre–, han tardado años en aprender a conciliar todo eso con su propia noción de lo que es importante. Que la familia lo era, más que ninguna otra cosa, siempre lo tuvieron claro.*



Para Irene Benjumea, arquitecta e interiorista, las librerías son casi una obsesión. Sabe que, de todos los elementos de una casa, ninguno retrata mejor a sus dueños. La suya, diseñada por ella misma, recorre todo el espacio entre las ventanas del salón. Es blanca, cuadriculada y el sol de la mañana crea claroscuros en las esquinas. La librería de la mayor de las Benjumea cuenta de ella que es culta. Y sofisticada. Que le interesan el arte contemporáneo, la arquitectura y la luz. Que lee indistintamente en inglés y en español. Que su sentido estético tiende a la geometría. Dice también –cuanto menos, lo sugiere– que en esta casa no hay niños. “Debo ser la única sin hijos en el libro, ¿no?”, pregunta con una sonrisa seria. Es la segunda vez, desde que me abrió la puerta, que le noto en la frente ese peso de responsabilidad que arrastran los primogénitos.

Sofía no ha llegado aún. Mientras esperaba en el portal, la he visto cruzar la calle en dirección opuesta. Pelo rubio salitre, vestido de verano y unas converse blancas. Si Google tuviera aspecto de mujer, tendría el suyo. Me hace un gesto con la mano de “ahora vengo”, que se materializa cuando, poco después, entra en casa de su hermana con leche para el café.

Irene y Sofía se saludan con la levedad del trato frecuente. Cuchichean en la cocina, integrada en el salón, y al volver me piden que les explique un poco más las necesidades de este texto. No acostumbran a exhibiciones de intimidad de ningún tipo y cualquiera que teclee su nombre en un buscador, no encontrará más que páginas de apuntes genealógicos y entrevistas como expertas. De todas esas cosas a las que la nobleza obliga, una es la discreción. Otra, el esfuerzo. En su caso, también el triunfo. “Cuando éramos pequeñas, mi padre le decía a todo el mundo, ‘mis niñas van a ir Harvard’”, cuenta Irene que, en general, habla primero y con más libertad. “Nosotras no teníamos ni idea de lo que era eso, pero crecimos oyendo esa frase. No sé si es porque solo tuvo hijas o porque, verdaderamente, tenía una visión más avanzada sobre la mujer que los demás hombres de su generación, el hecho es que nos educó para que fuéramos igual de capaces, independientes y triunfadoras que cualquiera de nuestros tíos o nuestros primos. En casa, sobre todo en la familia de mi padre, era la profesión lo que te definía.”

Sofía, que ha estado escuchando a su hermana con los brazos cruzados y concentración admirativa, lo piensa un rato cuando les pregunto cómo se transmite esa cultura del esfuerzo: “Mi padre era muy de crear retos”, recuerda. “Pequeños piques que de algún modo fomentaban la competitividad, pero siempre de un modo lúdico y positivo. Hay ciertos entornos en los que la ambición tiene una connotación negativa, sobre todo, en las mujeres. Para nosotras nunca fue malo querer ganar, era lo lógico.”

Su madre consolidó esa cultura del trabajo desde otro punto de partida: asegurándose de ofrecerles la mejor educación posible y animándolas a ser independientes. “De muy joven mi madre se fue sola al extranjero a trabajar. Ella es una mujer de un potencial tremendo, ¿verdad, Sofía? Inteligente, valiente... Sin embargo, como para tantas otras mujeres de su generación, la familia no dejó espacio para nada más...”

Este adiestramiento en la disciplina y la excelencia tuvo, a la larga, el resultado previsto: las dos han tenido un éxito incuestionable en sus respectivas carreras. En 2010, y después de formarse en Nueva York y Londres, Irene creó su propio estudio de arquitectura, IBU (sus siglas), que dirige proyectos en todo el mundo y es un referente en el diseño de iluminación. Sofía, por su parte, es directora de Campus Madrid, el cuarto espacio para emprendedores abierto por Google en el mundo, y cofundadora de Spain Start-up, la empresa al frente de South Summit, líder del ecosistema emprendedor en Europa, para mostrar al mundo el talento del Sur. Está en todas las listas de las mujeres más influyentes de España.

Pero el éxito real no es solo el reconocimiento, es también levantarse los lunes con ganas. Y, aunque el peso de las expectativas familiares ha sido clave para que sean quienes son, durante años fue una interferencia en la búsqueda de la propia identidad, un obstinado ruido de fondo. “Estudí ICADE porque era una especie de desenlace lógico”, cuenta Irene, “pero ya el primer año me di cuenta de que aquello no era lo mío. Salir de España fue clave para descubrir lo que quería hacer”. Tampoco Sofía acertó a la primera. Con diecisiete años anunció en casa que quería ser actriz. Cuando su padre, después del colapso, acabó accediendo, le dijo: “Me parece bien. Haz lo que quieras. Pero si quieres ser actriz, sé la mejor”. Dejó de apetercerle. Después estudió el máster de Periodismo de El País con idéntico propósito de todos los que quieren ser periodistas a esa edad: “cambiar el mundo”. Hasta se planteó ser corresponsal de guerra. “Tengo un primo fotógrafo que me dijo: ‘Vale, perfecto. Yo tengo que ir a hacer un reportaje a Afganistán. Ven conmigo’. Me pasé toda una noche dándole vueltas y finalmente concluí que no me veía.” También para ella fue clave salir de España y conocer otros espejos en los que mirarse. “Habíamos estudiado en Saint Chaumont, un colegio maravilloso, pero pequeño y homogéneo. Cuando me fui al extranjero, se me abrió el mundo.” Cuenta que tuvo que tomar muchos cafés con mucha gente hasta concluir, finalmente, que lo que quería era montar algo y que ese algo, además, debía tener por objeto a aquellos que quisiesen montar algo. El resto es historia.

Su asignatura pendiente, ahora, es la conciliación –o la reconciliación–. Sofía con su vida familiar. Con su marido, con sus dos hijos, Max (seis años) y Yago (tres), con sus padres, “que cada

vez te van necesitando más”. “Construir tu propia empresa, crear una *start-up*, emprender cualquier proyecto, exige el cien por cien de ti”, dice, “al menos, durante unos años. Compaginar eso con todo lo demás es difícilísimo, sobre todo para las madres. Quieras o no, por mucho que puedas delegarlo, te sientes mal si no eres tú quien lleva a tu hijo al médico”.

Irene también tiene que hacer malabares para que sus clientes, siempre con prisa, no acaben devorando las demás facetas de su vida. “No te puedes olvidar de ti, de tus inquietudes, de tus aficiones, incluso de tu silencio. Mi gran empeño, en estos momentos de mi vida, es mantener todo eso en equilibrio.”

La última pregunta es, por lógica narrativa: qué suponen la una para la otra. “No somos la clase de hermanas que van juntas a

hacer yoga”, dice Irene, “pero estamos siempre ahí la una para la otra. Es una relación más profunda que la de hacer planes juntas. Cuando éramos pequeñas no los hacíamos tampoco. A ciertas edades, cuatro años de diferencia son un mundo. Nos unimos de verdad cuando volvimos del extranjero”.

“Es verdad lo que dice Irene”, continúa Sofia. “Y eso que, de un modo u otro, siempre estuvimos cerca. En verano, por ejemplo, hacíamos plan con nuestros trolepecientos primos. Y para mí, Irene siempre fue un referente. Cada vez que tengo un problema de esos a los que les das mil vueltas y no sabes por dónde tirar, siempre la llamo a ella. Irene tiene el don de decir ese algo que de repente me hace verlo todo claro. La admiro mucho. Es muy valiente. Ha tenido que esforzarse mucho para conseguir crear sus propias reglas.”

*“Irene es para mí una especie de brújula. Siempre dice ese algo que de repente me hace verlo todo claro. La admiro mucho”, dice Sofia*





SHIGERU  
**BAN**

$z_{crit} = \text{Som}$   $-S_{crit} + P$   $f_{crit} = \frac{f}{S}$   $\frac{f}{S} = \frac{f}{S}$   $P = \dots$

$z = \text{Tre} \left( \frac{-H/T}{\dots} \right)$

$e^{iHt}$   $e^{-\dots}$

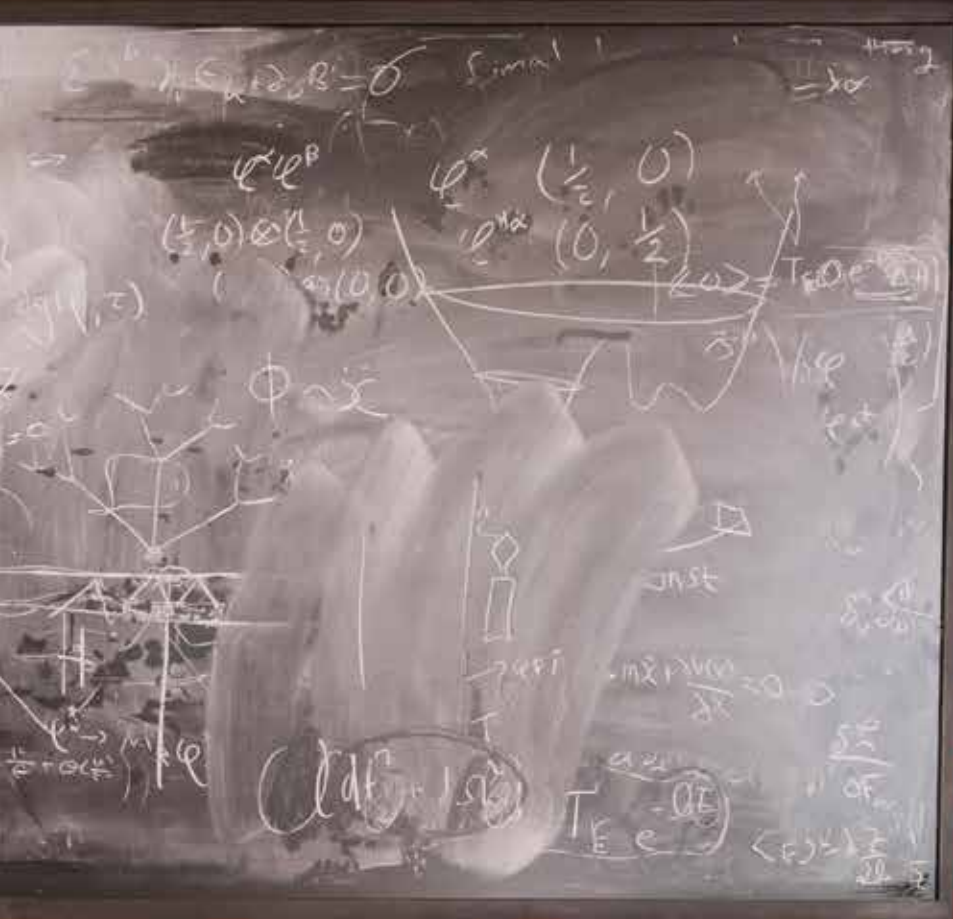
$\lim_{\cos} g(x) \rightarrow g(x)$

$\frac{U}{T}$   $\frac{U}{T} = \dots$

$\frac{U}{T} = \dots$   $\frac{U}{T} = \dots$

$\frac{U}{T} = \dots$   $\frac{U}{T} = \dots$



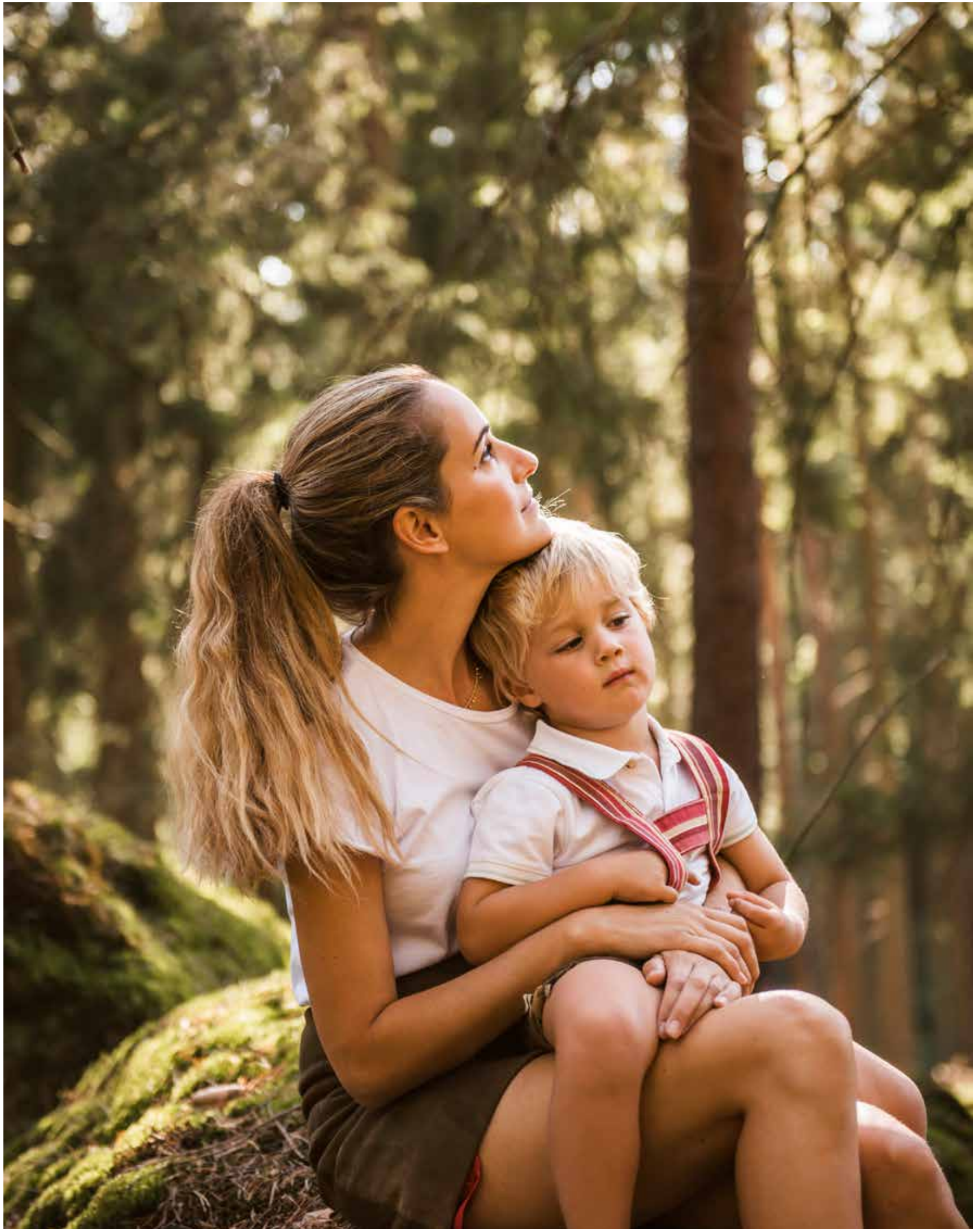


# LUZ

## ESI SEILERN

*Esi Seilern nació y creció en las montañas de Austria. Dice que, desde muy niña, miraba los álbumes de fotos de su abuelo –un gran viajero que había recorrido África y América del Sur– y que aquellas fotos le descubrieron lo que quería hacer en la vida: “Viajar y capturar”. Con dieciocho años se fue a dar la vuelta al mundo con su cámara y una mochila. Después se instaló en Londres para estudiar diseño gráfico en Central Saint Martins University of the Arts. Tras muchos años trabajando como diseñadora gráfica, se casó con un español. Y fue madre. Y la necesidad de retener cada instante del primero de sus tres hijos –todos chicos– acabaron por convertirla en fotógrafa profesional. Por eso su especialidad son los niños. Y ese alma que se les asoma en el gesto cuando creen que nadie los ve. Por eso hay cierta nostalgia en sus imágenes. Y, sobre todo, tanta luz en su mirada.*





Crecí en un bosque en el norte de Austria. Fue una suerte que los primeros años de mi vida transcurrieran allí: creo que no existe una infancia más libre, más inocente y más feliz que la que transcurre en la naturaleza. De aquellos días recuerdo las botas de agua, que en otoño y primavera llevábamos siempre puestas para poder saltar los charcos. Y el olor a tierra húmeda. Recuerdo ir a buscar setas para la comida, y hacer casas para los duendes, y el chocolate caliente en invierno tras los paseos infinitos en la nieve. Mis padres nos enseñaron a encontrar la belleza en todo eso: en lo cotidiano. En la naturaleza. Mi padre nos llevaba continuamente al bosque a enseñarnos los detalles, la vida pequeña, lo que no es obvio y no se ve en la superficie. Vosotros, aunque viváis en una gran ciudad, también tenéis la suerte de pasar mucho tiempo rodeados de naturaleza y yo, como hacía mi padre con nosotros, intento que aprendáis a observarla. A deteneros en esas pequeñas cosas en las que está la belleza. Y la serenidad. Me gusta mucho ese tiempo que pasamos juntos en el campo. Allí no hay interferencias y puedo concentrarme en vosotros como creo que hay que hacerlo. Sin distracciones, con la cabeza solo atenta a cómo crecéis, a las cosas que vais descubriendo de la vida, a vuestros sueños e incertidumbres. Creo que es mejor media hora de este tiempo de calidad que un día entero con la cabeza en otro sitio. Creo que esto es esencial, además, para construir una relación de confianza. Y si hay algo que me parece importantísimo es que confiéis en vuestro padre y en mí. Que tengáis la seguridad de que pase lo que pase en vuestra vida, cualquiera que sea el problema, el miedo que tengáis o la dificultad a la que os enfrentéis, siempre podréis venir a casa a contárnoslo. La comunicación es la clave de cualquier relación. Cuando hay diálogo, todo se puede entender y solucionar. Es importante que sepáis eso porque tener la certeza de que nuestro amor es incondicional os dará confianza. Os ayudará a crecer sin complejos, a sentirnos bien con vosotros mismos, a identificar vuestras fortalezas y debilidades y, sobre todo, a no tener miedo de lo que los demás piensen de vosotros, a no desear ser cómo otros ni tener lo que otros tienen. Creo, de verdad, que solo sin tener complejos se puede ser feliz en la vida.

Os hablaba antes de mi padre. Quiero hacerlo ahora de mi madre, vuestra abuela. Ella es la persona menos perezosa que he conocido en mi vida. La de mayor voluntad y mayor disciplina –sin ser autoritaria–. Una mujer de pocas palabras que nos educó a través del ejemplo. Nos enseñó muchas de las cosas que ahora trato de transmitirlos yo a vosotros. A ser humilde siempre, pero sin que eso signifique dejar de perseguir vuestros sueños, de encontrar una pasión que os llene y con la que os sintáis realizados. Ella nos enseñó a ser agradecidos, a ser conscientes de todo lo que teníamos. A interiorizar ciertos rituales o símbolos, como decir gracias antes de comer. Y nos enseñó, sobre todo, la importancia de la espiritualidad, de dedicar un momento a la oración por la mañana y por la noche, de aprender a ver la profundidad, la belleza, la magia y la espiritualidad en todo lo que nos rodea.

Esto que ellos me enseñaron y que para mí ha sido una brújula maravillosa en el camino a la felicidad, es lo que trato de inculcaros yo a vosotros: que aprendáis las reglas de la sociedad, que seáis considerados con los demás, la bondad, los límites, el control la diferencia entre derecho y injusticia; el sentido de la responsabilidad. Esto último, como sabéis, es muy importante para mí: a menudo os insisto con que debéis saber vuestras obligaciones y trabajar con tesón.

Pero si hay algo que de verdad es importante para vuestro padre y para mí, es que conozcáis el amor y todo lo que de ello deriva: la paciencia, la indulgencia, la tolerancia, la ternura, el perdón. Quiero, más que ninguna otra cosa, que os sintáis protegidos y queridos. Porque lo sois. Muchísimo. Nunca olvidaré el momento de nacimiento de cada uno de vosotros y la sensación de amor que sentí: como una explosión en el corazón de grandiosa ternura. Por eso espero hacerlo lo mejor posible. Cada día aprendo algo de vosotros y agradezco poder crecer juntos.

Os quiere,

Mamá



*“Creo que no existe una infancia más libre, más inocente y más feliz que la que transcurre en la naturaleza”*





# HONESTIDAD

PATRICIA BOLÁS OLCINA

*Madre de dos hijos y la sexta de una familia muy numerosa en la que las mujeres han cobrado un protagonismo especial, apuntaba maneras desde pequeña. Su afición por la lectura, el cine y las revistas la llevó a convertir su pasión en su profesión. Responsable de comunicación del mundo de la belleza, actualmente trabaja como directora de Comunicación de Rochas en España, la cara visible de la marca que está detrás de este proyecto.*



“Mamá, te quiero más que al futuro”. Así sin más, una noche cualquiera de un día cualquiera, entre biberones e interminables batallitas de dinosaurios con nombres imposibles, me regalaste, Juanito, mi frase favorita hasta la fecha. Y es precisamente de eso, de vuestro futuro de lo que me gustaría hablaros en esta carta.

Juanito, con tan solo cuatro años me has enseñado más que cualquier otra persona en mis treinta y tres años de vida. Desde que tengo uso de razón jugaba a imaginar cómo serían mis hijos y puedo garantizarte que por primera vez la realidad ha superado a la ficción. Con tu llegada comenzaron las noches en vela, las renuncias, los miedos y las preocupaciones, pero con ella también llegaron las conversaciones interminables, tu sonrisa traviesa, tu sensibilidad, tu espontaneidad y esa capacidad tuya de no dejar indiferente a nadie. No pretendo que seas el más guapo, ni el más listo, ni el mejor. Simplemente espero que seas fiel a ti mismo. Que sigas viendo posible lo imposible, que tu curiosidad te lleve lejos, que la tolerancia siga siendo tu brújula, que no escatimes en sonrisas y muestras de cariño a todos los que te rodean, que tu memoria excepcional siempre nos tenga presentes y que, sobre todo, cuides a tu hermana.

Manuela, has llegado a nuestras vidas hace muy pocos meses y, como bien dice tu padre, nos resulta imposible imaginarnos una vida sin ti. Tan parecida a Juanito y a la vez tan diferente. Has traí-

do a esta familia la calma y el equilibrio que necesitábamos. Siempre con una sonrisa en los labios y una mirada que dice más que mil palabras. Como mujer me gustaría decirte que seas libre, que huyas de los prejuicios y las envidias y que busques lo que realmente te haga feliz. No tengas miedo al qué dirán ni actúes forzada por lo que los demás puedan esperar de ti. Los obstáculos te harán más fuerte. Pero, sobre todo y ante todo, quíete mucho.

Como hija y hermana me siento en la obligación de compartir con vosotros un legado incalculable, herencia de vuestros abuelos, que no es otro que el de la importancia de mantener unida la familia, de ser generosos los unos con los otros y de reconocer y aprender de vuestros errores con la humildad por bandera.

Como madre solo puedo daros las gracias una y otra vez por darle sentido a mi particular universo. Ver la vida a través de vuestros ojos me hace crecer como persona día a día, me siento una auténtica privilegiada. Aunque en numerosas ocasiones me gustaría parar el tiempo para poder teneros siempre a mi lado, estoy deseando ver como os convertís en unas personas excepcionales.

Sois mi pasado, mi presente y mi futuro.

Os quiero.

*Sed fieles a vosotros mismos, seguid viendo posible lo imposible, que la tolerancia sea vuestra brújula. Y la ausencia de miedo, también*





Si estás leyendo estas líneas, habrás comprado o te habrán regalado este precioso libro que tienes entre tus manos. Te deseo que lo disfrutes y que encuentres en él inspiración.

Como sabes, los beneficios de este proyecto, se destinarán a la Fundación ANAR (Ayuda a Niños y Adolescentes en Riesgo), que desde 1970 desarrolla diferentes programas, que promueven y defienden los derechos de los/as niños/as y de los adolescentes, tanto en España como en Latinoamérica.

Somos una organización sin ánimo de lucro y a través de nuestro principal programa, el Teléfono ANAR, atendemos más de 1.200 llamadas diarias de niños/as, de los adolescentes y de sus familias. El teléfono está atendido por un equipo de psicólogos orientadores, apoyados por abogados y trabajadores sociales, que escuchan de manera anónima y confidencial los problemas que les afectan, así como situaciones de enorme gravedad, pudiendo así mejorar sus vidas.

Esta información tan valiosa y única que representan sus testimonios convierte a la Fundación ANAR en un observatorio privilegiado que a través de su Centro de Estudios e Investigación ANAR, permite dar a conocer los problemas actuales de nuestros menores de edad, devolviendo a la sociedad lo que ellos nos transmiten.

En contraste con los testimonios de muchos de los/as niños/as y adolescentes que nos llaman, este libro refleja, a través de sus imágenes, la seguridad y el amor que reciben de sus madres y el apoyo que representa la familia en la etapa más vulnerable de sus vidas.

Quiero agradecerte tu compromiso con nuestra misión y transmitirte que con los fondos obtenidos con este libro podremos escuchar y ayudar a muchos más niños/as, jóvenes, y a sus familias que nos necesitan.

Por último, te invito a conocer nuestra labor a través de nuestra página web ([www.anar.org](http://www.anar.org)) y nuestras redes sociales.

Me gustaría recordarte que “un niño/a escuchado es un niño/a salvado”.

Recibe un afectuoso saludo,

*Silvia Moroder*  
Presidenta

El amor, el valor de los recuerdos, la alegría, la admiración... valores tan necesarios presentes en la marca Rochas que la Maison ha querido reunir en este libro para rendir un homenaje a lo que permanece.

Quiero mostrar mi más sincero agradecimiento a todas las personas que han hecho posible este proyecto: a las 35 protagonistas que nos han dejado formar parte de su historia familiar de una manera generosa y desinteresada; a todo el equipo ROCHAS, tanto al de Madrid como al de París; pero, sobre todo, a ti que has comprado este libro, reflejo de la importancia del legado emocional que se transmite de generación en generación, contribuyendo a propagar uno de los valores más necesarios: la solidaridad.

Por último, me gustaría dar las gracias en nombre de todos a la Fundación ANAR por su maravillosa labor en defensa y ayuda de los menores en situación de riesgo.

*Amicalement!*

*Philippe Benacin*

Presidente y CEO de Interparfums



Making of









**Coordinación editorial, diseño y producción**

Turner

**Fotografía**

Esi Seilern

**Textos**

Casilda Sánchez Varela

**Idea creativa y dirección artística**

Marieta Yanguas

**Maquillaje y peluquería**

Isabel Morales

Piti Pastor (Bea Moreno de la Cova)

**Asistente de producción**

Victoria Peñalver

**Equipo Rochas**

Patricia Bolás Olcina

María Hidalgo

Agradecimientos especiales a Vereda del Cortijo, Nave María,  
Il Tavolo Verde, Rue Vintage 74, Estudio María Santos,  
Thanks Mum, Indietro, La Borda del Mentidero, Bonton,  
Sophie & Lucie y tienda PEZ.

Gracias a Emanuelle Thellier y a Philippe Benacin  
por confiar en este proyecto

© de la edición: Parfurms Rochas Spain SL, 2019

ISBN: 978-84-17866-28-0

DL: M-33980-2019

Impreso en España